MEMORIA de la HISTORIA

Catalina la Grande, emperatriz de todas las Rusias

segunda edición

Fernando Díaz-Plaja

La princesa que pasó de una pequeña corte alemana a zarina y que rigió su nueva patria tan dura como sabiamente.

Planeta

CATALINA LA GRANDE

La historia está mucho más cerca de la actualidad de lo que la gente se imagina, y el pasado manda habitualmente en el presente. Así, los problemas del gobierno soviético en Bakú tienen su origen en el remoto 1796, cuando las tropas de Catalina II entraron en ese puerto en la victoriosa ofensiva hacia el Sur, lo cual permitió a Rusia asomarse a los mares Caspio y Negro de donde no se ha movido hasta hoy.

Esa incorporación fue uno de los regalos que Catalina, la princesa que pasó de una pequeña corte alemana a zarina de todas las Rusias, hacía a su patria de adopción.

La llamaron Catalina la Grande y lo fue en todo. Causó admiración durante su vida y aún muchos años después de su muerte. Se comentaba en toda Europa su aventurada ascensión al trono rebelándose contra su marido, el zar; sus relaciones con los intelectuales franceses, entre ellos Voltaire y Diderot, que la adoraban. Había rumores sobre los numerosos amantes que compartían su lecho, aunque nunca su poder; su astucia en política internacional, respaldada por un ejército bien organizado y fuertemente armado, la cínica duplicidad de sus declaraciones liberales para el extranjero y sus actos absolutistas dentro de sus fronteras. Fue odiada por muchos y adorada por más. Hoy en la ciudad de Leningrado, que en su tiempo se llamó San Petersburgo, su estatua indica la estima de un pueblo que, aun dentro de un régimen muy distinto, quiere

mostrar eternamente su admiración a una mujer que le rigió tan dura como sabiamente.

©1990, Díaz-Plaja, Fernando
©1990, Editorial Planeta, S. A.
ISBN: 9788432045301
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 12/09/2024

Fernando Díaz-Plaja

Catalina la Grande

Emperatriz de todas las rusias

FERNANDO DÍAZ-PLAJA, 1990

Editorial Planeta, S. A., 1990
ISBN 84-320-4530-6

A la familia Guerra Rivas,
mis simpáticos primos de ultramar

PRÓLOGO

UNA REINA asombrosa para un país asombroso. Desde adolescente me ha interesado el parecido que hay entre Rusia y España; ambas están situadas al extremo de Europa y aun perteneciendo a ella, lo hacen con ciertas reservas. Si a una le tira Asia, a la otra le atrae África; su geografía es igualmente incómoda; las montañas en España, las llanuras heladas en Rusia, las hacen difíciles para la comunicación interna. Sus gentes son extremadamente religiosas, quizá porque siendo tan pobres coinciden en buscar en lo alto la felicidad que no encuentran aquí y los popes han sido siempre tan respetados y seguidos como el fraile castellano. En ambos países se encuentra innato el amor a la música y una hospitalidad que puede convertirse fácilmente en crueldad hacia el extranjero si éste en vez de en son de paz, llega como guerrero.

Hay una anécdota que he recordado otras veces y que para mí tiene valor de símbolo. Cuando en el siglo XIX se creó la red ferroviaria europea se cantó la empresa como una forma de acercamiento entre los pueblos que durante tantos años habían vivido separados y aun hostiles entre sí. Pues bien; tanto Rusia como España aceptaron ese tendido de línea férrea… pero decidieron que el ancho de su vía sería diferente, unos centímetros más en ambos casos. Lo que significaba que, tanto la una como la otra, y aun sin ponerse de acuerdo previamente, veían a Europa con recelo.

Acerquémonos, sí, pero sin dar mayores facilidades a una entrada que, efectivamente, puede ser de ideas y de mercancías pero también puede convertirse en agresión militar. Como en el caso de Napoleón, por ejemplo. O el de Hitler.

Las biografías de Catalina abundan en las bibliotecas europeas. Casi todas se nutren de los mil datos que dejó la zarina en forma de memorias y de su correspondencia con los ilustrados franceses, y sobre todo con el alemán Grimm. El carácter parcial de esas obras, encaminadas sobre todo a justificar las diversas acciones realizadas por Catalina II, se equilibran con los informes enviados por los representantes extranjeros, que se sintieron atraídos por la personalidad de la emperatriz y el carácter del pueblo ruso (entre ellos, Diderot y Casanova). A esas fuentes en las que han bebido la mayor parte de los biógrafos yo he querido añadir lo que opinaban los enviados españoles en San Petersburgo desde que el duque de Liria abrió la representación diplomática en 1727 y cuyos despachos se conservan en la sección «Estado» del Archivo Histórico Nacional de Madrid.

Quiero adelantar que he quedado gratamente sorprendido de la preparación cultural y de la información previa que demuestran esos informes diplomáticos. Los Liria, Almodóvar, Normande, Torre, Gálvez, Onís, tienen un conocimiento exhaustivo de los problemas políticos y familiares con que se enfrenta la corte de San Petersburgo y los comunican regularmente a su rey a través del jefe inmediato, que puede llamarse Grimaldi, Floridablanca o Aranda. En ningún caso he encontrado un error grave de apreciación o un pronóstico político que no se cumpliera antes o después… con la excepción, para ser exactos, de un Potemkin a quien se dio por muerto políticamente varias veces, cuando el viejo zorro tenía todavía mucho que decir en Rusia y en Europa. Puede justificarse el error si tenemos en cuenta que el favor al ministro dependía de unas circunstancias íntimas que los ministros extranjeros no podían valorar en toda su importancia al estarles vedada la entrada al dormitorio de la zarina.

En el antiguo San Petersburgo, hoy Leningrado, hay un monumento a Catalina la Grande que demuestra que los rusos de hoy, a pesar de unas ideas políticas que harían saltar de su tumba a la emperatriz, saben respetar y agradecer la memoria de quien consiguió aumentar el territorio que había heredado, hasta casi duplicarlo. Si tras visitar Leningrado pude viajar a Kiev y a Odessa sin salir de la URSS, fue gracias a las conquistas que realizó aquella joven princesa alemana llegada a San Petersburgo un día de febrero de 1744 y muerta como zarina de todas las Rusias en la misma ciudad en 1796.

EL ASALTO AL PODER

UNA NOCHE de verano de 1762. La escena, el palacete Monplaisir de Peterhof, en San Petersburgo, residencia forzosa de Catalina. Un oficial llamado Alexis Oriov se ha deslizado por entre los guardias puestos por el zar Pedro III a su esposa, golpea en una puerta la señal convenida y se hace conducir por el servicio cómplice a la habitación de la gran duquesa. Ésta se levanta precipitadamente.

—¡Han detenido a Passek! Estaba borracho y ha insultado al zar. Cuando le torturen lo confesará todo. Hay que actuar.

No hace falta más. El momento esperado y temido ha llegado y Catalina viste precipitadamente un traje sencillo, negro. Mientras lo hace, piensa que en las próximas horas llegará a emperatriz de todas las Rusias o estará en la celda de un castillo esperando la ejecución por sublevarse contra el legítimo zar, que además —doble crimen— es su esposo ante los ojos de Dios y de los hombres.

Orlov ha traído un coche, y la pequeña expedición —unos sirvientes y varios hombres de confianza— se pone en marcha hacia San Petersburgo, donde esperan encontrar el necesario eco para la proclamación de la nueva zarina. Allí alguien está ganando a los soldados mezclando proclamas contra Pedro III, «ese alemán más que germanófilo; ese enemigo de la fe ortodoxa más que indiferente», con buenas dosis de vodka y promesas de ascensos y dinero efectivo (en parte facilitado por la embajada británica a cambio del prometido abandono de la alianza con Prusia).

El alma de la conspiración es Catalina; los brazos son los robustos de los Orlov, una familia que parece inventada por un novelista o un guionista cinematográfico de hoy. Cinco hermanos, cinco oficiales del ejército; todos valientes hasta el heroísmo, tan admirables en la guerra como insoportables en la paz, bebedores y bronquistas dispuestos a olvidar la disciplina ante una botella o el revoloteo de unas faldas… especialmente si éstas son de la gran duquesa, que se enamoró, dicen, de uno de ellos, Gregori, viéndole de guardia ante su ventana. Sus hermanos —como acostumbran— han hecho causa común con el afortunado amante, pero esta vez piensan además en el dorado porvenir que les espera al haber ayudado a la zarina a ocupar su puesto.

Por ello se mueven entre las tropas, halagan sus instintos, hablan, prometen, y si es necesario amenazan. En el cuartel todo tiene que estar pronto, desde el arma al espíritu, para proclamar a la nueva emperatriz que uno de ellos está llevando en el coche hacia su destino…

…Un destino que parece quebrarse cuando el tiro de caballos cae exhausto en plena carrera. En la precipitación a que obligó el arresto de Passek, Orlov se había olvidado de preparar el relevo de las bestias. Por suerte —esa suerte novelesca que tan a menudo resulta auténtica— ahí cerca está un campesino con las que tiran de su arado y que cambiará encantado por los animales agotados; el grupo se pone de nuevo en marcha y a la hora convenida está entrando en el cuartel del regimiento Ismailowski. «He venido a buscar protección entre vosotros. El emperador quiere que muera con mi hijo», dice Catalina con voz trémula.

Los oficiales que la rodean, explican a la tropa que ella es la garantía de la tradición rusa, de la observancia de la *fe* de los antepasados, de la enemistad hacia los luteranos prusianos que tan bien recibidos son por el zar Pedro III. «Es nuestra emperatriz», gritan los oficiales, a su cabeza el coronel Razumovski, y los soldados los siguen entusiasmados al ver que su capellán castrense va también con ellos enarbolando la cruz.

El primer asalto está ganado pero faltan los otros, y los conspiradores lo saben. Hay que montar a caballo, y esa frase en el caso de Catalina no es pura retórica. Desde niña ha gustado de la equitación y aun de montar como un hombre. Para evitar las críticas que en la corte podían empezar por la emperatriz Isabel, se había hecho construir una silla que podía eliminar fácilmente el cuerno donde se apoya la pierna femenina y equilibrar la extensión de los estribos, convirtiendo en un instante el estilo «a la amazona» en el de la jineta.

Se pone el uniforme que le han preparado los Orlov; le falta el cinturón y el sable y un joven oficial de la guardia le entrega el suyo. «Gracias. ¿Cómo te llamas?» «Potemkin, majestad.»

Y allá va, galopando a la cabeza de sus fieles, a ganar un cuartel tras otro. El más difícil es el del regimiento Semionovski, lo que no es raro si se piensa que está mandado por Vorontzov, hermano de la amante oficial del zar; pero son obstáculos que se salvan con audacia militar o con habilidad política. Para servir a la segunda se hace público un manifiesto que justifica la sublevación como una doble defensa: de la Iglesia ortodoxa, amenazada por el luteranismo, y del honor del ejército, detenido cuando vencía al mortal enemigo, Federico II.

El momento más dramático ocurre cuando las tropas partidarias del emperador se enfrentan en silencio y las armas en la mano con los rebeldes en la Perspectiva Nevski de San Petersburgo. Una tensa situación que resuelve el príncipe Menchikov desde las filas leales al gritar un ¡viva la zarina! que arrastra a los demás.

Para el triunfo final, Catalina cuenta, además de con su eficacia y fortaleza de ánimo, con la debilidad intrínseca de un marido que conoce bien y no se equivoca en su juicio; Pedro III, al recibir en Oranienbaum la noticia de la rebelión, pierde el tiempo consultando a sus amigos y dudando de lo que va a hacer; cuando por fin llega a Cronstadt y el almirante jefe de la base naval le comunica que no recibe órdenes más que de la nueva emperatriz, en lugar de seguir el consejo de sus oficiales —«¡Presentaos a las tropas sublevadas! ¿Quién va a atreverse a disparar contra el zar?»—, se hunde y firma

tembloroso el acta de abdicación que le presentan los enviados de Catalina antes de ser conducido a la prisión. «Le han tratado como al niño que mandan a dormir», ironiza Federico II, su ídolo de antaño. Desde allí se humillará pidiéndole a su mujer y nueva soberana concesiones ridículas como que le dejen mayor espacio en la celda para pasear y que no se le hinchen las piernas o que no estén siempre en la celda los oficiales de guardia porque con ellos delante no puede hacer sus necesidades.

…Pero lo más importante es que le dejen compartir la cárcel con su perro, su criado negro, su violín… y su antigua amante Isabel Vorontzov, una mujer que según todos los testimonios contemporáneos era fea, bizca, bebía como un hombre y blasfemaba como un carretero.

Catalina accederá a todas las peticiones menos a la relativa a Isabel, pero tampoco tomará medidas contra la rival que se proponía sustituirla en el trono, llegando incluso a casarla ventajosamente más tarde; Pedro III seguirá solo en su celda hasta…

¿Hasta cuándo? La pregunta se repite ansiosamente entre los autores de la victoriosa conspiración. ¿Cuánto tiempo puede estar un ex zar encerrado sin provocar un sentimiento de arrepentimiento entre algunos de los oficiales sublevados? Si Catalina fue sacada de una prisión domiciliaria y llevada al trono, ¿quién puede estar seguro que otros militares no intenten reponer al zar en su sitial?

Es verdad que ese acto no es nuevo en la historia de Rusia. La tía de su marido, la emperatriz Isabel, llegó al trono en diciembre de 1741 derrocando, con la ayuda del ejército, al zar-niño Iván y a su madre la regente Ana, pero Isabel era nada menos que hija de Pedro el Grande, linaje muy por encima del de esa modesta princesa alemana que todavía habla el ruso con acento extranjero. Mientras Pedro viva, para muchos de sus antiguos súbditos constituirá la tentación de ambiciosos o nostálgicos.

Los nudos gordianos, aprendimos de Alejandro el Magno, tienen una forma brutal de desatarse. El problema de la existencia amenazante de Pedro III puede también solucionarse empleando la fuerza hasta su máximo extremo. Tocará de nuevo a un Orlov,

Alexis, resolver el dilema y su carta a Catalina comunicándole la muerte de su marido es una espléndida muestra de hipocresía. «¡Qué mala suerte! —empieza—. El emperador ya no existe. Merecemos la muerte, madrecita —añade piadosamente—, por no haber podido evitarlo. Tuvimos una pelea por un asunto de cartas y…»

Sabía, naturalmente, que no recibiría la pena capital por un exceso de celo que si por un lado aseguraba el trono de Catalina, por el otro tema móviles personales. Una reina viuda podía casarse con su amante, con lo que los Orlov pasarían a cuñados del dueño de Rusia.

Al recibir la noticia, Catalina se sintió tan asustada como tranquilizada y ambos sentimientos eran sinceros. Por naturaleza no era cruel en sus reacciones (los oficiales que se negaron a apoyar el golpe fueron desterrados pero no ejecutados); sabía, además, que esa muerte iba a hacerle daño en su país y en el extranjero y que la versión oficial de que Pedro III había muerto de crisis hemorroidales y cólicos sólo produciría la burla en las diferentes cortes europeas… tanto más cuanto el cadáver fue presentado al público con una bufanda alrededor del cuello, que posiblemente disimulaba las huellas del estrangulamiento. Sólo algunos amigos de Catalina en el extranjero aplauden lo que creen operación quirúrgica necesaria para el bien del país. Voltaire la defiende aprovechando la coyuntura para aludir malévolamente una vez más a sus enemigos mortales.

«De este pequeño mal puede derivarse un bien mucho mayor. La providencia se parece en ocasiones a los jesuitas. Se vale de todos los medios.»

Sin embargo» otro escritor, d’Alembert, años más tarde dará a Voltaire una irónica razón para no aceptar la espléndida hospitalidad de Catalina II; categoría de embajador, palacio en propiedad y 200000 rublos anuales. «Tengo propensión a las hemorroides, enfermedad al parecer demasiado seria en ese país [Rusia]. Prefiero, pues, mantener mi trasero con cierta seguridad.»

Pero las frases mordaces de políticos o escritores son sólo viento pasajero. Gracias a ese crimen, Catalina se siente segura en

el trono que ha ambicionado desde niña. Cuando se coloca a sí misma la corona de oro frente al esplendor cortesano de casacas y joyas y la multitud enfervorizada, la sensación es de inmensa alegría. Tiene treinta y tres años y la patria adoptiva que la ha conquistado desde su llegada está ahora a sus pies. Atrás, muy atrás, queda el largo, áspero camino que tuvo que recorrer hasta esa cima.

TODO EMPEZÓ…

TAMPOCO exageremos. La ascensión de Catalina II es impresionante pero no milagrosa. No se trata de otra versión de la Cenicienta que llega al palacio desde una humilde choza. Nuestra protagonista tendrá que subir muchos escalones sociales, pero no parte del sótano; al nacer en Stettin (Prusia), se llama ya Sofía Federica Augusta d'Anhalt-Zerbst, que no es precisamente el nombre de una aldeana. Su padre, Cristián-Augusto, gobernador de Stettin, es uno de los varios señores alemanes con autoridad sobre sus tierras y los pobladores de ellas, pero que depende en lo importante de alguien que, por cierto, tiene preocupado al resto de Europa y que se llama Federico II, rey de Prusia; su padre, el primero de este nombre, llamado el Rey Sargento, le dejó como herencia un ejército disciplinado y bien armado que él emplea para respaldar su ambiciosa política exterior.

Sumiso a sus órdenes, Cristián-Augusto vive complacido en su modesto feudo, satisfacción que no comparte su esposa Juana, que sueña en cortes más amplias donde brillar, tanto en la sociedad como en la política, para la que se cree excepcionalmente dotada. Y si ella personalmente no puede alcanzar esos lugares, lo hará por persona interpuesta a través de su hija Sofía, que desde niña recibirá la educación necesaria —el francés, lengua de moda, para empezar—, pensando en el destino que le deparen los hados (como diría el poeta) o las conveniencias de cada corte en un momento determinado, como diría un político cínico.

De sus primeros años, Catalina recordaba su preparación social; no es normal arrebatar a una niña las muñecas a los siete años. Pero Sofía no era normal. Estaba destinada a un trono, aunque fuera modesto, entre los príncipes europeos.

«…A los siete años me retiraron cuantas muñecas y juguetes tenía, diciendo que era ya una muchacha lo suficientemente mayor para no entretenerme con aquellas cosas. No me habían gustado nunca las muñecas, pero no por ello jugaba menos con ellas; las manos, mi pañuelo, todo lo que encontraba me servía de juguete; así pues, continué con mi manera de ser y sin duda el haberme privado de juguetes debía obedecer a una mera cuestión de decoro, puesto que nadie me lo reprochaba.

»Desde un principio me habían reconocido una gran memoria y me atormentaban continuamente para hacerme aprender más y más; a esto lo llamaban cultivar la memoria; por mi parte, creo que era debilitarla. Tan pronto se trataba de versículos de la Biblia, como de obras compuestas ex profeso o fábulas de La Fontaine, que tenía que aprender de memoria y recitarlas, y cuando se me olvidaba algo me reñían; empero, no creo que sea humanamente posible retener todo lo que me vi obligada a aprender; ni que valga la pena. Conservo todavía una biblia alemana en la cual están subrayados en rojo cuantos versículos sabía de memoria.

»Me pusieron un preceptor que me enseñaba historia y geografía y me iniciaba en religión; el francés y el alemán los aprendí insensiblemente. Un día pregunté a mi maestro, que era clérigo, cuál de las dos Iglesias cristianas era la más antigua. Me respondió que la griega, por ser la que más se aproximaba a las creencias de los apóstoles; estaba convencido de ello. Desde aquel momento experimenté un gran respeto por ella y he sido siempre muy escrupulosa en seguir al pie de la letra su doctrina y sus ceremonias; hoy soy el jefe de esta Iglesia.»

Las memorias, en general, se escriben para justificar los errores cometidos y vanagloriarse de los aciertos; las que escribió Catalina II, ya en avanzada edad, no son una excepción.

El pasado no es en realidad lo que fue sino lo que le hubiera gustado que fuera al protagonista de la obra. Así podemos ser un poco escépticos en cuanto a la preferencia de una niña por la religión que, casualmente, resultó la oficial de Rusia. De haber sido reina de Prusia hubiera estado segura de que la creencia más cercana a la Biblia era la luterana.

No miente, sin embargo, la zarina cuando menciona su amor a la lectura y sus diferencias particulares con la música. De ambas cosas dio cumplidas muestras a lo largo de su dilatada vida.

«Me enseñaban toda clase de labores propias de una mujer, pero no me inspiraban mayor interés que la lectura. Me hubiera gustado escribir y dibujar, pero esto último casi no me lo enseñaron por falta de maestro. Babet [su institutriz] tenía un curioso sistema para que me aplicara en mi trabajo y hacer todo lo que quería de mí; era muy aficionada a leer; de modo que cuando mis horas de estudio habían terminado, si estaba contenta de mí leía en voz alta; si no, en voz baja; para mí representaba un gran dolor que no me permitiese participar de sus lecturas.

»Babet me enseñaba a cantar; poseía una voz muy bella, le gustaba cantar y sabía música. Después de siete años de inútiles fatigas, declaró que yo no tenía ni voz ni disposición para la música, y no se equivocó sobre ninguna de las dos cosas. No he oído jamás a nadie halagar mi voz, a excepción de un fabricante de instrumentos de música llamado Belogradski, que me aseguró —y lo ha afirmado a otros— que mi voz era un contralto perfecto, lo cual nos ha hecho reír a menudo. Por otra parte, la música no constituye realmente otra cosa que un ruido para mis oídos. En cierta ocasión conocí a un músico italiano que intentó enseñarme a cantar una canción en dos horas; hice la prueba, pero fracasé. Lo más singular es que conozco las notas y que, cuando me siento detrás de un músico durante un concierto, puedo seguir la partitura.»

La muchacha está destinada a una boda principesca y para ello hay que darla a conocer. Juana no deja de llevarla desde muy niña a cualquier castillo o palacio donde sean invitadas. Como Cristián-Augusto, los príncipes alemanes que no pueden actuar por sí

mismos en maniobras internacionales de guerra o de paz, se distraen en fiestas sociales donde todos se conocen e incluso son parientes en mayor o menor grado. En uno de esos viajes a Kiel, Sofía, sólo con diez años, conoce a un muchacho de su edad: Pedro Ulrico de Holstein-Gottorp. Simpatizan, juegan y ríen como críos que todavía son; de esa amistad infantil se acuerda esperanzada Juana cuando, tres años después, el muchachito es llamado a Rusia por su tía la zarina Isabel y es proclamado heredero del trono. La ambición de la madre de Sofía se reaviva en un año en que, además, su marido es nombrado mariscal de campo por Federico II de Prusia. ¿Será posible que la provinciana vida de Stettin pueda cambiar? ¿Que ella alcance el puesto que su inteligencia y *savoir-faire* merecen?

Por si acaso, hay que vigilar estrechamente a Sofía, que está desarrollándose atractivamente y llegando a la pubertad, con todo lo que esto significa de peligro amoroso; algo que para una campesina no tiene mayor importancia pero que en el caso de una persona abocada al poder puede revestir caracteres nefastos.

Por de pronto la muchacha reforzará sus estudios y será observada continuamente; sólo cuando esté sola podrá Sofía dar rienda suelta a la sexualidad que será característica de su vida. Lo que su madre no supo jamás fue que por la noche, en su cama, la adolescente galopaba furiosamente sobre su almohada hasta agotarse entre jadeos. Esta muestra de su temperamento la confesará ella misma años más tarde. Apuntaba ya una de las características que iban a hacerle famosa.

Cuando la sensualidad se une a la estrechez de un confinamiento lo normal es que se muestre con alguna de las personas que la rodean. En este caso, el hermano de su madre, el tío Jorge, sólo diez años mayor que ella, será probablemente quien la inicie en los primeros pasos del amor. Lo que empezó como aventurilla va exaltando al pariente, que piensa seriamente en casarse con ella.

…Y quizá hubiera ocurrido —no sería el primer caso de unión endogámica entre príncipes alemanes—, cuando sobreviene el

bombazo… una carta de Moscú llega a Stettin. En ella el secretario de la zarina Isabel hace saber a la gobernadora Juana que su augusta señora desea conocer personalmente a Sofía d'Anhalt-Zerbst con la posible finalidad de casarla con su sobrino Pedro, heredero del trono de todas las Rusias. Con este fin le enviaba dinero para que se pusiesen ambas en camino hacia San Petersburgo con la mayor prontitud.

¡Una oscura aristócrata de Prusia casarse con el príncipe Pedro! En principio, un milagro; después, estudiado el caso, el resultado simple de los cálculos con que se realizaban la mayoría de matrimonios del tiempo y en los que entraban a partes iguales las consideraciones políticas (conveniencias de enlazar con tal o cual Estado) y las genéticas: estado de salud de la posible novia y su capacidad de procrear. Para lo primero, las cancillerías europeas se habían movido rápidamente, presentando cada una la candidata que teman a su alcance para obtener una alianza con el imperio ruso, y en esa carrera el astuto Federico II, a través de su embajador en San Petersburgo, había sido de los primeros en elogiar profundamente a su prusiana.

Curiosamente, cuando Alexis Razumovski, primer ministro y según todas las lenguas, malas y buenas, amante de la emperatriz y aun su marido oculto, indagó acerca de la disponibilidad para el gran duque Pedro de la hermana de Federico II, el rey puso mil pretextos para negársela. Una cosa era la necesidad de aliarse con Rusia y otra la de enviar a su propia carne y sangre a una corte de la cual le enviaban los más inquietantes informes sus embajadores… Una corte donde hacía apenas dos años una regente había sido enviada a la cárcel con su hijo, el zar-niño Iván VI, por la actual emperatriz Isabel, alguien de la que se contaban mil ejemplos de corrupción y crueldad. Y al fondo, esa inmensa y misteriosa Rusia que los europeos del siglo XVIII contemplan como algo distinto, siniestro y amenazador, sobre todo desde que hace un siglo Pedro el Grande obligó a fustazos al país a utilizar parte de sus inmensos recursos para incorporarse políticamente a un continente al que hasta entonces sólo pertenecía geográficamente. Antes del creador de

San Petersburgo, Rusia era un oso gigante, lejano y dormido; desde su aparición en escena se había convertido en una potencia con la que era mejor estar en buenas relaciones. Pero no a cualquier precio, claro…

La hermana de un rey poderoso como Federico II no debe exponerse a ciertos peligros; en cambio, la joven hija del noble y arruinado gobernador de Stettin estará encantada de arriesgar la comodidad de su estado y aun quizá de su vida a cambio de la posibilidad de convertirse un día en zarina.

Y si ella, que aún no cuenta quince años, duda, Federico sabe que su madre, la ambiciosa Juana, hará lo imposible para convencerla. Por ello insiste cerca de la Cancillería rusa. La mejor candidata para el gran duque es Sofía, bonita, inteligente, culta y, lo que es más importante a los ojos de Isabel, sana y perteneciente a una familia prolífica como lo prueba la existencia de sus cuatro hermanos.

Sus gestiones dan el resultado previsto; la invitación al viaje, que es una invitación al salto más impresionante en la vida de una persona, llega efectivamente a Stettin.

Ahí, Federico, en parte se equivocó. Juana, como esperaba, se entusiasma ante la idea de hacer realidad sus sueños de cambiar su modesta población por San Petersburgo, el palacete por un palacio y las mínimas posibilidades de hacer política regional con las inmensas de ejercer el papel de consejera de su hija cuando alcance los altos puestos que su matrimonio le deparará.

Juana, como el rey prusiano había supuesto, no tendrá que esforzarse para convencer a su hija de la necesidad de aceptar el ofrecimiento de la zarina. A las primeras líneas de la parta que le lee, Sofía ha tomado ya su decisión. Ese camino, del que no ignora las dificultades, es el suyo; irá a Rusia, conseguirá el amor de Pedro (lo recuerda de cuando se conocieron en Kiel y de cómo le imponía su voluntad en los juegos infantiles), obtendrá también, está segura, la amistad y el cariño de la zarina, y un día…

Juana está feliz y un poco asustada al mismo tiempo ante la seguridad de la pequeña. Y cuando le insinúa que no volverá

probablemente a ver a su tío Jorge, del que parece tan enamorada, la respuesta es clara, sincera y, ¿por qué no decirlo?, cínica: «Madre; tío Jorge es adorable. Pero no vale lo que un zar.»

Recordemos; no tiene quince años y ya ha mostrado dos características que le acompañarán toda su vida. Una sensualidad ardiente… y una cabeza hecha para refrenarla y evitar que jamás nadie le haga olvidar lo que conviene a sus propósitos. A su riesgo lo sabrán, en la vida futura, los amantes que creyeron que la mujer entregada de la noche iba a seguir siéndolo a la luz del día y sentada ante el escritorio de la emperatriz de todas las Rusias.

Convencidas la madre y la hija, sólo falta que el padre también dé su aprobación y ahí, inesperadamente, surge el mayor obstáculo. Cristián-Augusto es hombre sencillo y modesto, contento con su posición (todo lo contrario de su esposa), acomodaticio en sus tratos y devoto servidor de su rey Federico. Por otra parte, está hecho a la idea de que su querida Sofía le deje un día para ir a ocupar el puesto de esposa de cualquier duque o príncipe entre sus innumerables colegas de Europa. Pero el* gobernador tiene una convicción simple y rigurosa que es su religión, la luterana, la única verdadera para él, y ese proyecto de matrimonio ruso le perturba porque significa que Sofía tendrá que abrazar la creencia ortodoxa. Y eso sí que no. Al buen gobernador de Stettin le angustia el peligro en que va a ponerse el cuerpo de su hija entre esos bárbaros orientales, pero mucho peor le parece el riesgo en que va a poner su alma si deja de creer en Lutero. Por ello, cuando su mujer acude a él con las noticias más importantes de su vida, le advierte que en principio está de acuerdo con la boda, pero que no consentirá jamás que Sofía rece de manera distinta a la que ha aprendido en su niñez.

Su mujer se escandaliza. ¿Va a arrojar por la borda por una cuestión de iglesias la mayor oportunidad que vieron los siglos? ¿Dios no es el mismo Dios para todos? ¿Quiere que, por su tozudez teológica, la zarina busque otra princesa para su sobrino entre las primas y amigas que se sentirían felices de aceptar? En su presión probablemente Juana utilizaría la frase famosa de un rey que ha

pasado a la historia como símbolo de compromiso político-religioso: la de Enrique IV cuando los habitantes de la capital de Francia, a la que sitiaba, se negaron a entregarse a un rey protestante y él dejó de serlo aduciendo que «París bien vale una misa». ¡Y era tan sólo una ciudad, mientras aquí estamos hablando de un imperio que abarca desde las nieves de Siberia al Báltico!

Agobiado por estas razones, Cristián-Augusto va cediendo posiciones poco a poco. La última es pedir, en lugar de desafío, hipocresía. Si Sofía aceptara oficialmente la apostasía y siguiera celebrando en secreto los cultos luteranos… Para acallar esa conciencia, madre e hija le aseguran que eso puede hacerse, que depende de la situación que encuentren en la corte rusa cuando lleguen. Por si acaso, y para darle un apoyo moral eficaz, Cristián-Augusto da a Sofía como regalo de despedida el libro de un pastor protestante en el que se denuncian «los graves errores de la religión ortodoxa». Con una sonrisa tranquilizadora, Sofía le promete leerlo durante el viaje para formarse una coraza teológica antes de exponerse a la propaganda de la nueva religión. Naturalmente el volumen será arrojado por la ventanilla al camino mucho antes de llegar a la frontera rusa. Con la familia, la patria y el amor al tío Jorge, la religión que aprendiera de niña es un lastre más del que hay que desprenderse para subir lo más ligeramente posible. Es algo que Sofía tiene muy claro mientras el coche rueda hacia el lejano, misterioso, prometedor Oriente.

Viaje, por cierto, bastante modesto. Se trata del traslado de una probable gran duquesa y de una posible zarina, pero hasta ahora no lo parece. La carta de la emperatriz requería la urgente presencia de Sofía en Rusia y cuando esa urgencia se une con el precario estado económico de los d’Anhalt-Zerbst, el resultado acaba siendo el más pobre ajuar que vio novia principesca en la historia. Según contó Catalina II muchos años después, se componía de doce camisas, dos o tres vestidos, doce medias y otros tantos pañuelos. El coche, pagado con el dinero enviado por la corte rusa, tampoco era un prodigio de comodidad; los caballos correspondían a la pobreza del vehículo, y el frío del mes de enero de 1744 —nuevo año nueva vida

— en la Europa oriental a través de Prusia y Polonia convirtió el trayecto en una pesadilla.

Las paradas en fondas abyectas, compartiendo a veces la única habitación caldeada con la familia del posadero y sus animales de labor, serán recordadas más tarde, entre risas, por Catalina II advirtiendo que, como joven Sofía, había llevado su infortunio con buen humor y una tremenda curiosidad por conocer los paisajes y gentes del país que atravesaban. Su madre, en cambio, no dejaba de lamentarse altamente entre bache y bache. ¿Era ésta la forma de hacer viajar a una futura princesa rusa?

EN LA TIERRA PROMETIDA

SÓLO empezó a serlo cuando llegaron a la frontera del país que desde entonces iba a ser el suyo y el coronel del regimiento de guarnición en el primer pueblo ruso se presentó respetuosamente a las viajeras como su futuro jefe de escolta: orden de la zarina Isabel.

La nieve cubría ya la inmensa llanura que se extendía, y la comitiva pasó del tambaleante vehículo con boquetes por donde entraba el frío a un gran trineo totalmente cerrado, convenientemente forrado de mantas y pieles e incluso con un brasero en el centro del recinto. Los caballos eran ahora fuertes y el vehículo se deslizaba rápidamente sobre la blanca superficie. A ambos lados cabalgaban los soldados, lo que les daba la sensación de seguridad que antes les faltaba. Las posadas seguían siendo ruines pero al menos cuando llegaban a ellas, y alertados por los jinetes que se adelantaban, los dueños los recibían con el fuego encendido y la sencilla comida pronta. Sofía estaba encantada y su madre envanecida y satisfecha. Aquello ya empezaba a semejarse a sus sueños.

Y como en todo sueño puede aparecer la pesadilla, de pronto, en plena estepa, el trineo se detuvo. Frente a él estaba estacionado otro, también rodeado por soldados. Pero ahí las semejanzas terminaban; los que en el trineo de Juana y Sofía escoltaban respetuosamente a sus ocupantes eran en el otro unos militares rodeando nerviosamente a su vehículo. Mientras en el primer trineo sus curiosas ocupantes podían alzar las cortinillas de las aperturas para disfrutar del inesperado incidente, ¡tantas horas sin ver a

nadie!, en el segundo las ventanillas permanecieron rigurosamente cerradas todo el tiempo en que estuvieron detenidos uno frente al otro; cuando los jefes respectivos terminaron su breve conversación, se oyeron órdenes de marcha y cada grupo prosiguió su camino en dirección opuesta.

La curiosidad se disparó en Juana y Sofía. ¿Quiénes eran los ocupantes del trineo fantasma? ¿Por qué no aprovecharon, como hicieron sus soldados, la oportunidad de comunicarse con otra gente?

Las preguntas que se sucedieron como ráfagas toparon al principio con el mutismo más absoluto del coronel jefe de la expedición. Pero no se viaja juntos varios días, no se comparte comida y bebida, sobre todo bebida, durante tantas verstas sin que las lenguas acaben soltándose. A las pocas horas ya sabían quiénes eran los misteriosos ocupantes del otro trineo. Una ex regente llamada Ana y un ex zar-niño que fue llamado Iván IV al ser proclamado tres años antes. El destino de ambos: la prisión de Oranienburg.

Que la vida imita al arte y no al revés fue la forma en que Oscar Wilde precisó una idea que flotaba en el aire ante los innumerables casos en los que la realidad resulta mucho más fantasiosa que la ficción. ¡Qué burla harían los críticos del novelista que se le ocurriera escribir que en la gigantesca Rusia se toparan una princesa con su madre yendo al encuentro de un trono, por un lado, y un zar destronado también acompañado por su progenitora, por el otro; alguien lleno de ilusión por un puesto, cruzándose con el que ha sido destituido de él. No puede haber *memento morí* más grave ni, como diría el lector sarcástico, más oportuno. ¿No había en Rusia más caminos y horas que estos que obligaron a una futura emperatriz a toparse con el ex emperador? Hay gente que, de verdad, goza de más imaginación…

… Sobre todo la historia. Porque el hecho, de acuerdo con todos los biógrafos, y especialmente con las memorias de nuestra protagonista, es totalmente verídico.

Catalina II no podía olvidarlo fácilmente, incluso muchos años después. Ni el hecho ni el símbolo ominoso que representaba. Pero recordaba también que si lógicamente le impresionó, en ningún momento le hizo arrepentirse de su decisión. Y a su madre, que por vez primera desde la carta de Isabel desmayaba ante la responsabilidad que preveía tras aquella visión, le hizo una caricia, animándola: «¡Vamos! No te preocupes. Todo saldrá bien.»

Y por fin, ante los ojos maravillados de las dos mujeres, y tras casi un mes de viaje, San Petersburgo, o Petersburgo, como se la llama indistintamente, la ciudad arrancada de las marismas del nordeste del país por la voluntad de un hombre llamado Pedro el Grande.

…La ciudad que «no podía ser». ¡Tan lejos de Moscú! ¡Tan cerca de la enemiga Suecia! Pedro I, un gigante de estatura y un gigante de voluntad, se lanza a la empresa de crear, frente a la cerrada Moscú, la tradicional, la eclesiástica, la mil veces rusa, otra capital abierta, dinámica, comercial, una ciudad que indique con su puerto abierto al Báltico la nueva concepción de una Rusia que tiene mucho que decir a esa Europa que antes ignoraba. Hubo falta de técnicos y Pedro importó de occidente —Holanda, Alemania— los que necesitaba. Hubo problemas laborales porque la gente del interior no quería trasladarse a trabajar a un lugar tan lejano, y Pedro lo solucionó con el trabajo forzado de miles de siervos; como resolvió el problema causado por el clero, receloso del contacto que el pío pueblo ruso tendría con los extranjeros protestantes, metiendo en la cárcel o desterrando a Siberia a los popes más lenguaraces, con asombro y miedo de los demás. ¡Un zar, que debía ser el primer creyente del imperio, atacando a la Iglesia en sus representantes! No fue la única «blasfemia» del rey innovador. A la muerte del primado de la Iglesia ortodoxa, Pedro I suprimió el cargo, que tenía prerrogativas demasiado amplias para su tranquilidad, y lo sustituyó por un sínodo colegiado que se reunía bajo su dirección, perdiendo con ello toda su autonomía.

A esa capital, fundada en 1703, llegan Juana y Sofía un día de febrero de 1744. Les impresiona en lo militar la fortaleza de Pedro y

Pablo, que desde el otro lado del Neva vigila el comportamiento de los habitantes de la ciudad, las calles bien trazadas y amplias, Nuestra Señora de Kazán, primera iglesia, y, sobre todo, el palacio de Invierno, que recorren, admiradas, sala tras sala con decoraciones cada vez más suntuosas hasta llegar a las habitaciones que les han sido destinadas. Apenas instaladas llega un mensaje de la emperatriz… Está sólo a unos metros de distancia pero protocolariamente las separan miles de leguas. La zarina las recibirá dentro de unos días; mientras tanto, como muestra de su afecto, envía a las dos varios vestidos, zapatos y joyas para engalanarse de acuerdo con su nueva situación. Han empezado, ahora de verdad, unas jornadas mágicas: prueba de ropa, movimiento de modistas, aprendizaje de las fórmulas que deben emplear con su majestad… y sobre todo iniciarse en la difícil lengua rusa, tarea en la que Sofía se emplea con el entusiasmo de quien sabe que va a ser la que use en el largo futuro de su vida. Desde los gentil— hombres a los humildes pajes de servicio, todos los servidores simpatizan con la pequeña, que intenta aprender su idioma riéndose la primera cuando la inexperiencia le hace confundir palabras y aun insultar a alguien al que ha intentado decir un cumplido.

La reacción es infantil, pero no hay en su actitud ninguna ingenuidad. Ha llegado a Rusia para quedarse y va a identificarse con todo lo que signifique el alma del pueblo, desde el idioma a la religión.

Sí, la religión. Su devoto padre se quedaría asombrado de ver qué pronto ha olvidado sus consejos al respecto. Desde el primer día de su llegada, la joven luterana ha mostrado deseos de conocer los maravillosos ritos bizantinos que se han perpetuado en la religión oficial rusa y asiste, disimulada en las últimas filas de la iglesia, al espectáculo de color y luces, desde las casullas del pope a los iconos; algo impresionante para quien estaba acostumbrada al frío rito protestante de la capilla de Stettin, algo que conmueve tanto el corazón como los sentidos.

En su atenta actitud hay el asombro que la nueva vida podría provocar en una extranjera de quince años… y el cálculo refinado de quien tuviera cincuenta. Sabe que cada uno de sus actos es registrado y comunicado a las pocas horas a la emperatriz, que lógicamente se sentirá orgullosa de su esfuerzo por incorporarse al mundo en que le ha tocado vivir. Es verdad que los informes que dan cuenta de la actitud positiva de Sofía registran también la más crítica de su madre, la gobernadora Juana, siempre recelosa de que no se le concedan los honores a los que cree tener derecho, irritada por lo que tarda Isabel en verla y desde luego desinteresada por todo lo que significa el alma rusa. Claro que su actitud no tiene la menor importancia. En esta obra teatral, la protagonista es Sofía y el papel de su madre se limita al de acompañante; tras haber cumplido su misión de llevar sana y salva a la chica que ha educado… (reconozcámoslo, bien educado) a la corte rusa, desaparecerá por el foro para siempre. Ése es el destino ignorado para quien se veía a sí misma como consejera permanente de la grácil, bella pero inexperta Sofía.

«Su majestad Isabel, zarina de todas las Rusias, recibirá a su excelencia la gobernadora Juana d'Anhalt-Zerbst y a su hija el día…» ¿Qué día?, se asombra Juana. Porque según ella la fecha en cuestión había ya pasado. Sofía se lo explica. El calendario ruso sigue el tradicional de la edad media que el papa Gregorio IV reformó en el siglo XVI para ponerlo más de acuerdo con el año astronómico. El cambio se realizó obedientemente en toda Europa menos en Inglaterra, que siguió con el tradicional un siglo más, y en Rusia, que no iba a mudar el suyo porque lo dijera un papa a quien desde el cisma no concedía el menor respeto en materias religiosas, y mucho menos en cuestiones de calendario.

«¡Hasta las fechas son distintas en Rusia!», se lamentaba la madre, mientras Sofía piensa que efectivamente todo es distinto, diferente en Rusia y es mejor que se vaya preparando para ello.

…Por de pronto para la audiencia imperial, para la que faltan sólo unas horas. Últimas pruebas de vestidos, elección de alhajas, adornos, estudio del orden de la ceremonia, cuántos pasos hay que

dar, cómo debe ser la reverencia, cuándo y cómo hay que hablar ante la augusta presencia.

Todo funcionará con la precisión de un reloj. Las dos mujeres avanzan sala tras sala, precedidas y seguidas por innumerables cortesanos en vistosos uniformes mientras los soldados de la guardia se alinean a ambos lados. Y de pronto se encuentran ante una puerta cerrada; unos segundos de suspenso —Sofía tiene el alma en la boca; detrás de esas hojas está su futuro— y la puerta se abre de golpe. En el umbral, una visión de otro mundo: Isabel, con su manto imperial y recubierta de joyas, la está mirando. Es toda Rusia, la gigantesca Rusia personificada en su dueña oficial, la autócrata, quien está frente a ellas.

Un gesto del chambelán y las mujeres se adelantan; primero Juana, que se inclina a besar la mano de la emperatriz; luego Sofía, con la cabeza baja pero sin la menor duda en sus movimientos, hace su genuflexión y luego, sólo luego, levanta la cabeza para mirar una cara afable y sonriente. Su rostro no se inmuta pero por dentro exulta: ¡Le he gustado!

Si la recién llegada ha sido aceptada, ya sólo queda realizar todos los preparativos para una boda que en Rusia, como todo, tiene que impresionar por su grandeza. Por de pronto, los pocos vestidos que llegaron a las habitaciones de las nuevas huéspedes se han multiplicado por diez y la misma mejora se nota en las joyas. Cuando la comitiva se ponga en marcha hacia Moscú —la ciudad santa donde se van a celebrar las bodas—, el único trineo que las llevó a San Petersburgo se ha convertido en treinta; en ellos van la zarina Isabel y los miembros de la corte, más el abundante servicio y los soldados que guardan tanto a las personas como los objetos de valor que llevan, tanto en lo que se refiere a alhajas como a regalos que, de acuerdo con la tradición, se reparten profusamente en las fiestas rusas. Treinta trineos desde San Petersburgo a Moscú, cargados con un tesoro humano y material, un botín incalculable para cualquier banda salteadora de caminos. Pero la comitiva avanza durante doce días sin la menor preocupación,

protegida más que por la escolta guerrera, por la coraza invisible que es el eterno respeto del pueblo ruso hacia la autoridad. Cuando los mujiks, los campesinos, ven pasar el prolongado y oscuro cortejo destacando sobre la nieve, no sólo se inclinan ante la zarina; se arrodillan ante alguien colocado en aquel lugar excelso por el mismo Dios. Pasa la «madrecita» de todos los rusos, pasa la emperatriz Isabel.

La vista de Moscú deja sin aliento a Sofía. Si San Petersburgo, surgido de la nada hace apenas unos años, provocaba admiración por el esfuerzo que representaba de un solo hombre, Moscú es el resultado de decenas de siglos de trabajo común y sobre todo de religión compartida. Por encima de los innumerables tejados (la ciudad cuenta con seiscientos mil habitantes, cifra impresionante en el siglo XVIII, cuando toda Rusia no pasaba de los veinte millones) destacan cinco mil campanarios azules, verdes, rojos, muestra de la devoción de su pueblo. Sobre todas las iglesias destaca la de San Basilio, con sus ocho o diez cúpulas, todas distintas de forma, situada en la plaza Roja (que en ruso significa bella) y at lado del palacio-fortaleza del Kremlin.

San Petersburgo es ciudad relativamente nueva y más abierta a los aires extranjeros desde una fundación en la que intervinieron tantos técnicos de otros países. Moscú, en cambio, se ha mantenido tradicional, oscura, xenófoba. El lujo que la corte lleva consigo a donde va contrasta aquí mucho más vivamente que en la ciudad del Báltico con la pobreza y aun con la miseria. Sofía y su madre comentan en voz baja tras la primera recepción oficial cómo las casacas, las pelucas empolvadas, los vistosos uniformes palaciegos ocultan camisas rotas y suciedad por todas partes; cómo el palacio del noble está flanqueado a ambos lados por casuchas de la peor calidad que arden como yesca al primer descuido. Un diplomático extranjero definirá por esas fechas a Moscú como la ciudad del lujo y de los piojos y otro, años más tarde, asegurará que, por debajo de la apariencia del siglo XVIII, el ruso sigue viviendo en el siglo XIV.

Tras esa primera visión, Sofía se rehace; al fin y al cabo, como dice a su madre, ella no va a casarse con una ciudad vieja sino con

un hombre joven, su antiguo compañero de juegos en Kiel, el príncipe heredero Pedro, que de pronto aparece frente a ella abrazándola con el mismo cariño de cinco años antes; con el mismo cariño… y con el mismo tono infantil. Mientras Catalina, en ese lustro, ha pasado a ser una mujer, Pedro sigue igual de torpe, de ruidoso; sus palabras son confusas, sus risas extemporáneas y estridentes. Y por si eso fuera poco —piensa Sofía—, lo único en que ha cambiado ha sido en su fealdad, que se ha desarrollado de forma escandalosa. La nariz es ahora más grande, los ojos más pequeños, la boca más torcida. Ha crecido, sí, pero de forma desigual; resulta desgalichado y disgracioso.

La impresión es lógicamente triste porque ahora no se trata de alternar con quien se ve unas pocas horas al día como la emperatriz, algo relativamente fácil y para lo que basta un corto esfuerzo cada vez; ahora se trata de un marido con quien compartir la jornada entera y, mucho peor, la noche. ¡Qué diablo»!, ésa era una prueba más que afrontar en una carrera que está, lo sabe desde el principio, llena de obstáculos. Si la proximidad de Pedro le molesta físicamente, cerrará los ojos y apretará los dientes. El razonamiento hecho a su madre puede modificarse. Ella ha venido a Rusia a casarse con un imperio, no con un hombre.

Y además ha notado que a ese hombre, a ese príncipe, ella le gusta; lo ha visto en su mirada al reencontrarle y ha oído ensalzar la hermosa figura de mujer en la que la niña de Kiel se ha transformado. Afortunadamente, y para el futuro de la especie, para lo que la emperatriz y el país esperan de ella, basta que el hombre sea el enamorado; la mujer puede realizar el más pasivo de los papeles sin entorpecer el acto genesíaco.

Sí, Pedro sigue siendo un niño, y aún peor, un niño mal educado. Catalina cuenta en sus memorias, como ejemplo de ello, una pelea familiar trágico-cómica de las que existen en todos los hogares… pero particularmente grave cuando los personajes son de la realeza y dos de ellos van a subir al trono.

«Un día en que el gran duque vino a la habitación de mi madre y mía mientras ella estaba escribiendo, tenía su cofrecillo abierto a su

lado y él quiso curiosear lo que contenía; mi madre le dijo que no lo tocase, y él, obediente, se fue, saltando, pero al efectuarlo de un lado para otro con el fin de hacerme reír se enganchó en la tapa del cofre y lo volcó. Entonces mi madre se enojó y hubo algunas palabras fuertes entre ellos; mi madre le echaba en cara haber vertido el cofre adrede y él gritaba que era una injusticia; ambos se dirigían a mí apelando a mi testimonio.

»Yo, que conociendo el humor de mi madre temía ser abofeteada si no le daba la razón, y no quería mentir ni quedar mal con el gran duque, me encontraba entre dos fuegos; sin embargo dije a mi madre que no creía que el gran duque lo hubiese hecho ex profeso, sino que, al saltar, el faldón de su casaca se había enganchado en la tapa de su cofrecillo, que estaba sobre un taburete muy pequeño.

«Entonces mi madre la tomó conmigo, porque cuando se encolerizaba necesitaba a alguien con quien pelearse; me callé y me eché a llorar; el gran duque, viendo que toda la cólera de mi madre recaía sobre mí porque había atestiguado a su favor y que lloraba, la acusó de injusta y calificó su cólera de furia; y ella le dijo que era un chiquillo mal educado; en una palabra: es difícil llevar una disputa más lejos de lo que ellos la llevaron, sin llegar, empero, a las manos.

»A partir de entonces él gran duque sintió rencor por mi madre y jamás olvidó esta querella; por su parte, mi madre también le cogió inquina y la manera de comportarse uno con otro creó un malestar y una desconfianza no exenta de cierta aspereza. Ninguno de los dos lo disimulaba mucho ante mí; en vano trabajé para templar a uno y otro; sólo lo conseguí en circunstancias momentáneas; cada uno de ellos tenía siempre algún sarcasmo que soltar para picotearse y mi situación era cada día más espinosa por este motivo. Trataba de obedecer a mi madre y complacer al gran duque, que en realidad hablaba conmigo con el corazón más abierto que con nadie y veía que mi madre la tomaba a menudo conmigo cuando no podía arremeter contra él. Esto no me perjudicó en absoluto en su ánimo, porque creía poder estar segura de mí.»

Una de las características de Catalina II es el derroche, algo a lo que se entrega en cuanto la vida le ofrece la posibilidad de hacerlo y, como todos los pródigos, encuentra excusas para ello.

«…Todo aquel otoño transcurrió entre comedias, bailes y mascaradas en la corte. A pesar de ello, se veía que a la emperatriz la dominaba con frecuencia el mal humor. Un día que mi madre, el gran duque y yo asistíamos a la representación de una comedia, en un palco frente al de su majestad, observé que la emperatriz conversaba con mucho calor y enfado con el conde Lestocq; cuando terminó de hablar, Lestocq se levantó y vino a nuestro palco; se acercó a mí y me dijo: "¿Habéis visto en qué forma me ha hablado la emperatriz?" Yo asentí. "Pues bien: está muy encolerizada contra vos." "¿Contra mí? ¿Por qué?", le respondí. "Porque tenéis muchas deudas. Dice que sois capaz de agotar un pozo y que cuando ella era princesa no percibía mayor estipendio que vos y tenía toda una casa que mantener; que procuraba no contraer deudas porque no debía hacerlo."

»Me dijo todo esto en un tono enojado y seco, a fin de que la emperatriz viese desde su palco cómo cumplía con su cometido. Las lágrimas acudieron a mis ojos y me callé. Cuando me lo hubo dicho todo se marchó.

»E1 gran duque, que estaba a mi lado y había escuchado toda la conversación, tras haberme preguntado lo que no había oído., me dio a entender, más por gestos que por palabras, que compartía la manera de pensar de su tía y que no le contrariaba que me hubiesen reñido. Esto respondía bastante a su método, que consistía en la creencia de hacerse así agradable a la emperatriz compartiendo su actitud cuando se enojaba con alguien.

»Respecto a mi madre, en cuanto se enteró de lo que se trataba —dijo que aquello no era más que una consecuencia de las molestias que se habían tomado para arrancarme de sus manos y que, dado que me habían puesto en el trance de obrar sin consultarla, se lavaba las manos; así fue como una y otra se aliaron contra mí.

»Por mi parte quise poner inmediatamente orden en mis asuntos y al día siguiente mismo pedí mis cuentas. Por ellas comprobé que debía diecisiete mil rublos; antes de salir de Moscú, la emperatriz me había mandado quince mil y un cofre de ropas sencillas, pero yo tenía que ir vestida de materiales ricos. Así pues, hechas las cuentas, debía sólo dos mil rublos, lo cual no me pareció una suma excesiva.

«Diferentes causas habían arrastrado a estos gastos. Primera, había llegado a Rusia mal equipada; si poseía tres o cuatro trajes podía considerarse como una gran suerte, y esto en una corte donde se cambiaba de ropa tres veces al día; una docena de camisas componían todo mi ajuar; usaba las sábanas de mi madre. Segundo: me habían dicho que en Rusia gustaban mucho de los regalos y que por medio de ellos se adquirían amigos y uno se hacía agradable. Tercero: habían puesto a mi lado a la mujer más gastadora de Rusia, la condesa Rumiantsov, que estaba siempre rodeada de mercaderes y me ofrecía constantemente una cantidad de cosas que me obligaba a comprar y que con frecuencia sólo adquiría para dárselas, porque las deseaba con vehemencia. El gran duque mismo me costaba mucho dinero, porque estaba ávido de regalos; el mal humor de mi madre se apaciguaba también algunas veces con algo que le gustase, y como entonces lo tenía a menudo y particularmente contra mí, procuraba contentarla obsequiándola.»

En el fondo todo son pequeñeces. Lo importante es otra cosa; la preparación de la ceremonia que pasa, naturalmente, por la conversión de Sofía a la religión oficial rusa. En las semanas que siguen, la luterana aprenderá pacientemente en ruso la declaración de fe que debe realizar ante la autoridad religiosa, además de otros principios de un dogma nuevo para ella. Ese aprendizaje lo interrumpirá sólo para comunicar a su padre la decisión tomada. El buen Cristián-Augusto lee compungido la carta donde su hija apela a su comprensión para que acepte el hecho de haberse visto obligada a cambiar de religión; eso no significaba, claro está, que

considerase falsa la luterana. Eran razones de Estado las que obligaban a dar aquel paso que esperaba le fuera perdonado.

CÓMO CAMBIAR DE NOMBRE, DE RELIGIÓN Y DE ESTADO

«DICEN que hice mi confesión de fe perfectamente madura.» Segura de sí misma, Catalina cambia de religión sin vacilar un momento, sin derramar una lágrima.

«Así que estuve vestida fui a confesarme, y cuando llegó la hora de ir a la iglesia la emperatriz en persona vino a buscarme; me hice confeccionar un traje igual al suyo, carmesí y plata, y en gran cortejo pasamos por todas las habitaciones, atestadas de una muchedumbre infinita hasta la iglesia. En la puerta me hicieron poner de rodillas sobre un almohadón cuadrado. En aquel momento la emperatriz dio orden de suspender la ceremonia; atravesó la iglesia y se dirigió a sus habitaciones, de donde regresó al cabo de un cuarto de hora trayendo de la mano a la madre abadesa del convento de Novodevitchi, de ochenta años por lo menos y en olor de santidad. La colocó a mi lado y la ceremonia comenzó; se me impuso el nombre que llevo, Catalina, únicamente por la razón de que el de Sofía resultaba odioso a causa de los complots de la hermana de Pedro el Grande, que así se llamaba.

»Dicen que hice mi confesión de fe perfectamente, que hablé alto y claro y que pronuncié muy bien y con toda corrección. Al terminar observé que la mayoría de los asistentes vertían lágrimas, y que entre ellos se hallaba la emperatriz; por mi parte, aguanté bien y me ensalzaron.

»A1 final de la misa la emperatriz vino a buscarme y me llevó a comulgar. Al salir de la iglesia, y de regreso a la habitación de la emperatriz, me regaló un collar y un broche de brillantes. Por la tarde fuimos de incógnito al Kremlin, antiguo castillo que servía de residencia a los zares, donde fui alojada en una habitación tan alta que apenas se veía desde ella a los que caminaban al pie de la' muralla.

»A1 día siguiente, día de San Pedro, en que debían celebrarse mis esponsales, vinieron muy temprano a traerme el retrato de la emperatriz enriquecido de brillantes, y un momento después, de parte del gran duque, el suyo del mismo valor. Al poco rato vino a buscarme para conducirme ante la emperatriz, que con corona y mazo imperial emprendió la marcha bajo el palio de plata maciza, portado por ocho generales, seguida por el gran duque y yo. Detrás de mí venían mi madre, la princesa de Homburg y las otras damas, según el rango. (Se había convenido que desde el momento de mi conversión caminaría delante de mi madre, a pesar de estar prometida aún.) Descendimos la famosa escalera llamada Krasnoe Kriltso, atravesamos la plaza y fuimos a la catedral a pie, formando calle los regimientos de guardia.

»E1 clero nos recibió como de costumbre. La emperatriz nos cogió al gran duque y a mí de la mano y nos condujo a un estrado cubierto de terciopelo en el centro de la iglesia, en la cual el arzobispo Ambrosio de Novgorod celebró nuestros esponsales, tras lo cual la emperatriz cambió los anillos; el que él me dio valía doce mil rublos y el que él recibió de mí, catorce mil. Después de la misa se dispararon salvas de cañón; a mediodía la emperatriz comió con el gran duque y conmigo, junto al trono de la sala llamada “granavita palata”.»

Dejemos a Catalina contar también la jornada de su boda; la descripción tiene detalles interesantes sobre las pequeñeces de la vida palaciega, pero sobre todo nos da la imagen que la futura zarina quería que se tuviese de ella. Una pobre joven sufriendo en tierra extranjera…

«El día de la ceremonia me levanté a las seis de la mañana; a las ocho la emperatriz me mandó decir que pasase a sus habitaciones para vestirme; en su dormitorio de gala encontré todo mi ajuar preparado, y sus damas del palacio estaban allí. Empezaron a peinarme; mi ayuda de cámara me rizaba el tupé cuando entró la emperatriz; me levanté para ir a besarle la mano; pero apenas me había besado ella, cuando comenzó a reñir a mi ayuda de cámara prohibiéndole que me hiciese un tupé rizado.

«Quería que el tupé fuese plano, con el pretexto de que las joyas con el otro tupé no se aguantarían sobre la cabeza; después de lo cual desapareció; pero el ayuda de cámara, que era un testarudo, no quiso abandonar la idea del tupé rizado y persuadió a la condesa de Rumiantsov, que protegía el rizado, para que hablase a la emperatriz a favor de este peinado. Al cabo de cuatro viajes de ida y vuelta de la condesa entre la emperatriz y el ayuda de cámara, mientras yo me mantenía espectadora impasible de lo que ocurría, la emperatriz finalmente mandó a decirle, y no sin cólera, que hiciera lo que juzgase oportuno.

«Tan pronto estuve peinada, la emperatriz vino a colocarme la corona gran ducal sobre mi cabeza y me dijo que me pusiese tantas joyas —mías y suyas— como quisiera. Marchóse, y las damas de la corte siguieron vistiéndome en presencia de mi madre; el traje era de glasé de plata, bordado también en plata en todas las costuras y de un peso espantoso. Hacia mediodía llegó el gran duque a la habitación contigua a la que yo estaba. Cerca de las tres, la emperatriz, con el gran duque y yo en su carroza, nos condujo en gran cortejo a la iglesia de Nuestra Señora de Kazán, donde nos casó el obispo de Novgorod. El príncipe obispo de Lübeck sostuvo la corona sobre la cabeza del gran duque y el montero mayor, conde Alexis Razumovski, sobre la mía. Él fue también quien durante la coronación sostuvo la corona.»

«A las seis cenamos en la galería, donde se había tendido un dosel a este objeto. La emperatriz tenía al gran duque a su derecha y a mí a su izquierda y sentada bajo este dosel; un peldaño más abajo que el gran duque se hallaba mi madre; y a mi lado, frente a

ella, estaba sentado mi tío, el príncipe obispo de Lübeck, que se encontraba entonces en San Petersburgo.

«Terminada la cena, la emperatriz entró en sus habitaciones a fin de dar tiempo a que se quitara la mesa y preparar la galería para el baile. Al levantarme de la mesa, el peso de la corona y de las joyas me produjo la sensación de sufrir dolor de cabeza y rogué a la condesa Rumiantsov que me la quitase por un momento. Ignoraba que ello ofreciese dificultad alguna; pero la condesa me dijo que no se atrevía por el temor de que aquel gesto fuese de mal augurio; pero, comprendiendo lo que yo sufría, se dejó persuadir para ir a hablar con la emperatriz, que dio su consentimiento, no sin ciertas dificultades; finalmente me descargaron de la corona hasta que estuvo todo dispuesto para el baile, momento en que me la volvieron a poner.

«Durante el baile no se interpretaron más que polonesas; duró cerca de una hora, y luego la emperatriz nos condujo al gran duque y a mí a nuestras habitaciones; las damas me desnudaron y me acostaron entre las nueve y las diez. Yo rogué a la princesa de Hesse que se quedase algún tiempo más conmigo, pero no quiso acceder. Todo el mundo se retiró y yo permanecí más de dos horas sola sin saber lo que convenía hacer. ¿Había que levantarse? ¿Tenía que permanecer acostada? No lo sabía. Por fin la señora Kruse, mi nueva doncella, entró y me dijo con gran alegría que el gran duque esperaba su cena, que sería servida pronto. Su alteza imperial, después de haber cenado, vino a acostarse…»

Naturalmente, en esta ocasión Catalina, aun sin mentir, da al lector la impresión errónea. La verdad parece ser que al quedarse solos en la cama, y tras unos minutos de silencio y sin tocarla, Pedro se levantó y salió por una puerta disimulada asegurándole que volvía enseguida. Un «enseguida» que duró varias horas, durante las cuales la recién casada se preguntaba si de verdad había alcanzado un nuevo estado, mientras —tanto en los salones como en las calles de Moscú— la gente bebía a su salud gastando bromas más o menos soeces al imaginar la escena conyugal que

debía estar ocurriendo en aquellos momentos en un cuarto del Kremlin.

Horas para meditar sobre su suerte, tanto la política como la personal. No se trataba del nerviosismo natural con que una joven del siglo XVIII podía esperar el momento más importante de su vida. Aun cuando es posible que Catalina llegase virgen al matrimonio, sus escarceos amorosos con su tío y quizá con otros muchachos de su edad no le hacían temer extremadamente quedarse con un hombre a solas, suponiendo que temiera algo. Lo que la tiene despierta y tensa, con los ojos fijos en la puerta por donde ha desaparecido Pedro, es que ella no es sólo una mujer esperando al marido que la haga físicamente su esposa, como podía ocurrir en cualquier hogar ruso entre una María y un Boris cualquiera. Ella está allí para que de ese encuentro nazca un sucesor a la corona; si no lo consigue, su misión habrá fracasado, su matrimonio será anulado y ella devuelta a Stettin por inútil.

Hace pocas horas, antes del matrimonio, y cuando se bañaba, vio entrar sobresaltada a la emperatriz Isabel, que contempló largamente su cuerpo desnudo. «Como si fuera una vaca», anotará años después en sus memorias; se trataba de analizar las posibilidades físicas de quien ha venido a desempeñar un papel importante en la continuación de la dinastía. Una campesina, la esposa de un funcionario puede no tener hijos* a una princesa le está prohibido.

Pasan así cuatro, cinco amargas horas y de pronto la puerta se abre y entra Pedro con el uniforme arrugado y señales evidentes de embriaguez. Sin desnudarse, se echa en la cama a su lado y con voz estropajosa le cuenta que ha estado cenando con sus amigos y han bebido un poco para celebrar el acontecimiento. Inmediatamente después de esta llamémosle explicación a su ausencia, se queda tranquilamente dormido.

Esa noche de bodas se repetirá a lo largo de las semanas siguientes. Pedro llega tarde o sencillamente no llega; le cuenta su divertida sesión con otras personas y se duerme sin tocarla, aparte de algunos besos esporádicos.

La razón de esa extraña actitud con alguien que le gusta y dado que Pedro no es impotente ni homosexual, es un pequeño problema fisiológico. Pedro sufre de una fimosis que le produce un dolor extremo en el momento de la erección, impidiéndole consumar el acto sexual. La ciencia médica de mediados del siglo XVIII está lo bastante avanzada como para solucionar ese problema con una pequeña operación y los médicos imperiales se lo han sugerido repetidas veces, pero el gran duque teme al dolor y se niega rotundamente a ello. Las cenas nocturnas, los cantos con amigos hasta la madrugada son una forma de eludir el encontrarse cara a cara con su esposa y no poder realizar lo que su tía Isabel, el gobierno y el pueblo entero de Rusia esperan de él.

(Curiosamente, unos años más tarde, en 1770, al otro extremo de Europa, otro príncipe heredero tendrá exactamente el mismo problema. María Antonieta, casada con Luis, sufrirá física y psicológicamente durante años hasta que el futuro rey de Francia accede a la intervención quirúrgica que permitirá el nacimiento de Isabel y del malhadado prisionero del Temple que pasó a la historia con un título, Luis XVII, que no había podido ostentar.)

Catalina está, pues, en la más difícil de las situaciones. ('asada sólo a medias, rusa por aproximación, ortodoxa nueva a la que los popes miran todavía con recelo. Le queda como cordón umbilical con el pasado sólo una persona de quien puede fiarse y en quien puede confiar: su madre.

Esa ilusión le durará sólo unas semanas. La emperatriz no había gustado nunca de Juana, considerándola entrometida y vanidosa, tolerándola en la corte sólo como madre de Catalina. Pero hace unos meses tiene otros motivos más sólidos para su animadversión. La gobernadora que había llegado a la corte rusa convencida de que iban a darle oportunidades de mostrar las que ella cree sus altas dotes políticas y diplomáticas, se ha encontrado que sólo es admitida como pariente de Catalina. Por ello decide obrar por su cuenta organizando una red de relaciones con los embajadores extranjeros que cultivan su amistad esperando sacar partido para los intereses de sus respectivos Estados. Especialmente éste es el

caso del enviado francés, que pagará largamente los servicios que un día pueda prestarle la futura zarina.

Lo malo es que eso está sólo en la ilusión de los dos. En la realidad, Rusia sigue mandada férreamente por Isabel, y ésta, informada por los agentes que vigilan a la gobernadora, no está dispuesta a tolerar maniobras parecidas. Apenas cinco semanas después de la boda de su hija, que ella veía como un primer escalón para colmar sus ambiciones, la princesa d'Anhalt recibe la orden de abandonar sin dilación los estados de su majestad imperial. Y cuando la zarina habla no hay excusas o posibles apelaciones a una autoridad judicial o administrativa. Catalina tendrá que abrazar llorando al único eslabón que le quedaba de su vida anterior. Ahora sí que de verdad está sola en Rusia.

¿Y Pedro? ¿No sigue siendo el niño grande, el que se reía con ella, el que la encuentra bella y simpática? Si la relación sexual no existe, puede quedar el amigo, el camarada; en otras palabras, mientras no se resuelva el problema físico pueden vivir como hermanos y divertirse haciendo travesuras en los grandes salones de palacio.

Lo malo es que el único de los dos que sigue siendo infantil es Pedro, cuya afición más importante y a la que dedica horas es jugar con soldados de madera, de plomo y de cera, a los que sitúa, coloca, cambia y hace maniobrar muchas veces en el propio dormitorio conyugal, con la sola presencia de una espectadora llamada Catalina.

Son muchas horas las que pasan así juntos. Al verlos encerrarse, los criados sonríen dándose maliciosamente con el codo. Pero lo que ocurre dentro no son las batallas de amor sobre campos de plumas que cantaba el poeta Góngora. Allí se trata de mover los minúsculos ejércitos prusiano y ruso y hacerlos combatir hasta la muerte (caída del soldado sobre la alfombra) o la victoria que, asombrosamente, Pedro, como gran estratega, decide concedérsela siempre a las tropas de Prusia. Resulta que ese príncipe de Holstein, convertido por obra y gracia de la política de alianzas en futuro zar de Rusia, no ha olvidado su origen y tiene una

sola admiración en el mundo: la sentida hacia Prusia .y por su rey Federico II. Para Pedro se trata del más grande de los monarcas existentes; el mejor estadista, el general más hábil, el gobernante más sabio. Cuando Catalina le recuerda que un príncipe ruso no puede hablar así del monarca de un pueblo que ha sido el enemigo mortal de su país desde los caballeros teutónicos medievales, Pedro la llama ignorante o equivocada, afirmando que él preferiría mandar un cuerpo del ejército prusiano a ser zar de todas las Rusias.

Esas ideas del gran duque son naturalmente conocidas por Federico II, que aún complacido con ellas no deja de ironizar sobre el tema. «Para el gran duque —dice a sus amigos— soy Dulcinea. No me ha visto nunca pero está enamorado de mí como don Quijote.»

Otras extravagancias de su marido van asombrando y preocupando cada vez más a Catalina. El diagnóstico de inmaduro que aplicó a Pedro al verle está resultando mucho más amplio de lo que imaginara. No sólo es un niño, sino un niño cruel. Golpea a sus criados al menor pretexto y los perros que le rodean continuamente saben tanto de sus caricias como de los fustazos más violentos. A veces en cuestión de minutos.

Una noche, al entrar Catalina en su cuarto se detiene aterrada. Del dosel del lecho cuelga una rata gigantesca que Pedro había hecho ahorcar «tras un consejo de guerra —le explica entre risas— por haber derribado varios soldados de su formación al correr despavorida por el cuarto».

Poco a poco la pareja se va separando espiritual y materialmente. Pedro, aparte del probable complejo ante la persona que más sabe de su incapacidad física, empieza a resentirse de la seriedad que Catalina opone a su alegría, del desagrado con qué presencia sus juegos o sus sevicias con animales y servidumbre.

Cada vez que ve a su esposa camino de la iglesia le parece que quiere darle una lección a él, que no va nunca; cada vez que la ve estudiando la lengua rusa o leyendo los primeros textos en ese idioma, lo toma como una alusión a su ignorancia. En su silencio ante sus chistes procaces ve una riña, en su sobriedad, la acusación

a su constante embriaguez. La alegría con que la acogió a su llegada a Rusia va dando paso a un odio mortal que sólo el miedo a la zarina que los casó le impide mostrar abiertamente.

Catalina está consciente de ello y organiza su «imagen» personal. En sus memorias se presenta como devota ortodoxa, lo que le granjeaba la simpatía de sus súbditos y de su tía, y también como esposa ultrajada y abandonada. Estamos en 1745.

«En esto llegó la cuaresma; hice mis ejercicios desde la primera semana porque en general me sentía entonces inclinada a la devoción. Veía perfectamente que el gran duque no me quería; quince días después de nuestro matrimonio me contó de nuevo que estaba enamorado de la Karr, dama de honor de la emperatriz, que se casó más tarde con el príncipe Galitzin, caballerizo de esta última. Su alteza había confiado también al chambelán que no existía comparación posible entre dicha muchacha y yo; el chambelán le sostuvo lo contrario y se enojó con él; esta escena había tenido lugar casi en mi presencia, y me daba exacta cuente de todo lo que sucedía.

^Reflexionando, me decía que con aquel hombre, si me dejaba arrastrar hacia él por sentimientos de ternura tan mal correspondidos, sería muy desgraciada, y que acabaría muriendo de celos sin provecho para nadie. Traté por tanto de convertir en una cuestión de amor propio el no tener celos de un hombre que no me quería; pero para no estar celosa no había más sistema que no amarle.

«Había guardado abstinencia durante toda la primera semana de cuaresma y el sábado la emperatriz me comunicó que vería con gusto que la observase también la segunda semana; respondí a su majestad que le rogaba me permitiese efectuarla toda la cuaresma. El mariscal de la corte de la emperatriz, yerno de la Kruse, que fue el portador de mi respuesta, me dijo que la emperatriz había experimentado una viva satisfacción ante mi súplica y que la autorizaba.»

…Que es lo que ella pretendía, claro. En cambio, su esposo el gran duque añade a sus múltiples defectos el de *voyeur* de su

propia tía y emperatriz.

«Después de Pascua hizo instalar un teatro de títeres en su habitación, a la que invitaba a mucha gente e incluso a las damas. Este espectáculo era la cosa más insípida del mundo. La estancia donde estaba el teatro tenía una puerta inutilizada, porque daba a otra que formaba parte del alojamiento de la emperatriz, en la cual había una mesa mecánica que se podía levantar y bajar para comer sin auxilio de la servidumbre. Un día, estando el gran duque en su habitación preparando la función, oyó hablar al otro lado, y como era de una vivacidad desconsiderada, cogió un instrumento de carpintería de su teatro y empezó a hacer agujeros en la puerta, de manera que veía todo lo que pasaba en el otro extremo y especialmente la cena de la emperatriz. El montero mayor, conde de Razumovski, en traje de casa de brocado, cenaba con ella, además de una docena aproximadamente de las personas más adictas a la emperatriz.

»Su alteza imperial, no contento con gozar personalmente de su hábil trabajo, llamó a todos los que le rodeaban para que disfrutaran asimismo el placer de mirar a través de los agujeros que acababa de practicar con tanta pericia. Hizo más aún: una vez se hubieron saciado de este recreo indiscreto tanto él como los que se encontraban allí, nos invitó a mí, a la Kruse y a mis doncellas *a* contemplar algo que no habíamos visto jamás.

»No nos dijo lo que era; sin duda para reservarnos una agradable sorpresa. Como yo no me daba la prisa que él deseaba, se llevó por delante a la Kruse y mis doncellas; llegué la última y las encontré instaladas delante de la puerta, donde había dispuesto bancos, sillas y taburetes para mayor comodidad de los espectadores, según dijo.

»A1 entrar pregunté de qué se trataba; vino corriendo hacia mí y me lo espetó; me dejó aterrada e indignada de su temeridad y le contesté que no quería ni mirar ni tomar parte en aquel escándalo, que seguramente le causaría grandes disgustos si su tía se enteraba y que era difícil que no llegase a saberlo, puesto que más de veinte personas compartían el secreto.

»Todos los que se habían prestado a mirar por aquella puerta, viendo que yo me negaba a ello, empezaron a retirarse poco a poco; el mismo gran duque se arrepintió un poco de lo que había hecho y tornó a trabajar en su teatro de títeres mientras yo me retiraba a mi habitación.»

Naturalmente la emperatriz se enteró y riñó al gran duque tachándole de chiquillo mal educado e irrespetuoso que merecía un castigo severo. También sabía que Catalina no había querido mirar por el agujero, por lo que la felicitaba.

No la felicitaba siempre… Era un ambiente complicado en el que la familia tenía que recordar su realeza, una situación en la que las relaciones son lógicamente más difíciles, sobre todo cuando la emperatriz es una mujer segura de su poder, arbitraria y déspota. Su trato con Catalina pasará por diversos estadios y épocas según prive en ella la desconfianza o la admiración; el amor o el odio. En principio, Isabel sabe apreciar sus cualidades con la misma claridad con que se da cuenta de la estulticia del gran duque. Gusta de verla entregada a sus estudios, rusificarse día a día, celebra su asistencia a la Iglesia del país que un día regirá con Pedro. Cuando esa obsesión por estudiar teología la debilite hasta hacerle contraer una pulmonía, Isabel la cuidará con cariño y le hará grandes regalos para festejar su reposición.

Porque Isabel es muy religiosa… lo que no le impide ser igualmente una gran pecadora… quizá porque cree que una afición contrarrestará la otra y que el amor a Dios le permitirá ser perdonada del que profesa a los hombres…

…que al parecer es mucho. Aparte de los amantes oficiales, que doblan de primer ministro cuando además de guapos son listos como Alexis Razumovski, Isabel necesita todas las noches un hombre en su cama: un semental. En general se trata de un oficial de la guardia, que son los que están más a mano; no le importa en absoluto su personalidad psíquica, moral o intelectual. Le basta que tengan la potencia sexual necesaria para satisfacerla y permitirle dormir luego reposadamente.

Para eso lógicamente tienen que ser jóvenes, con lo que al correr de los años la diferencia de edad entre la zarina y el amante ocasional es dramática. Según cuentan, Isabel no renunció hasta días antes de su muerte al acto físico. El elegido es despedido a la mañana siguiente o a veces la misma madrugada con un buen regalo en efectivo y una seria advertencia del chambelán de su majestad: olvidar lo ocurrido…, para favorecer lo cual a menudo es destinado a otra formación militar en cualquier lugar de Rusia.

Como Pedro I también podía ser Isabel violenta en sus reacciones y feroz en la venganza cuando se consideraba traicionada o, sencillamente, estaba celosa de otra mujer. La coincidencia de la sospecha de conspiración y la belleza en la persona de Natalia Lapukire, dama de la corte, le dieron pretexto para condenarla a ser azotada en la plaza pública por el *knut* del verdugo hasta caer desmayada con la carne lacerada. Cuando una enfermedad ennegrece su cabello, obligándole a cortárselo, ordena que todas las damas de la corte lo hagan también, y para cubrir las desnudas cabezas les envía ridículas pelucas que las damas se encasquetan entre lágrimas, para que ninguna resulte más bella que la zarina.

En otra ocasión decide celebrar un baile de disfraces donde la variedad que ese tipo de reunión comporta se reduzca al cambio más simple. Los hombres se vestirán de mujer y las mujeres de hombres. Catalina contará en sus memorias el penoso espectáculo que ofrecían los cortesanos tropezando en las amplias faldas de la época y perdiendo el equilibrio sobre los altos tacones, mientras las damas de anchas caderas casi rompían el calzón masculino que estaban obligadas a endosarse. La única mujer a la que le sentaba de maravilla la ropa masculina —añade— era la emperatriz, lo que evidentemente influyó en su proyecto del baile. Sirviendo a la verdad al mismo tiempo que a su diplomacia, Catalina le hace saber en un momento de la fiesta que si lo fuera de verdad sería el hombre de sus sueños, a lo que Isabel, regalándole una rosa, contestó que también Catalina sería su favorita en caso de que el cambio de género fuera real.

La escena es simbólica de la actitud constante de Catalina para ganarse a su tía; a sabiendas de su difícil situación en la corte por no haber conseguido ser madre, se esfuerza por congraciarse con la zarina. Ésta, como decía, corresponde a medias a sus avances. Su esterilidad, aun conociendo su poca culpa a ese respecto, la irrita; el afectuoso respeto que muestra por ella la halaga y al mismo tiempo la pone en guardia… ¿Es devoción o hipocresía? Igual puede dudarse de su amor a todo lo ruso; ¿querrá Catalina congraciarse con el pueblo para provocar un golpe de Estado a favor del gran duque? Al fin y al cabo, ella misma llegó al poder de esa forma. Pero no puede ser… el imbécil de Pedro no sería capaz de levantar una mano contra ella. Así, durante los años que siguen, la zarina alternará la confianza con la sospecha, el cariño con el resentimiento, según recordará puntualmente años después Catalina II.

Pero Isabel no es sólo la hembra lujuriosa o la vindicativa emperatriz que no acepta que alguien le dé sombra en palacio. Cuando no bebe ni está en brazos del amante de turno, es una reina serena y tan valiente que cuando el gran duque cae enfermo del sarampión en Moscú, no vacila en correr a su lado y permanecer a su cabecera, de donde ha alejado a la misma Catalina por miedo al contagio —todavía puede ser la madre del zarevich— hasta la total reposición de Pedro.

De su conocimiento de que un monarca está por encima de todos los mortales, tanto en obligaciones como en categoría, da idea su reacción ante el prolongado llanto con que Catalina acogió en 1747 la noticia de la muerte de su padre Cristián-Augusto, al que tanto había herido con su conversión. A los pocos días, Isabel la mandó llamar y le ordenó que enjugara las lágrimas. ¿Su explicación?; «No se debe llorar tanto por un padre que no es un rey.»

Igualmente dará buen ejemplo de su labor como estadista… Hija de Pedro I, tituló que lleva con más orgullo si cabe que el de zarina, se empeña en mantener las líneas directrices que su padre trazó en política exterior, especialmente en lo que concierne a Finlandia, que

desde la creación de San Petersburgo está demasiado cerca de la nueva capital para dejarla totalmente en manos de Suecia, la gran rival en el Báltico. Así, por el tratado de Abo con ese país, Rusia mantendrá con su botín finlandés un contrafuerte necesario para prevenir un ataque sorpresa a la nueva ciudad.

Igualmente seguirá la tradicional enemistad con Prusia aliándose por ello con el enemigo natural de ese país, Austria. Desde 1757 hasta su muerte, en 1761, la zarina Isabel obtendrá victoria tras victoria en su lucha con Federico II y a éste no le bastará su reconocida habilidad para defenderse de unos enemigos que le atacan simultáneamente por el este y el sur. En manos rusas caerán nombres tan germánicos como Memel, Koenisberg, Frankfurt-am-Oder y una conjunción de tropas austro-rusas llegará a tomar y a saquear Berlín.

La zarina también actuará con decisión al tratarse de la cultura. Aun no siendo excesivamente aficionada a las letras o a las artes, sigue también en ese campo la trayectoria de su padre, empeñado en civilizar a su país. Protege a M. V. Lomonosov, sabio en historia, filología y ciencias naturales. En 1755 funda la Universidad de Moscú y en 1757 crea el Teatro Estatal en San Petersburgo. También intenta continuar la reforma interior y de modernización de Pedro el Grande suprimiendo en 1753 las aduanas interiores que dificultaban el comercio; al año siguiente creará unas cajas de crédito para préstamos a bajo interés al mercader y al agricultor e iniciará los trabajos para el catastro y un nuevo código civil.

Al sarampión del gran duque Pedro alude Catalina en unas páginas de las memorias, con un retrato del príncipe que es casi una caricatura.

«El mes de noviembre el gran duque cogió el sarampión en Moscú, lo cual inquietó mucho a la emperatriz y a todo el mundo; como yo no lo había tenido, se tomaron toda clase de precauciones para evitar que me contagiase. Los que rodeaban al príncipe dejaron de venir a vernos y todas las diversiones cesaron. Esta enfermedad le hizo crecer considerablemente de cuerpo, pero de

espíritu continuaba siendo un niño; se divertía en su habitación militarizando a sus ayudas de cámara, sus lacayos, sus enanos y sus caballeros …creo que yo tenía también un grado.

»…Por otra parte, mi querido esposo no se ocupaba en absoluto de mí, sino que estaba continuamente con sus lacayos jugando a soldados, haciéndoles hacer la instrucción en su cuarto o cambiando de uniforme veinte veces al día. Yo bostezaba, me aburría, no tenía con quién hablar, o bien atendía a alguna representación oficial.

»…En el campo, [Pedro] organizó una jauría y empezó a domar él mismo los perros; cuando estaba cansado de atormentarlos empezaba a rascar el violín; no sabía ni una nota, pero tenía mucho oído y la belleza de su música consistía en la fuerza y la violencia con la cual arrancaba sonidos a su instrumento. Los que le escuchaban, sin embargo, muchas veces se hubieran tapado con gusto los oídos si se hubiesen atrevido porque los destrozaba terriblemente.

«Ese tren de vida continuó tanto en el campo como en la ciudad. De regreso al palacio de verano, la Kruse, que no había cesado de ser un Argos, reconocida como tal, se dulcificó hasta el punto de que algunas veces se prestaba a regañar a los Tchoglokov, que habían llegado a ser el terror de todo el mundo. Hizo más: proporcionó al gran duque juguetes, muñecas y otras chucherías propias de chiquillos, que él adoraba hasta la locura; de día los ocultaba dentro y debajo de mi cama; por la noche, el gran duque se acostaba el primero después de cenar y en cuanto estábamos en cama la Kruse cerraba la puerta con llave y el gran duque jugaba hasta la una o las dos de la madrugada, y tanto la Kruse como yo nos veíamos obligadas, de grado o por fuerza, a tomar parte en esta diversión.

«Algunas veces me reía, pero con mayor frecuencia estaba incomodada y molesta de tener la cama llena de muñecas y juguetes, algunas veces bastante pesados.»

Sigue el relato de sus sufrimientos conyugales. Aunque de la inmadurez psicológica del gran duque Pedro hay numerosos

testimonios, la versión de Catalina pondrá énfasis en el contraste con su propia actitud serena y distante.

«…Cuando me restablecí, y como durante aquel carnaval no hubo ninguna diversión en palacio, al gran duque se le ocurrió organizar algunas mascaradas en mi habitación; disfrazaba a mi servidumbre y a la suya y los inducía a bailar allí, tocando él mismo el violín y bailando con ellas. Esto duraba hasta bastante avanzada la noche. Por mi parte, pretextando dolor de cabeza o cansancio, me acostaba sobre un canapé, aunque disfrazada y enmascarada, y me aburría mortalmente con la insipidez de aquellos bailes que a él le divertían infinitamente.»

LOS PRIMEROS AMANTES

LA VERDAD es que hasta ahora la biografía de Catalina, en su parte rusa, resulta excepcional; una mujer que es abandonada y despreciada por un marido que presume ante ella de sus aventuras y coloca a una extraña en un sitio preferente de palacio; una mujer que sólo reacciona ante esa afrenta cumpliendo devotamente con su deber de gran duquesa y ejerciendo todas las funciones que su rango exige, obediente a la zarina en sus menores caprichos… y durmiendo sola.

Pero todo tiene un límite en la vida y Catalina, aunque sea fría y cerebral en el proyecto que se ha forjado, no está hecha de mármol; tanto más cuando la vida diaria de la corte rusa, empezando por la emperatriz, es un ejemplo constante de lujuria aceptada tanto por los solteros como por los casados que la frecuentan. Un día, como es lógico, la naturaleza ardiente de Catalina encontrará una salida. Él se llama Sergio Saltikov, un hombre de poca categoría cultural e incluso sin excesiva personalidad. Su suerte fue estar cerca de Catalina en el momento oportuno; cuando ésta, tras ocho años casada sin marido, decidió que ni el deber conyugal ni la responsabilidad de su cargo serían capaces de impedirle que por fin supiera lo que significa sentirse poseída por un hombre.

El idilio durará dos años, de 1752 a 1754. Saltikov fue el primero de la larga serie de amantes de Catalina con características únicas: por de pronto por su facilidad de dejarla encinta; en la primera ocasión la pareja fue presa del pánico. De todos, empezando por la emperatriz, era sabido el defecto de Pedro, el marido legal, al que

era imposible atribuirle la paternidad del hijo que estaba por llegar. Era necesario que el gran duque se dejara operar, que fuera capaz oficialmente de engendrar un heredero, y para conseguirlo, Saltikov, con algunos amigos, pone en marcha su plan. Sabe que Pedro es cobarde ante el dolor pero también débil ante las presiones amistosas, por lo que organiza una gran cena en honor del gran duque. Durante ella se suceden las libaciones y a su compás las conversaciones eróticas; uno a uno, los amables conspiradores —aparte de la razón particular de Sergio, se trataba de hacerle un favor y de congraciarse además con la zarina— pasan revista a sus recuerdos amorosos describiendo los placeres que se derivan del acto sexual. ¿Cómo es posible que el gran duque renuncie a ellos por miedo al mínimo uso de un bisturí? Siguen las bebidas y la insistencia de los amigos. ¡Si no tiene importancia! Unos minutos de sufrimiento a cambio de placeres sin fin. ¡Vamos, Pedro! ¡Anímate! A las dos horas de escuchar y trasegar, debilitada su voluntad por las razones de los comensales y el vino ingerido, Pedro pronuncia un débil: «¡De acuerdo!» No le dan tiempo a arrepentirse. Un cirujano que permanecía desde el principio de la cena en la habitación vecina entra con sus ayudantes, desnudan al gran duque y en pocos segundos el trozo de piel que oprimía el prepucio desaparece dejando el miembro viril en situación de cumplir con su deber en el órgano femenino.

Ahora, piensa Saltikov, sólo falta que ese órgano sea el de Catalina, lo que dadas las tirantes relaciones de los esposos, especialmente la antipatía que parecía mostrar hacia su esposa, resulta dudoso. Pero, curiosamente, cuando Pedro se restablece de la herida se apresura a entrar en el cuarto de la gran duquesa, quizá porque, aunque su orgullo de hombre no sea excesivo, le obligue a pagar la deuda contraída hace ya nueve años.

Satisfacción en todos los medios de la corte, que se hará mucho mayor cuando el 22 de setiembre de 1754 nace un hijo, garantía de la continuación de la dinastía. Catalina describe el acontecimiento buscando siempre la simpatía del lector; felicitada primero, es olvidada después.

«El martes por la noche me acosté y amanecí con dolores. Desperté a la Wladislavova, que mandó a buscar a la comadrona, la cual aseguró que iba a dar a luz. Se envió recado al gran duque, que dormía en su habitación, y al conde Alejandro Chuvalov. Éste mandó avisar a la emperatriz, que no tardó en venir, sobre las dos de la madrugada. Me encontré muy mal, pero finalmente hacia mediodía del siguiente 20 de setiembre di a luz un hijo.

»En cuanto estuvo envuelto en pañales, la emperatriz hizo entrar a su confesor e impuso al chiquillo el nombre de Pablo; luego ordenó a la comadrona que lo tomara en sus brazos y la siguiera. Yo permanecí en el lecho del dolor, que estaba situado frente a una puerta a través de la cual divisaba el día; detrás de mí, dos grandes ventanas que cerraban mal y a derecha e izquierda de la cama, dos puertas de las cuales una daba a mi cuarto de aseo y la otra a la que ocupaba la Wladislavova. En cuanto la emperatriz se marchó, el gran duque se fue también por su lado, así como los Chuvalov, y no volví a ver a nadie hasta más tarde de las tres.

«Había sudado mucho y rogué a la Wladislavova que me cambiase de ropa y me acostase; pero me dijo que no se atrevía. Mandó varios recados a la comadrona, más ésta no acudió; pedí que me diesen de beber, pero recibí también la misma respuesta; por fin, después de las tres, llegó la condesa Chuvalov lujosamente ataviada.

«Cuando me vio todavía acostada en el mismo sitio donde me había dejado, levantó la voz diciendo que parecía que querían matarme. Aquello era un gran consuelo para mí, que me fundía ya vertiendo lágrimas desde el momento en que había parido y sobre todo por el abandono en que me encontraba, incómodamente acostada, tras un trabajo rudo y doloroso, entre puertas y ventanas que cerraban mal, sin nadie que se dignase conducirme a la cama, ya que, aun estando a dos pasos de mí, no tenía fuerzas para arrastrarme hasta ella. La Chuvalova se marchó enseguida y supongo que mandó a buscar a la comadrona, porque ésta vino media hora después y nos dijo que la emperatriz estaba tan

absorbida por el chiquillo que no le había permitido apartarse de ella un instante.

»En mí no pensaba nadie. Ese olvido o abandono era muy poco halagador para mí, que me estaba muriendo de fatiga y de sed; por fin me acostaron en mi cama y no volví a ver alma viviente durante todo el día, ni nadie vino a informarse de mi estado. El gran duque, por su parte, no hizo más que beber con los que encontraba y la emperatriz se cuidaba del niño.

»En la ciudad y en el imperio el acontecimiento había causado gran júbilo.»

¿Y Saltikov? Ahora que no hay peligro y ha surgido un padre responsable, ¿seguirá presumiendo del favor de Catalina para subir todavía más cuando ella alcance el trono? Eso hubiera sido lo lógico, pero ese Saltikov es hombre original, que se conformará con pasar a la historia como el primer amante que conocemos de Catalina.

Al parecer ese estatus tan codiciado no le interesa nada; pasado el primer apasionamiento, las efusiones de la gran duquesa, normales en quien acaba de descubrir el goce sexual y quiere recuperar el tiempo perdido, le cansan. Apenas ha resuelto el problema a que su caballerosidad le obligaba, con la operación de Pedro que deja en buen lugar la reputación de su dama, desaparece para siempre de la corte. Es el único hombre en la vida de Catalina que se despidió de ella en lugar de ser despedido.

No hay que añadir que, dadas las circunstancias por todos conocidas, la inmensa mayoría de la corte está segura que, con operación o sin ella, el hijo debería llamarse Pablo Sergiovich y no Petrovich. Pero esa al parecer lógica deducción resulta equivocada porque con ella no podría explicarse el asombroso parecido físico y sobre todo moral que tendrá el niño con Pedro III… Lo que, como ya sabemos, no es precisamente una suerte.

Primer gran amor de Catalina, primera decepción. Pero eso no va a devolverla a su papel de perfecta casada, resignada y fiel, consciente de sus limitaciones y dedicada sólo a cumplir su oficio de

gran duquesa. Puesto que ha gustado del fruto prohibido y no ha sido expulsada del Paraíso, intuye que la suerte le está acompañando; desde ahora no pondrá límite a su sexualidad, demasiado tiempo sujeta. El sucesor de Saltikov se llama Estanislao Augusto Poniatowski; es un polaco de familia noble y sirve en la corte rusa, algo nada excepcional en la Europa del XVIII, donde la idea nacional no está todavía desarrollada —lo será con la Revolución francesa— y los súbditos lo son de los reyes respectivos y no del país donde nacieron. Si su monarca da el permiso correspondiente, un francés, un alemán, un austríaco, un italiano pueden servir incluso con las armas al zar —un español llamado Urrutia lo hará más tarde—, igual que un ruso puede militar en el reino de Nápoles o de Suecia. Poniatowski tenía la elegancia de su ascendencia y el romanticismo de su pueblo, cualidades ambas que encantaron a Catalina, que cayó en sus brazos hacia 1755 según las crónicas cortesanas. Al principio sus relaciones se llevaron a cabo con las precauciones normales. Entrevistas sólo nocturnas, llamada convenida a una puerta secreta', unos pasillos recorridos rápidamente, unas horas apasionadas y salida del cuarto antes del alba.

Pero, una noche, unos soldados detienen junto a los muros del palacio al intrépido polaco; son de la guardia personal del gran duque y lo llevan a su presencia. Lógico embarazo del amante ante el marido y gran carcajada de éste: «Perdona, Estanislao; mis guardias vigilaban mi seguridad y te han tomado por alguien que quería atentar contra mi vida. Pero tú vienes a otra cosa, ¿verdad, Estanislao? No te preocupes.» Y con gran asombro de quien ya se veía en una celda o en el destierro, Pedro va a buscar a Catalina, la hace salir de la cama sin dejarle coger más que una bata y se la lleva, totalmente asustada, a presencia de Poniatowski. Luego hará llamar a su amante oficial, la fea Vorontzov, y pide cena para los cuatro. La asombrosa escena, más digna de una Francia conyugalmente comprensiva que de una Rusia celosa y dramática, se repetirá durante varios meses. Al terminar el yantar, regado como

es costumbre en Pedro por numerosas bebidas, cada pareja se retirará a sus aposentos en la mayor de las libertades.

Esa comprensión no servirá para mejorar la idea que Catalina tiene de su esposo y probablemente aumenta su desprecio hacia él. Éstos son los párrafos de sus memorias al respecto:

«A principios de la primavera de 1757 nos trasladamos a Oranienbaum. Allí nuestro género de vida fue como el de los años precedentes, salvo que el número de tropas de Holstein y de aventureros que estaban colocados como oficiales aumentaba año tras año/»y como no había manera de encontrar cuartel para tanta gente en el pequeño poblado de Oranienbaum, donde al principio sólo existían veintiocho cabañas, se hizo acampar en ellas a las tropas, cuyo número no sobrepasaba jamás los mil trescientos hombres.

»Los oficiales comían y cenaban en la corte. Pero como el número de damas de la corte y el de las esposas de los caballeros no pasaba de quince o dieciséis y su alteza amaba apasionadamente las grandes comidas,

I que daba frecuentemente en su campamento y en todos los rincones de Oranienbaum, admitía a estas comidas no solamente a las cantantes y bailarinas de su ópera, sino a cantidad de burguesas de mala reputación que le enviaban de San Petersburgo.

»En cuanto me enteré de que las cantantes, etcétera, serían admitidas a tales comidas, me abstuve de asistir a ellas, al principio con la excusa de que tomaba las aguas, y la mayor parte de las veces comía en mi habitación con dos o tres personas. Más tarde comuniqué al gran duque que temía que a la emperatriz le pareciese mal que me exhibiese en compañía tan mezclada.»

Naturalmente en las memorias surgen los nombres de las amantes de Pedro, especialmente de la que era su favorita, Isabel Vorontzov, recordando las amenazas del gran duque de casarse con ella y enviando a Catalina a un convento para el resto de sus días. Ella, en cambio, pasa por esas páginas pura y dulce como una paloma. Si surge algún nombre —Saltikov, Poniatowski—, son sólo agradables y buenos amigos.

El resumen de esas relaciones lo da Catalina en otro pasaje revelador: seguirá su camino a pesar de todo y de todos.

«…Cuando llegué a Rusia, y durante los primeros años de nuestra unión, por poco que el gran duque hubiese querido hacerse soportable, mi corazón hubiera estado abierto para él; no tiene nada de extraordinario que cuando vi que de todos los objetos posibles yo era aquel al cual el gran duque prestaba menos atención, precisamente porque era su mujer, no encontraba esta situación ni agradable ni digna; me molestaba y quizá me dolía.

»Este último sentimiento de dolor lo reprimí infinitamente más que los otros; el orgullo natural de mi alma y su temple me hacían insoportable la idea de ser desgraciada. Me decía a mí misma: “La felicidad y la desgracia están en el corazón y en el alma de cada uno; si te sientes desgraciada, elévate por encima de esta desgracia y procede de forma que tu felicidad no dependa de ningún acontecimiento.” Con esta disposición de espíritu, habiendo nacido dotada de una gran sensibilidad y de una figura por lo menos muy interesante, que gustaba a primera vista sin arte ni retoques, mi espíritu era de por sí tan conciliador que jamás nadie ha pasado en mi compañía un cuarto de hora sin encontrarse a sus anchas, departiendo conmigo como si me hubiera conocido desde hacía mucho tiempo.»

En su personal mirada hacia atrás, Catalina se presenta siempre como una muchacha ingenua a la que los malvados de la corte tienden continuamente trampas donde caer y enemistarla así con la zarina, como en el caso del mariscal Apraxin, que retrocedía, al parecer sin motivos, en la campaña contra Prusia. Entonces un ministro, amante de la zarina…

«El conde Bestuchev me comunicó por medio de Stambke el cariz que tomaba la conducta del mariscal Apraxin, del cual el embajador imperial y el de Francia se quejaban en extremo; me rogó que escribiese al mariscal como amiga suya y uniese mi súplica a la de ella, a fin de hacerle poner fin a una fuga a la cual sus enemigos daban una odiosa y siniestra significación. En efecto:

escribí una carta al mariscal Apraxin en la que le advertía de los desagradables rumores que corrían en San Petersburgo, diciéndole que sus amigos hallaban gran dificultad en justificar la precipitación de su retirada y rogándole que no retrocediera y que cumpliera las órdenes que tenía del gobierno. El gran canciller conde Bestuchev le remitió esta carta. El mariscal Apraxin no me contestó.»

Aprovechando esa gestión, las intrigas de palacio aumentan y la emperatriz Isabel parece oscilar entre su antipatía por su sobrino y el recelo de una mujer inteligente y preparada a la que acusan sus enemigos, empezando por el gran duque, de conspirar contra ella.

Catalina, enterada, decide jugarse el todo por el todo y le pide permiso de forma dramática para volverse a Stettin, a casa de sus padres. El calculado atrevimiento consigue el resultado previsto por la gran duquesa. La frase «sin duda quería asustarme con ello» y su serena respuesta inclinaron la balanza a su favor.

«… Ya en la habitación de su majestad, donde encontré al gran duque, en cuanto la vi me arrojé a sus pies implorándole entre lágrimas que me mandase a casa de mis padres. La emperatriz quiso levantarme, pero permanecí postrada ante ella. Me pareció más triste que enojada y con lágrimas en los ojos me dijo:

»—¿Cómo queréis que os lo permita? Recordad que tenéis hijos.

»Yo le contesté:

»—Mis hijos están en vuestras manos y no podían estar mejor; espero que no los abandonaréis.

«Entonces ella me objetó:

»—Pero ¿qué explicación de esta marcha daremos al pueblo?

»Yo le repliqué:

»—Vuestra majestad le dirá, si lo juzga oportuno, las causas por las cuales me he atraído vuestra desgracia y el odio del gran duque.

»La emperatriz dijo:

»—¿Y de qué viviréis en casa de vuestros padres?

»—De lo que viví hasta que vuestra majestad me hizo el honor de aceptarme —le respondí, a lo que ella opuso:

»—Vuestra madre ha huido; se ha visto obligada a abandonar su casa y está en París.

»De nuevo contesté:

»—Lo sé. Se la creyó demasiado adicta a los intereses de Rusia y el rey de Prusia la ha perseguido.

»La emperatriz me invitó por segunda vez a que me levantase, cosa que hice, y se alejó un poco soñadora.

»—Parece que os metéis en cosas que no os conciernen; yo no hubiera osado hacer otro tanto en tiempos de la emperatriz Ana. ¿Cómo, por ejemplo, habéis osado cursar órdenes al mariscal Apraxin?

»Yo le repliqué:

»—¿Yo? ¡Jamás se me ha ocurrido la idea de hacer tal cosa!

»—¡Cómo! —dijo ella—. ¿Podéis acaso negar que le habéis escrito? Vuestras cartas están en aquella bandeja. —Y las señaló con el dedo—. Os está prohibido escribir.

«Entonces repuse:

»—Es cierto que he transgredido tal prohibición y os pido perdón; pero puesto que mis cartas se hallan aquí, pueden por sí mismas probar a vuestra majestad que jamás le he dado órdenes, sino que en una de ellas le decía lo que se comentaba sobre su conducta.

«En este punto me interrumpió diciéndome:

»—¿Y por qué le escribíais esto?

»A eso le contesté:

«—Sencillamente, porque me interesaba por el mariscal, a quien quería mucho; le rogaba que siguiese vuestras órdenes; las otras dos cartas no contienen más que, una de ellas, la enhorabuena por el nacimiento de su hijo, y la otra, la felicitación de Año Nuevo.

«Entonces añadió:

»—Bestuchev me ha dicho que había muchas más.

«Y yo respondí:

»—Si Bestuchev lo dice, miente.

»—Pues bien: si miente contra vos, ordenaré darle tormento —concluyó ella.

«Sin duda creía asustarme con ello; yo respondí que era soberana y dueña de hacer lo que juzgase más a propósito, pero que con toda seguridad yo no había escrito más que aquellas tres cartas a Apraxin. La emperatriz se calló y-pareció meditar.»

Una duda que en ese caso es una victoria. La emperatriz sabe que su sobrino es «un tonto y un malvado», como ha repetido varias veces en público. Y Catalina, a su lado, gana siempre…

…Aunque la lucha siga constante. En 1758, Catalina está embarazada y renacen los rumores palaciegos. Y como a ningún hombre, ni siquiera a un ser tan extraño como el gran duque, le divierte pensar en el engaño marital, manifiesta sus dudas al respecto, Catalina vuelve a jugar fuerte. Su «farol» obliga a Pedro a rectificar su postura y aceptar a una hija que podía ser de Poniatowski.

«…Al gran duque le producía muy mal humor mi embarazo y un día dijo en su habitación, en presencia de León Narichkin y varios otros:

»—Sabe Dios dónde va a buscar mi mujer sus embarazos; no sé muy bien si este hijo es mío y si tengo que aceptarlo por mi cuenta.

»Narichkin se apresuró a venir a repetirme estas palabras aún calientes. Yo, como es lógico, me aterré de ellas y le dije:

»—Sois todos unos aturdidos; exigidle juramento de que no se ha acostado con su mujer y decidle que si presta este juramento iréis en el acto a notificárselo a Alejandro Chuvalov, como gran inquisidor del imperio.

»León Narichkin fue, en efecto, a ver a su alteza y le exigió el juramento, a lo cual dio como respuesta:

»—¡Idos al diablo y no me habléis de todo esto!

»Las palabras del gran duque, pronunciadas tan imprudentemente, me enojaron mucho, y desde entonces vi que sólo tres caminos igualmente escabrosos se abrían ante mí: primero, compartir la suerte de su alteza tal como pudiese presentarse; segundo, estar expuesta a todas horas a lo que le pluguiese disponer de mí o contra mí; tercero, seguir un camino independiente de todo suceso. Pero, para hablar con más claridad,

se trataba de perecer con él, o bien salvarme yo, mis hijos y quizá el Estado, del peligro de naufragio que las facultades morales y físicas del gran duque hacían prever.

»Este último partido me pareció el más seguro. Decidí, pues, seguirlo en la medida de lo posible, dándole cuantos consejos pudiesen parecerme oportunos para su bien, pero no obstinarme ni enojarme con él como hasta entonces cuando no los siguiese; abrirle los ojos sobre sus verdaderos intereses cada vez que la ocasión se presentase, y el resto del tiempo encerrarme en un melancólico silencio y salvaguardar, por otra parte en público, mis propios intereses de una forma tal que éste viese en mí la posible salvación de la cosa pública si la ocasión lo exigía.»

El embarazo sigue adelante y termina felizmente. Así cuenta Catalina el nacimiento de su hija Ana, que murió a los pocos meses. Idéntico mal trato que en la ocasión anterior; cumplido su deber de madre, su estado no tiene la menor importancia.

«Apenas terminé de cenar me levanté de la mesa y en aquel momento fui acometida por un dolor tal que lancé un fuerte grito.

»La comadrona y la Wladislavova me cogieron por las axilas y me acostaron, yendo luego en busca del gran duque y de la emperatriz. Tan pronto entraron en mi habitación, di a luz —el 9 de diciembre, entre las diez y las once de la noche— a una hija, y rogué a la emperatriz que me permitiese darle su nombre; pero ella decidió que llevaría el de su hermana mayor, la duquesa de Holstein, Ana Petrovna, madre del gran duque. Éste parecía muy contento con el nacimiento de aquella hija; celebró en sus habitaciones grandes festejos, los hizo celebrar también en Holstein y recibió con visibles muestras de satisfacción cuantas felicitaciones se le dirigieron.

»Al sexto día, la emperatriz llevó a la criatura a las fuentes bautismales y me trajo una orden de su gabinete por valor de sesenta mil rublos. Mandó otros tantos al gran duque, lo cual contribuyó no poco a aumentar su satisfacción. Después del bautismo dieron comienzo las fiestas.

»Por lo que oí, resultaron muy bellas; pero no asistí a ninguna; estaba en mi cama sola, sin más compañía que la de la Wladislavova, porque en cuanto hube dado a luz, no solamente la emperatriz, esta vez como la otra, se había llevado a mi hija a sus habitaciones, sino que, con el pretexto de que necesitaba reposo, me dejaban allá abandonada como una pobre infeliz, y nadie ponía los pies en mi habitación, ni tan siquiera mandaba a preguntar cómo me encontraba.»

Dadas las cómodas circunstancias aludidas, la relación con Poniatowski podía haber durado largamente, pero hay algo en la situación del país que distrae continuamente a Catalina de los escarceos amorosos. Su fino instinto político le hace pensar en lo que es más importante en este momento que el lecho: el cetro. En el aire flotan presagios de grandes acontecimientos y Catalina necesita tener las manos y el corazón libres. Despidamos pues a Poniatowski, al que su condición de polaco puede ayudarle en el amor pero le hace inútil en la política. Los acontecimientos que se están desarrollando requieren un proyecto ruso y si ha de haber un hombre, que sea también ruso.

Estos acontecimientos se apoyan en la guerra que está llevando a cabo Isabel contra el enemigo natural del país que dirige y que es Federico II de Prusia. Las sucesivas victorias llenan de alegría a los rusos, empezando por Catalina, que olvida sin ninguna dificultad que sí está en San Petersburgo se debe precisamente a ese rey que le recomendó a la zarina. Desde el cortesano al último mujik, todos enronquecen de alegría al llegar los relatos de nuevas batallas ganadas.

Todos los rusos… menos uno, y uno que no es un aguafiestas cualquiera ya que se trata nada menos que del heredero del trono, el gran duque Pedro.

Conociendo sus sentimientos podemos imaginar la tragedia que esas victorias representan para él. ¡Su ídolo, derrotado! Pero Pedro no se conforma con lamentarse. Miembro nato del Consejo de Guerra por su categoría dinástica, toma cuidadosa nota de los

planes que ese organismo prepara para la campaña y se los hace llegar rápidamente a su ídolo… algo que en todos los países y épocas se ha llamado alta traición.

Y hay más. Cuando llegan los primeros oficiales prusianos prisioneros los lleva a palacio como huéspedes de honor, procurando que tengan las mayores comodidades posibles, incluyendo a las mujeres que quieran compartir su lujoso cuarto.

Esa actitud, naturalmente, provocará en San Petersburgo la repulsa de los militares de la guarnición, especialmente de los guardias de palacio, testigos próximos de ese amable trato mientras sus camaradas mueren en la guerra contra Federico II.

Y aquí vuelve la biografía de Catalina a incidir en la novela, aquí vuelve a concatenarse una serie de casualidades de esas que «no ocurren más que en la imaginación del escritor». Porque esas atenciones a los militares de Prusia no implica que dejen de ser prisioneros, y que requieran una vigilancia constante, con oficiales asignados especialmente para ellos. Y resulta que el del conde Schwerin, ayudante de campo de Federico II, se llama Gregori Orlov, que está de guardia ante el muro del palacio cuando Catalina se asoma a la ventana; el flechazo es fulminante. Un guerrero alto y fornido, de una hermosura salvaje, está mirando a una mujer necesitada de cariño humano y de protección militar.

La gran duquesa se retira de la ventana y llama a sus camareras. ¿Quién es él? Y la novela vuelve a asomarse a la historia; se trata de uno de los cinco hermanos Orlov a los que ya hemos aludido. Son los mosqueteros redivivos, tan heroicos como insoportables.

Hay pocas mujeres a las que descripciones tales dejarían indiferentes, y desde luego Catalina no está entre ellas. La camarera que le informó recibe el encargo, que ya le es familiar, de entregar un mensaje al oficial y preparar la entrevista, que a los pocos días ya va adquiriendo aire de rutina: horario nocturno, puerta escondida, golpes convenidos de antemano…

Pero lo que no es igual es la forma en que el tercer amante llega a su cuarto. Éste no es el tímido que apenas puede creer en la

suerte de ser elegido para compartir el lecho de la esposa del heredero al trono de todas las Rusias. Orlov entra en el dormitorio de Catalina como un vendaval, seguro de sí mismo, orgulloso de su estirpe guerrera, dueño de su propia vida.

Con él entra por vez primera, además, la política interna del país. Saltikov y Poniatowski personificaban respectivamente el sexo y la ternura; Orlov añade a eso la preocupación por el futuro ruso. Por él se entera Catalina del malestar de la guarnición de San Petersburgo, por el escandaloso proceder del gran duque, culpable de admiración y afecto por ese enemigo-de la santa Rusia que es el rey prusiano. Orlov, a su vez, exulta al comprobar que es cierto lo que ya había oído en los pasillos de palacio: que Catalina no comparte en absoluto las ideas de su esposo… que para ella, tan alemana de origen como Pedro, lo único que vale es su patria adoptiva y que al contrario que su marido, que desprecia a la religión ortodoxa y sigue recordando la luterana de su infancia, ella reza todos los días por el triunfo de sus armas.

Orlov se apresura a comunicar las nuevas a sus hermanos, ya enterados de su relación, y éstos, a su vez, las hacen llegar al mayor número de oficiales posible. Por los cuartos de banderas de los cuarteles de San Petersburgo va tejiéndose una tela de araña que hasta ahora es sólo informativa. La gran duquesa no comparte los sentimientos de su marido; la gran duquesa es una auténtica rusa que cuando llegue al trono podrá contrarrestar la tendencia antipatriótica de su marido. Y si no puede…

En este año de 1760 en que Catalina ha encontrado en Orlov la síntesis amorosa-política que necesita para sentirse realizada, recibe de París la noticia del fallecimiento de su madre, la princesa d’Anhalt.

Tras su forzada salida de Rusia, Juana no se había encontrado a gusto en Stettin. La estancia en San Petersburgo, aunque breve, la había engolosinado con el contacto con la alta política internacional. Después de hablar y aun conspirar con embajadores de París, Londres, Viena, Madrid y Estocolmo, la vida en su antigua gobernación le había parecido más chata y menos interesante que

nunca, y como para Federico II resultaba demasiado rusa se dedicó a viajar. Desde hacía años residía en París rememorando ante los aristócratas de Vcrsalles grandezas más o menos ciertas de su estancia en San Petersburgo. Catalina acogió la desaparición de su madre con mucha menor tristeza que la que sintió al morir Cristián-Augusto. Sabía que su madre había querido lo mejor para ella pero no podía olvidar los malos ralos que su inoportunidad y orgullo le habían hecho pasar a su llegada a la corte.

Años 1760 y 1761, cargados de suspenso por la suerte de las armas que siguen venciendo en tierras germánicas (a pesar de la ayuda de Pedro con su espionaje) y por las informaciones que sobre la corte circulan día a día. La emperatriz aparece cada día más avejentada, aunque esto no le impide seguir con su ración diaria de jóvenes militares que, evidentemente, deben actuar con el pensamiento más puesto en las ventajas económicas o de graduación que pueden obtener que en las gracias físicas de la anciana que tienen en sus brazos. El fin de Isabel llega en las Navidades de 1761, tras una larga agonía en la que estuvo inconsciente…

El nuevo zar se llama ahora Pedro III. El mortal enemigo de Catalina.

LA LUCHA POR SOBREVIVIR

LA MASA rusa, ignorante de los acontecimientos palaciegos —no hay prensa que la informe—, sólo sabe que ha muerto «la madrecita Isabel y ha subido al trono el padrecito Pedro». El Dios omnipotente ha llamado a la primera a su seno y nos ha dejado al segundo para que vele por nosotros. Hay que llorar por ella y vitorearle a él; así de sencillo. Lo que no saben es el tipo de personaje que la dinastía acaba de poner al frente de la nación; el reemplazo que en el caso de un monarca constitucional no tendría la menor importancia (Jorge III de Inglaterra era casi un deficiente mental y eso apenas infería en la marcha del país), cuando se trata de un rey que se denomina «autócrata» de todas las Rusias y un capricho de su mente pueda pasar a ser ley, lo natural es que un escalofrío de terror pase por la espina dorsal de cualquier persona que le hubiera conocido.

Quedaba la esperanza de que el ascenso al trono le cambiara. La historia presenta varios ejemplos de la repentina madurez que algunos frívolos herederos han adquirido al enfrentarse con su nueva y gran responsabilidad. Pero los que así se preparaban a conciliar su respeto a la dinastía con el amor a Rusia, se desengañan en el solemne funeral por la emperatriz muerta. Allí está, como es natural, Pedro III revestido del traje de ceremonia con su larga capa. Lo que deja de ser natural, tanto en un monarca como en cualquier plebeyo, es su actitud durante todo el oficio fúnebre. En la procesión refrena el paso de golpe, forzando a quienes le siguen a topar unos con otros; luego, de pronto, echa a correr por el pasillo central de la iglesia y obliga al séquito a hacer lo

mismo, especialmente a los pajes que intentan recuperar el fin de su larga cola. Durante el oficio solemne soltará la carcajada de golpe y, aunque parezca increíble, se dedicará-a sacar la lengua a los popes. Su esposa Catalina mira fijamente el suelo, el clero se agita, los escandalizados militares y cortesanos cuchichean. ¿Ése va a ser el hombre que los gobierne en los años venideros? ¿Ése va a sentarse en el trono de Pedro el Grande? ¿Sigue siendo un niño grosero y mal educado? ¿O es, pura y simplemente, un loco?

Por lo pronto, si es un loco tiene la malicia que los desequilibrados muestran a veces y que tanto desconcierta a los médicos que los cuidan. Porque cuando, como primer acto de gobierno y para dar satisfacción a su desmedido amor a Prusia, detiene las hostilidades contra aquel país, explica su decisión como si se la dictara sólo su pacifismo y bondad natural.

Su resolución es conocida en Madrid a través del periódico *Mercurio histórico y político*, versión española de la publicación del mismo título que aparece en La Haya, y empieza: «Viendo con gran dolor que el estado de la guerra presente, que dura ya seis años, con gran menoscabo de las potencias que la sustentan… se enciende cada día más y ve que el género humano tiene tanto más que sufrir de este azote… con lo que su conciencia» (esa conciencia que hasta ahora ha permanecido impertérrita ante la brutal disciplina que imponía a los soldados de su regimiento) le obliga a comunicar a los aliados de Rusia que…

«…prefiriendo a cualquier otra consideración la primera que Dios prescribe a los soberanos, que es la conservación de los pueblos que se le han confiado, de poner los medios de asegurar a su imperio un bien tan necesario y precioso como es la paz y asimismo hacer cuanto le sea posible para asegurarla en toda Europa… ofrece entregar a sus dueños las conquistas hechas en esta campaña por las tropas rusas en la confianza de que, a su ejemplo, todas las cortes preferirán el reposo a las ventajas que podrían sobrevenirles de la guerra y que no pueden esperar sin que primero y por largo tiempo continúe la efusión de sangre humana…»

Precioso, abnegado párrafo entendido como defensa de la humanidad pero que los amigos de ayer consideran, pura y simplemente, como una traición. Especialmente dolida se muestra la corte de Viena, que emite un comunicado advirtiendo que también ella siente el dolor de una guerra y desea la paz, pero que cree más importante respetar los capítulos de un tratado y no romperlos unilateralmente dejando al aliado en la estacada. El periódico destaca la irritación que produce a los austríacos la firma del alto el fuego por los jefes de los ejércitos prusiano y ruso, especialmente cuando este último, por orden explícita del zar, aceptaba un capítulo, el IX, en que se advertía que «si cualquiera de las dos partes quería volver a continuar la guerra tema que avisar a la otra «quince días antes». «Es un puro cumplimiento —asegura el gobierno austríaco — porque si esto se considerase como posible se quedarían las tropas en los cuarteles que entonces tenían. Y así este ajuste, más que suspensión de armas, viene a ser un tratado de paz.»

La ingenuidad en la redacción de ese párrafo —¿qué ejército, pudiendo contar con el factor sorpresa, advierte a su posible enemigo para que se ponga en guardia?— subraya la voluntaria entrega de Pedro III de todas las ventajas que hasta entonces tema. El rey prusiano, que por vez primera en su vida estaba prácticamente derrotado, amenazado al oeste por Francia y con los austro— rusos dominando gran parte de sus estados, debió de dar gracias al cielo de que la ascensión al trono de su «don Quijote» particular cambiara de golpe sus tristes perspectivas.

La consternación entre las tropas rusas obligadas a abandonar sus conquistas y volver a su patria se refleja en San Petersburgo, pero la protesta de altos jefes militares y cortesanos por la ocasión perdida no encuentra el menor eco en el zar que se niega incluso a recibir a los enviados de Francia y Austria, que esperan una justificación de la flagrante infidelidad de sus acciones. Por el contrario, señalan los informadores extranjeros, el barón de Goltza, camarero del rey de Prusia —es un título, no un oficio—, «acude todos los días a la corte y se puede decir que es tratado con la mayor distinción».

Además, Pedro III se apresura a ordenar que la guardia imperial vuelva a vestir su uniforme favorito al estilo prusiano, disposición que durante la guerra pasada había sido, lógicamente, abolida. Quizá para congraciarse con un pueblo que incluso en su megalomanía puede imaginar resentido por haberle privado de una victoria total contra sus enemigos, el zar manda abolir la Inquisición de Estado o Cancillería Secreta, temido órgano de gobierno, y prohíbe que se dé tortura, como ocurría rutinariamente hasta entonces, a los acusados de crímenes comunes. Por otra parte, y con eso complace a los enemigos del poder de la Iglesia, declara incorporadas a la corona las rentas eclesiásticas. El Estado se encargará de fijar las pensiones de los popes. En esa orden sigue la línea de Pedro el Grande que, al abrogar el Patriarcado y sustituirlo por un Consejo presidido por él, reunió en su persona el poder espiritual y el temporal.

Otras medidas tomadas en los primeros meses de su mandato corresponden más de cerca a la personalidad que conocemos de Pedro III. De tiempo inmemorial es corriente en Rusia la posibilidad para cualquier ciudadano de acudir personalmente al zar y exponer su caso pidiendo justicia. Pedro, sin embargo, no gusta de que nadie se le aproxime en una ceremonia pública; recela del contacto humano temiendo un atentado y por ello decide abolir la tradicional costumbre indicando que el único camino que queda a sus súbditos ante la posible injusticia sea a través de los tribunales, que sólo en casos extremos lo comunican al zar.

Mientras dicta esas disposiciones legales, Pedro vive en el mejor de los mundos; contento de su poder, ha conseguido hacer realidad sus sueños de adolescencia y juventud. Ser el amo de Rusia, firmar la paz con Federico II e instalar en palacio con toda pompa a su amiga Vorontzov. En cuanto a esa petulante de Catalina, por ahora la aísla y la ignora; ya pensará en la forma de desembarazarse de ella y casarse con su amante.

Esa antipatía por su cónyuge sería todavía mayor si supiera lo que está pasando en su seno. Desde los últimos meses del año 1761, Catalina está embarazada de Gregori Orlov y la larga

ausencia del marido legítimo de su dormitorio hace ahora imposible atribuirle la paternidad de ese hijo que espera… En caso de ser descubierta daría a Pedro la ocasión de declararla adúltera, conseguir el divorcio por parte de una autoridad religiosa que le teme y mandarla a pasar el resto de sus días en un convento mientras él se casa con la Vorontzov.

Los amantes dialogan nerviosamente buscando la forma de evitar el escándalo. Por de pronto Catalina permanecerá en su cuarto alegando enfermedades, tantas más cuanto su talle resulte más revelador. Afortunadamente la animosidad del zar hacia ella permite que esas ausencias, sobre todo en las cenas palaciegas, no sean excesivamente sentidas ni investigadas. Pero lo que va a resultar más difícil de ocultar va a ser el parto con su secuela de sangre, gritos de la madre y llanto del recién nacido.

Hace falta un plan y los hermanos Orlov, tras largas deliberaciones con Catalina, creen haberlo encontrado. Se trata de alejar del palacio al zar por unas horas, algo muy difícil cuando se trata de alguien que sólo se mueve cuando le interesa, o se divierte sin que nadie en toda Rusia pueda dictarle sus actos.

Pero si no se puede forzar su voluntad, sí es posible aprovechar sus gustos para sacarle de casa de improviso (y tiene que ser de improviso porque los partos no se anuncian con varios días de anticipación); para ello es necesario ofrecerle fuera un espectáculo que le atraiga profundamente, y de pronto uno de los Orlov, Alexis, salta en el asiento. ¡Ya está! El señuelo que le obligue a movilizarse será el fuego. Sus hermanos, entusiasmados, abrazan al creador de la idea. Es, efectivamente, conocida por todos la pasión que Pedro III siente por los incendios, que acude a presenciar cuando 1c es posible una afición que resulta una prueba más de su inmadurez psicológica —diría un partidario comprensivo— o de su sadismo —como diagnosticaría un adversario—, teniendo en cuenta que el fuego, además de destruir la propiedad, puede ocasionar víctimas entre los sorprendidos moradores de la casa siniestrada o de sus vecinos cercanos.

Pero un incendio no se desarrolla todos los días; sería sospechoso que… Pues sí, en Rusia las casas son de madera, el frío reinante en la mayor parte del país requiere lumbre en el interior y el servicio de bomberos es inexistente. Por ello los edificios en llamas son tan aceptados por la población como la nieve del invierno o el calor tórrido del verano. Nadie podrá creer jamás que esa particular conflagración sea debida a otra cosa que a la voluntad de Dios…

…En este caso con la ayuda de los Orlov, que apenas reciben aviso de que empiezan los dolores, aplican la tea en la casa seleccionada con anterioridad; no muy lejos, para que llegue la noticia enseguida a palacio, ni tan cerca que el regreso del zar sea inmediato. La trampa funciona con precisión total. Al oír las campanas dando la voz de alarma, Pedro III llama a su amante, ¡vamos, vamos!, y se precipita al coche. Mientras él sale por la puerta principal del palacio, por otra pequeña entra la matrona previamente avisada y durante un par de horas la historia de Rusia oscila entre dos polos de atención. Una casa ardiendo con un espectador de excepción, el zar, que se agita, ríe, hace notar a codazos a su amiga y a los criados cuando cae un madero gigante entre las llamas, y un dormitorio no muy lejano, donde la prisa de una mujer para parir está tan marcada por el natural deseo de acabar con el sufrimiento como por la necesidad de terminar cuanto antes con una situación altamente peligrosa. Los presentes, la matrona, la camarera de confianza, Gregorio. la animan con el oído atento a la ventana por donde puede llegar el rumor de un coche que trae al zar. «¡Ánimo, Catalina!» «¡Más fuerza, señora!» Un leve vagido y la calma relaja los rostros contraídos. Es un niño. La matrona le corta el cordón umbilical, la criada lo envuelve en una manta y sale con él hacia la mansión campesina que ha sido preparada y donde permanecerá escondido.

Curiosa la similitud de los partos de Catalina: en los tres, alguien le arrebató inmediatamente al hijo para llevarlo lejos de ella. En el caso de Pablo y Ana fueron razones de Estado; sólo la emperatriz podía ocuparse de los retoños, que le pertenecían más a ella que a

su madre natural. En el tercero las causas son más corrientes y vulgares. Se trata de ocultar «el fruto del pecado», el que produce la vergüenza que en tantos sitios ha ocasionado la «perdición» de la madre; algo eterno pero que en el palacio del zar y a mediados del siglo XVIII tendría una versión mucho más dramática.

El nacimiento de Alexis (por el hermano de su padre), que tomará el apellido de Bobrinski y pesará poco en la historia de Rusia, ocurrió el 11 de abril de 1762 y constituirá otro acicate para resolver una situación que se está complicando por momentos. Afortunadamente para la causa de Catalina, el zar Pedro está haciéndose cada vez más impopular con sus locuras. La paz con los prusianos, que aunque políticamente suicida daba al menos a sus súbditos la seguridad de no tener que mandar a sus hijos a morir en tierras extrañas, la anula al declarar la guerra a Dinamarca, país con el que Rusia no tenía la menor causa de fricción. Rusia no, pero Pedro sí, y lo que molesta al zar *tiene* que ofender profundamente a todos sus dependientes. La declaración de guerra al país nórdico se debe a que éste domina el territorio de Schleswig-Holstein, donde Pedro ha nacido y que por ello considera propio; una prueba más del increíble germanismo de ese príncipe que no ha logrado rusificarse por muchos años que pasara en San Petersburgo y en Moscú.

Dada la distancia geográfica que hay entre los nuevos beligerantes el ataque ruso deberá ser por mar y Pedro III da orden de aparejar a su flota de Cronstadt… con tan mala fortuna qué en plenos preparativos una epidemia deja a la mitad de los tripulantes fuera de servicio. Cuando las nuevas llegan al emperador éste monta en cólera e histéricamente ordena que se envíe la orden más asombrosa dada jamás por un comandante en jefe. «El zar ordena a todos los marineros enfermos que se restablezcan inmediatamente y que se incorporen al servicio.»

La reacción en la corte y el cuerpo diplomático al conocer la noticia oscila entre la carcajada y el miedo. Lo que produce risa entre los extranjeros aterra a los rusos, que desean lo mejor para su patria. «¿Qué clase de zar nos ha enviado Dios… o el demonio?»

Naturalmente esa disposición constituye otra eficaz arma en manos de los Orlov, que insisten en su propaganda contra Pedro III invocando la necesidad de derrocarle reemplazándole por su sufrida esposa Catalina, la devota Catalina, la patriota Catalina, la inteligente Catalina', la trabajadora Catalina.

No sabemos si Pedro III, a pesar de su menguada inteligencia, intuye el peligro que le amenaza, pero lo cierto es que en esa primavera de 1762 parece buscar todos los pretextos para que su odio a la gran duquesa sea cada vez más claro. Si anteriormente la mantenía alejada de la vida palaciega, lo que había favorecido el secreto de su embarazo, ahora prefiere que asista a las fiestas para poder insultarla de forma pública. Como ocurre en una cena que preside el zar, como de costumbre con la Vorontzov a su lado; al final de la comida y en uno de los interminables brindis que según la costumbre rusa suceden a los platos, un cortesano levanta la copa en honor de la familia imperial y todos los comensales puestos en pie le imitan. Entonces el zar manda a un emisario, Gudovitch, al otro extremo de .la mesa donde se sienta Catalina. «Su majestad pregunta por qué no se ha levantado vuestra alteza al celebrarse el brindis por la familia imperial.» Los invitados observan a Catalina, que no se inmuta. «Dígale a su majestad que perteneciendo yo misma a la familia imperial no me ha parecido natural levantarme en mi propio homenaje.»

¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? Los cuchicheos corren a lo largo de la gigantesca mesa mientras el mensajero se encamina al zar para comunicarle la respuesta. Truena Pedro III al oírle y esta vez no le hace falta intermediario: «¡Pues tienes la obligación de levantarte! ¡La familia imperial soy yo y tú eres sólo uno de sus súbditos! *¡Doura!* (tonta)», repite a gritos.

La mesa entera enmudece. Catalina se muerde los labios, la cara enrojecida de vergüenza y rabia. Su vecino Stroganoff se apresura a dirigirle la palabra buscando temas de conversación frívolos. Desde la cabecera, Pedro III le mira amenazador; la cena transcurre sin más incidentes, pero al día siguiente la caballerosidad del cortesano será castigada con su destierro de San Petersburgo.

A las pocas horas toda la ciudad —precisemos, «toda la ciudad que comenta»— sabe la noticia que los Orlov explotarán al máximo en sus conversaciones con los altos mandos del ejército, de la diplomacia, de la administración, sin olvidar a los padres de la Iglesia, fuertemente resentidos contra ese incrédulo, casi hereje, que está al frente de la nación.

La lucha no se presenta fácil. En principio la mayoría de los consultados están de acuerdo en la incapacidad de Pedro III para reinar, pero una sublevación, un golpe de Estado dirigido contra un monarca elegido por la propia Isabel I y que ha sido solemnemente coronado es un paso difícil de dar. Por otra parte, mientras muchos compadecen a Catalina y alaban sus cualidades, pocos están convencidos de su capacidad de mando. Está claro que en caso de triunfar tendrá que apoyarse para el gobierno en los hermanos Orlov, que tan elocuentemente presentan su causa, pero esa gente hasta ahora ha mostrado más coraje que discernimiento, más audacia qué sentido común. ¿Qué saben ellos de política? Y lo que necesita Rusia es precisamente eso… una mente clara que dirija sus pasos pensando exclusivamente en el interés nacional y en la santa religión de nuestros padres. «No sé, no sé —contestan casi todos los requeridos—, estoy de acuerdo en que eso no puede continuar así, pero lanzarse a una aventura semejante… ¿Y si fracasamos?» La imagen del verdugo tronchador de cabezas rebeldes está en todas las mentes.

RUSIA, POR FIN, DESDE ARRIBA

EN LA corte de Madrid el ministro de Estado, Ricardo Wall, acusa recibo del informe en que don Pedro de Luján, marqués de Almodóvar, ministro plenipotenciario en San Petersburgo, ha contado lo ocurrido desde el 28 de junio al 9 de julio de 1762. Y aunque el estilo de la diplomacia sea el de disimular lo más elegantemente posible los acontecimientos escandalosos, el político español no puede evitar usar términos tan inusuales como «extraño» e «importante» suceso. Así dice la carta del 9 de agosto de 1762 conservada en el Archivo Histórico Nacional de Madrid:

«He recibido la expedición [correo] de V. S. del 13 de julio [el enviado español esperó prudentemente a que se acabara la crisis el día 9 con un claro vencedor, en este caso vencedora] cuyo objeto es informar del extraño e importante suceso de la deposición del zar Pedro Tercero y exaltación de la emperatriz Catalina Segunda y aunque con un día de anticipo se tuvo aquí la noticia por extraordinario de París [la gravedad de la noticia había merecido ese tratamiento urgente por parte del aliado francés], el Rey se halla sumamente satisfecho y gustoso del cuidado… con que V. S. se refiere a este hecho y todas sus circunstancias que le hacen más curioso y particular.»

El suceso puede ser «extraño», «importante», «curioso» y «particular», pero ha ocurrido, y la política consiste, entre otras cosas, en aceptar el hecho consumado. El gobierno de Carlos III, pues, se congratula de que en su primera audiencia pública a los enviados extranjeros Catalina haya tenido palabras de afecto por su

«hermano» Carlos III y ordena a Almodóvar que lo agradezca oficialmente mandándole además dos mil doblones para que el enviado español pueda viajar cómodamente, y en el estilo que requiere la alta representación que ostenta, a Moscú para asistir a la solemne coronación de Catalina.

Por cierto que se plantea aquí un problema de protocolo que no tiene nada que ver con la forma heterodoxa, por llamarle algo, con que Catalina subió al trono. Se trata del título de monarca imperial que ella ostentará y que desde que fue reivindicada hace años por Pedro el Grande provoca el recelo entre los reyes europeos; la palabra emperador evoca inmediatamente un eslabón más alto que el de los reyes y en Occidente sólo se había aceptado hasta entonces, por razones históricas, el del rey de Austria, sucesor del Santo Romano Imperio.

La idea se le ocurrió a Pedro I, que se proclamó a sí mismo (como hará Napoleón después) «imperator» en 1721. Las primeras conquistas del águila bicéfala de Bizancio que adopta como símbolo son Ingria, Estonia y Livonia, que eran productoras de velas, alquitrán, lino y cáñamo, material para la navegación muy solicitado en Occidente, especialmente en Inglaterra, hasta el punto que constituían dos terceras partes de lo que exportaba Rusia en el siglo XVIII. El sur de Finlandia tomado a Suecia fue otro eslabón de la cadena que las conquistas iban formando en las afueras de Rusia. Siberia, al principio sólo explorada por los tramperos en busca de las preciadas pieles de su fauna, fue ocupada luego por los mineros… y por prisioneros políticos que desde entonces, y hasta la fecha, han sido huéspedes forzados de los inhóspitos paisajes.

El problema del tratamiento nace cuando llega a San Petersburgo el primer enviado español en 1727. La carencia hasta entonces de nuestra representación diplomática como de otras europeas, mostraba la poca importancia que se daba a Rusia hasta que Pedro el Grande la puso, por decirlo así, en el mapa. El encargado de abrir las relaciones fue el duque de Liria, que desde el primer momento tuvo que marcar las distancias y precisar los

tratamientos. Cuando tenía que presentar las cartas credenciales escribe…

«Me ha hecho insinuar el barón de Osterman por el referido gran maestro de ceremonias [que] podría tratar al zar (escribía czar) en mi oración como emperador y de majestad imperial, pues el rey nuestro señor [Felipe V] le daba en su carta credencial el título de emperador de *Iberia* [“Siberia, querrá dfccir”, apunta al margen el irritado ministro de Estado], a lo que respondí que el rey mi amo entendía emperador de aquella parte pero no de todas las Rusias.»

En 1750 Isabel había vuelto a insistir en que se le aplicase ese título que, aunque admitido en 1724 en la firma de un tratado, se hizo advirtiendo que no significaba preferencia alguna sobre los demás reyes.

Desde entonces se había ido con mucho tiento en esa delicada cuestión, procurando evitar cualquier manifestación de respeto que pudiera interpretarse como indicio de dependencia. Dado que un embajador es el representante directo del rey de su país, cualquier acto que él realice se considera que lo hace su soberano y toda precaución es poca para evitar lo que en el lenguaje oficial se llama un precedente, y que resulta muy difícil de corregir luego. Por eso el 17 de febrero del mismo año fatídico de 1762 Wall advertía a Almodóvar que dado «que el ministro de Francia residente ahí se halla ya con orden de su corte para no besar la mano (del zar) ni permitirá que su mujer le bese sin que preceda una convención entre ambas cortes que iguale el ceremonial, se ve V. S. en el caso de hacer lo propio».

Lo mejor es precisar de una vez para siempre la diferencia entre la cortesía y una realidad. Ante la declaración solemne de Catalina II sobre el título que considera le es debido, Carlos III contesta que, al hacer gran aprecio de la amistad con la emperatriz, «le complace en darle el tratamiento de imperial pero al mismo tiempo entiende S. M. católica, como siempre Jo ha entendido, que este tratamiento no embebe en sí ventaja alguna para el rango y precedencia de potencia a potencia; y declara que si algún poseedor de Rusia intentase lo contrario olvidando estos principios, desde aquel

instante el poseedor de la monarquía de España e imperios que domine volverá al estilo de no darle el tratamiento de imperial. En el Pardo, a 5 de febrero de 1763, Ricardo Wall».

Obsérvese el golpe político final. Si por imperio, viene a decir *el* gobierno español, se entiende la posesión de gran cantidad de tierras, España, dueña de las Américas y Filipinas, puede aspirar igualmente a ese título y sin embargo no lo hace. De forma que tampoco los demás deben pretenderlo.

Pero en la intención de los monarcas rusos hay algo más que vanidad al reivindicar el título imperial: desde Pedro I a Catalina II, lo que se intenta es desenterrar unos derechos antiquísimos, los de Bizancio, heredados por Moscú al mismo tiempo que la religión ortodoxa. Si Austria se consideraba sucesora del Imperio Romano de Occidente, no había ninguna razón para que Moscú no lo fuera del Imperio Romano de Oriente. En apariencia se *trataría* de un nombre vacío de contenido: ¿qué tenían que ver los hoscos rusos del siglo XVIII con los cultos y débiles bizantinos del siglo XV? Y sin embargo, si la religión era la misma, las ambiciones políticas podían respaldarla con las armas. Constantinopla era un recuerdo en la distancia y coronarse en la catedral de Santa Sofía fue un sueño de Pedro I que Catalina casi consiguió hacer realidad.

Mas para este episodio falta todavía mucho. Con los reparos formales que se quieran, Catalina II ya es la zarina, dueña absoluta del país y reconocida por todos los Estados del mundo conocido. En el interior tiene en su Orlov la mano dura que requieren las circunstancias y que pronto se hará sentir. Unos oficiales de la guarnición de San Petersburgo se sienten de pronto celosos y defraudados: ¿por qué aquel *compañero* de cuartel, que ni siquiera es de una gran familia, se ha convertido en el primer ministro de Rusia?, ¿qué tiene él que no tengan los demás?

Por lo pronto el poder y la confianza de la emperatriz. A su costa lo descubren los conspiradores que han decidido matarle, cuando su cábala es descubierta y tres de sus jefes son detenidos y ejecutados.

La lección es aprendida prontamente por aquellos compañeros de milicia que podían soñar en aventuras parecidas. El que un golpe militar haya triunfado no significa que sea fácil repetirlo con otros candidatos al poder.

Tres oficiales ejecutados en el mes de noviembre, dos meses después de la coronación de Catalina, podían indicar el principio de una purga sangrienta de la nueva zarina para consolidarse en el trono, pero en realidad no ocurre así: Catalina quiere, desde el principio, difundir la idea de que la Rusia del látigo y el hacha del verdugo ha terminado. Donde sus antecesores Pedro el Grande, Isabel y Pedro III ejecutaban, Catalina II se limita a las penas de cárcel o de destierro. Así ocurre incluso con los militares que, al negarse a unirse a la sublevación de Orlov, pusieron en peligro su feliz éxito. Su castigo será simplemente un cambio de destino, medida con la que se ganará a tantos compañeros suyos que también vacilaron ante su exaltación al trono.

Mano dura pero sólo en casos extremos, para el ejército. Ahora procuremos ganarnos a los dueños del país, los que tienen el dinero y el dominio de las masas a las que emplean en sus vastas propiedades. Son los nobles. En octubre de 1762, apenas un mes tras la coronación, sale un ukase protegiendo a los «caballeros propietarios»; al principio del año siguiente otra orden real confirma sus privilegios sobre los campesinos y los comerciantes.

Éstos son los primeros actos de su vida pública, que se confunde con la privada cuando se trata de Orlov.

Un amante aspira a marido

Los Orlov —lo hemos dicho— son ambiciosos, atrevidos, valientes. Creen que todo les está permitido y que todo lo pueden y hasta ahora, en 1762, la historia les ha dado la razón. Juntos han conseguido darle la vuelta a la dinastía que reina en Rusia, y uno de los hermanos, Gregori, es nada menos que el amante (casi titular

porque lo saben todos) de la zarina Catalina II. La princesa Dachkora, amiga de Catalina, se quedó escandalizada cuando, al día siguiente del golpe de Estado, encontró a Gregori Orlov tumbado en un diván en el gabinete de la zarina abriendo y leyendo papeles de Estado sin que la zarina se ofendiese. Además les ha regalado cargos —Alexis es almirante, Vladimir, procurador—, dinero, tierras y los miles de siervos que van con ella, ¿qué más quieren?

Mucho más. Quieren que esa relación amorosa pase a ser legal y que los lazos entre su familia y la soberana se robustezcan con un enlace matrimonial. El amor, por muy ardoroso que parezca, tiende a ser efímero y los Orlov no quieren verse mañana sirviendo en un alejado destacamento por una disputa entre amantes. La pareja debe casarse, y Gregori, presionado por sus hermanos, se lo pide insistentemente a Catalina, que le plantea los inconvenientes que ve en el plan; tanto a la aristocracia como al pueblo les ha costado aceptar el salto en el orden dinástico que representa el golpe de julio de 1762. Si la zarina, además, contrajera matrimonio público con alguien que no es de sangre real y que ni siquiera pertenece a la de los grandes señores tradicionales de Rusia, perdería mucho crédito y facilitaría la conspiración de los descontentos, que nunca faltan. Catalina II no puede convertirse en «múdame Orlov». Gregori es el amo de su corazón, tiene su confianza, es rico y puede recibir como un príncipe en el palacio que Catalina le ha regalado. Dejemos las cosas así. Lo otro sería impolítico e incluso peligroso.

Gregori consulta con sus hermanos y éstos, empujados por la ambición, sugieren otro plan. Un matrimonio secreto que elimine la posibilidad del escándalo público pero que sea garantía del futuro de Gregori y los suyos cuando les haga falta descubrirlo. Como razonamiento esgrimen el hecho de que la emperatriz Isabel contrajo ese tipo de enlace con su primer ministro y querido amante Alexis Razumovski. Enfrentada a ese precedente, Catalina duda… ese matrimonio ¿existió de verdad o fue sólo un rumor palaciego? La investigación en los archivos de palacio no revela ningún documento acreditativo del hecho, pero queda una carta, que es realmente un as. Porque, aunque viejo, está vivo todavía uno de los

protagonistas de la historia: el propio Razumovski. Catalina da órdenes al canciller Vorontzov para que le haga la pregunta directa y claramente. Si la respuesta es afirmativa, ella se casará con Orlov.

Y entonces sobreviene una de las escenas más interesantes de una época en la que el interés no falta casi nunca. El enviado de la zarina es recibido por el antiguo ministro y le interroga sobre el espinoso asunto:

¿Hubo o no hubo…? El anciano escucha en silencio y atentamente las palabras del canciller; luego se levanta trabajosamente, va a un arcón y extrae con cuidado un rollo de papel amarillento; lo despliega y lo lee a la luz del velón mientras el visitante aguarda suspenso. Cuando termina lanza un suspiro, besa el documento, se acerca a la chimenea y lo deja arder hasta consumirse. Luego, vuelto a Vorontzov, le dice sencillamente:

—No existe ninguna prueba de ese matrimonio. Puede comunicarlo a mi señora la emperatriz.

La imaginación se ha disparado entre los comentaristas ante esa actitud. Parece claro que la caballerosidad de Razumovski fue más fuerte que su egoísmo ya que presentando el documento podía haber obtenido el título de alteza imperial como consorte de Isabel. Es posible también que Catalina le hubiese hecho llegar un mensaje en el que le pedía ese sacrificio en bien de la estabilidad monárquica.

Sea como fuere, el episodio muestra una vez más la serenidad con que la cabeza de Catalina actúa, por fuerte que sea la pasión sexual que la domine en un momento determinado. Orlov le atrae físicamente y además le debe agradecimiento por su acción, dos fuerzas que a otra mujer le harían aceptar esa boda sin vacilar. Pero ella sabe distinguir siempre lo que le gusta y lo que conviene, no sólo a su persona, sino, sobre todo, a Rusia…

…Que desde luego necesita de toda su atención. La culta y bien preparada gran duquesa no descubre, hasta que llega al trono, el estado de desorganización en que se encuentra el país, comentando en sus cartas la sorpresa que se lleva al querer iniciar las reformas urgentes que ha estado soñando. «Traedme los datos

de las tierras entregadas por el Estado en los últimos años.» No hay datos. «Lo que se pierde al año en rentas eclesiásticas.» Igual asombro entre los funcionarios. Descubre que Rusia, la inmensa Rusia, ha sido administrada hasta entonces prácticamente sin libros de contabilidad. Todo se realizaba por aproximación. «Debe de haber dinero para ello», de forma que puede ordenarse el gasto.

Catalina pone manos a la gigantesca obra y en su caso no se trata de una figura retórica. A las cinco de la mañana está en pie y su jornada se organiza de tal modo que puede trabajar de doce a catorce horas diarias. A las nueve de la noche está en la cama, eso sí, generalmente acompañada, pero ese desorden sexual (sería mejor llamarlo «otro orden», porque lo ejercita con toda regularidad) no se acompaña, como en otros libertinos de entonces, de excesos en la comida y en la bebida. Ni le atrae el vodka ni es *gourmand*; es en lo único que no se ha rusificado, lo único en que no intenta parecerse a la gente de su nueva patria.

Su debilidad mayor está en el tabaco en forma de rapé, que consume usando siempre la mano izquierda para tomarlo. Y no porque sea zurda; es que, como confía en la carta a un amigo: «En mi oficio debo dar la mano a besar varias veces al día y no quiero que luego huela a tabaco todo el que a mí se acerque.»

Las reformas de Catalina II en los primeros años son sobre todo administrativas —el catastro de las tierras, por ejemplo—, o pedagógicas —el Instituto Smolny para la educación de señoritas nobles—. Está claro que se trata de una tarea elitista, per© Catalina no piensa llevar a cabo una cruzada contra las ideas tradicionales rusas y el abismo existente entre los que tienen y los que no tienen. El intento de la zarina —como el de Pedro el Grande— es civilizar el país empezando por los más susceptibles de aceptarlo: los de arriba, que a veces, desgraciadamente, son tan incultos como los de abajo, aunque entre ellos hablen en francés.

En esta primera etapa de su gobierno sigue igualmente en política exterior las directrices de Pedro I. Hay que vigilar las fronteras de donde puede surgir la amenaza contra el país y para

ello se ocupan directamente las provincias limítrofes (caso de Finlandia… o de Prusia).

El pueblo ruso es, decíamos, profundamente antiprusiano y la tendencia contraria de Pedro III contribuyó grandemente a su caída. Siguiendo esos vientos sentimentales, una de las primeras declaraciones públicas de Catalina II es contra Federico II, «gran perturbador de Europa», pero, una vez conseguido ese efecto popular, en los próximos meses cambia rápidamente la táctica enviando secretamente mensajes de amistad al rey prusiano.

La razón de esa mudanza se llama Polonia, país al que quiere dominar o al menos neutralizar porque, dada su posición geográfica, representa un peligroso trampolín para un posible enemigo de Rusia. Por ello al morir Augusto III en Varsovia necesitaba que le sustituyese un candidato amigo y para ello elige a alguien que más que pro ruso es sobre todo pro Catalina, a la que sigue adorando a pesar del «despido» de que la zarina le hizo objeto: Estanislao Poniatowski. Obtenida la aquiescencia de Federico II a la elección, Catalina no tiene más que instruir a su embajador en Varsovia, el conde Keiserling, para que derroche el dinero entre los venales diputados de la Dieta o parlamento polaco, que son los encargados de elegir al nuevo monarca. Por si alguno dudase, la zarina termina así su carta: «Si nuestro candidato no es elegido, entonces, sin previa advertencia, ordenaremos a nuestras tropas que invadan inmediatamente el territorio polaco, que traten a nuestros adversarios como rebeldes, que destruyan sus bienes y propiedades por el hierro y el fuego. En esta operación actuaremos de acuerdo con el rey de Prusia.» Un texto realmente asombroso para la imagen «ilustrada» de la emperatriz, pero que no conseguirá enturbiar ni siquiera un instante la admiración de un Voltaire; al contrario. Tanto en esa intervención como en el primer reparto de Polonia entre Rusia y Prusia y Austria de 1774, el autor de *Candide* aplaudirá la acción de Catalina, «que termina con la anarquía polaca y lleva a ese país la tolerancia religiosa» (contra el catolicismo militante de Varsovia, la zarina había impuesto el respeto al culto luterano y, naturalmente, al ortodoxo).

La vida de la zarina se desarrolla entre San Petersburgo y Moscú. Un observador sagaz, el caballero Casanova, nos da idea de ambas ciudades en 1765:

«Los que no han visto Moscú —afirma en sus *Memorias*— no pueden decir que conocen Rusia porque los rusos de San Petersburgo no son realmente rusos; en la corte son muy distintos de lo que les ha hecho la naturaleza y se puede decir que en San Petersburgo los rusos son extranjeros. Los ciudadanos de Moscú, principalmente los ricos, compadecen a todos los que se destierran por ambición o por interés. Moscú es su patria y observan a San Petersburgo con un poco de envidia y como la causa de su ruina.»

En cuanto a San Petersburgo, el juicio del aventurero italiano es incierto. Le llama «una ciudad ya célebre y cuya existencia me sigue pareciendo precaria. Hacía falta un genio de hierro como el de Pedro el (¡rancie para desmentir a la naturaleza forzando un terreno de barro, una tierra sin consistencia, a ser soporte de edificios enormes de mármol y granito y fundar su capital en medio de un amasijo a base de gastos enormes. Me dicen ahora [Casanova se refiere al momento de redactar sus *Memorias,*— a últimos de siglo] que hoy esa ciudad ya es adulta y debe glorificarse por ello a la gran Catalina, pero en el año 1765 estaba todavía en la infancia y todo me parecía construido con el fin pueril de tener muchas ruinas. Se adoquinaban las calles con la seguridad de tenerlas que reparar seis meses más tarde…» «Para que dure —resume el aventurero italiano— San Petersburgo exigirá siempre cuidados incesantes y grandes gastos… predigo que, pronto o tarde, el suelo sin consistencia sobre el cual se ha elevado esa masa inmensa se hundirá bajo un peso que no guarda relación con su fuerza de resistencia.»

Cualquier viajero que haya tenido la suerte de visitar lo que hoy se llama Leningrado, sabe que ésa fue una de las predicciones más equivocadas de la historia. Las estatuas de Pedro el Grande, que la

creó, y de Catalina II, que la embelleció, parecen ratificar un axioma incontestable: en Rusia no se puede afirmar o negar algo de acuerdo con la lógica que, en este caso, se aplicaba además a la economía. En la Rusia de aquel tiempo pero incluso en la soviética, los trabajos se realizan usando una mano de obra casi inextinguible y una voluntad feroz que obliga desde arriba. El mismo Casanova da en otras páginas ejemplos de cómo el sentido común variaba en Rusia, y la frase «eso no se puede hacer» perdía el sentido si así lo decidía el zar.

En el viaje de San Petersburgo a Moscú, tras emplear setenta horas de coche, oye decir que la emperatriz Isabel lo habla hecho en cincuenta y dos horas. «Lo creo —aseguró un ruso sin la menor ironía— porque la zarina había lanzado un ukase ordenándolo; si lo hubiera querido hacer en menos tiempo no tendría más que prescribir por otro ukase el número de horas necesario y bastaba.»

La exageración no lo es tanto si se piensa que las obras urgentes se realizan multiplicando el número de obreros y el dinero necesario para ello. La primera necesidad, como ya he dicho, se resolvía llamando a los siervos que fueran necesarios, y la segunda, que impresionaba también a los especialistas de otros países, se llevaba a efecto gracias a la particular forma de la economía rusa. Los gigantescos gastos a los que la emperatriz se lanzaba, desde las guerras a los fantásticos regalos a amigos locales y príncipes extranjeros, no producían la lógica inflación y la caída de la moneda porque, como advierten los economistas occidentales, en Rusia no hace falta una cobertura de oro que respalde el dinero en circulación. Los rusos no pierden respeto por la moneda que pasa por sus manos porque lleva la efigie de su «madrecita» y por lo tanto será buena y conservará realmente el valor que asegura tener. Un observador financiero llegó a afirmar que Catalina podía un día lanzar una moneda de cuero con su efigie y que la gente la aceptaría sin rechistar.

Mano de obra barata… Desde Egipto y Roma no se ha encontrado tal cantidad de gente capaz de trabajar casi gratis por la voluntad de unos pocos. Los esclavos de ayer se llaman en Rusia

siervos que se venden con la tierra. Lo que más impresiona al visitante de entonces y al historiador de hoy es que en esas ventas la parte humana no se cita como cuerpos sino como «almas». El regalo que la zarina ha hecho a Iván Ivanovich, se comenta en la corte, es de 35 000 almas, y la misma Iglesia que debería velar por ellas también las aprovecha en su beneficio.

El número de siervos poseídos marca el grado de bienestar de los rusos. Sólo a partir de mil puede su dueño considerarse rico; quien tiene, digamos, treinta a su disposición, es un pobre diablo. Algunos señores los educan y les hacen aprender un oficio, pero en lugar de bondad se trata de una inversión, porque, una vez dueños de un conocimiento profesional, los alquilan o venden más caros que de costumbre. En una gaceta de San Petersburgo o de Moscú pueden encontrarse anuncios como éste: «Se vende un joven de dieciséis años de buena conducta y un coche usado»; o «Se ofrecen un barbero, cuatro patas de cama y un edredón».

Siervos… Leamos: «Está contra la religión cristiana y la justicia convertir en esclavos a hombres que nacen libres. Libertad, alma de todas las cosas; sin ti todo ha muerto.»

Quien escribe estas bellas palabras, muy típicas del siglo de la razón, es Catalina… cuando sólo era gran duquesa. Pero al subir al trono las razones éticas le van pareciendo menos importantes que las prácticas. En primer lugar los nobles constituyen la fuerza principal en que se apoya el imperio y su administración y cualquier ley en favor de los siervos que poseen contribuiría eficazmente a que se rebelasen contra ella. Por otra parte, la economía del país está basada en la agricultura, algo que requiere a mucha gente trabajando la tierra, lo que, con el duro clima ruso, no es tarea que se haga a gusto y voluntariamente; cuando a esas razones se une la revuelta de Pugachev, que arrastra a muchos de la gleba, las ansias de justicia social serán definitivamente enterradas bajo el peso de la razón de Estado. Y si queda un mínimo remordimiento se acalla con la frase típica de todos los tiranos que en el mundo han sido: el bajo pueblo no está preparado para gozar de libertad.

El ruso —coinciden todos los observadores llegados de fuera— es violento y sólo con la violencia puede dominarse. A Casanova le recomendaron que golpease a la menor falta al cosaco que le habían dado como asistente; no hacerlo —le recordaron— es un signo de debilidad que al inferior le hace despreciar al superior.

«Por no hacer caso del consejo —asegura el donjuán italiano—, una noche casi me mata el criado, que se había embriagado.»

El castigo habitual al insumiso es el de varios golpes de *knut*, el látigo hecho con un cuero tratado especialmente para endurecerlo. Se calcula fríamente que el límite que un hombre maduro puede tolerar sin morirse es de cien golpes, y en general la pérdida de consciencia sobreviene a los quince. Naturalmente ningún señor es procesado porque se le muera un siervo así castigado; son gajes del oficio y él sabía a lo que se exponía al cometer su delito.

El pueblo ruso es bárbaro, dicen los viajeros, y por tanto, además, supersticioso. El francés Chantreau sostiene que los campesinos se abstienen de comer palomas porque les parecería que devoran al Espíritu Santo, y como el número «cuarenta» tiene fama de sagrado en la Biblia, se esfuerzan en que aparezca siempre en las cuentas aunque no sea resultado de ninguna regla aritmética.

Ese mismo campesino, quizá por los mismos defectos, resulta un soldado impresionante; la vida que lleva le ha hecho insensible a las fatigas y a cualquier otra incomodidad en las campañas. ¿Acostarse sin comer? ¡Le ha ocurrido tantas veces en tiempos de paz! ¿Frío? Como en casa. Acostumbrados a la obediencia, se hacen fácilmente a la disciplina militar y si tienen jefes que les inspiran confianza y les saben arengar, pueden seguirles hasta la muerte. Sus características primitivas los hacen particularmente temibles en el saqueo de las ciudades conquistadas y su posible llegada provoca el pánico en la más civilizada Europa occidental, lo que representa un arma psicológica que añadir a las de fuego que portan.

Los súbditos pueden tener impresiones distintas, pero el extranjero que llega en esos años a Rusia, generalmente se queda prendado de la emperatriz. Casa— nova, que entendía lo suyo de mujeres, la describe en 1765 en el tomo tercero de sus *Memorias*

(capítulo XX) como agradable, bien hecha, de estatura mediana y de porte majestuoso. «Sin ser bella —otros afirman que lo mejor de su rostro era la boca fresca y sana—, gusta por su dulzura, su afabilidad y su inteligencia, de la que se servía con un tacto exquisito para evitar cualquier sospecha de presumir.»

La mayoría de los que la conocieron coinciden con el famoso aventurero; sólo en la estatura difieren; para muchos era más bien alta. El examen de los vestidos suyos que nos han llegado revela una talla de metro sesenta y seis, pero la contradicción es sólo aparente. En el siglo XVIII la gente era mucho más baja que hoy, con lo que Catalina podía resultar alta para su época. Por otra parte, todos sus contemporáneos elogian su «porte majestuoso», lo que aumenta engañosamente el tamaño de cualquier persona. Lo que nadie niega es su amor por las letras que hace recordar a otra reina también del Norte, Cristina de Suecia. Ambas admiraron a los escritores franceses y ambas los invitaron a su corte. Parece, sin embargo, que Cristina, la anfitriona de Descartes, tomaba más en serio esa admiración y que llegó a ser una auténtica especialista, mientras Catalina no pasó de aficionada.

Lo que en cambio no decía nada a sus sentidos era la música, que la cansaba mortalmente desde su adolescencia, como vimos. La misma espectadora entusiasta de la Comedie Française que invitó a San Petersburgo en más de una ocasión, se aburría con la ópera italiana, que, por cuestión de prestigio, también era huésped del palacio.

Hablando de «europeísmo», Casanova cuenta que se atrevió a preguntarle por qué en la línea de modernidad que se había impuesto para su país no se decidía a adoptar el calendario gregoriano como lo había hecho otra enemiga de los papas romanos, Inglaterra, catorce años atrás. Con ello, Rusia no seguiría siendo la única nación que iba once días atrasada. «Estoy seguro —añadió— que Pedro el Grande, de vivir más tiempo, habría acabado promulgándolo.» La emperatriz sonrió preguntándole cómo estaba tan seguro y le comunicó que en otra ocasión seguirían hablando de un tema tan interesante.

Un paréntesis. Casanova de Seingalt mintió probablemente en sus *Memorias* al referirse a sus éxitos femeninos, pero no en otras materias en las que no intervenía su donjuanismo y sí su espíritu de observación, típicamente dieciochesco. Lo que da más solvencia al relato que comentamos es precisamente esa pausa que la emperatriz pide para proseguir la conversación. Por lo que sabemos de ella es más que probable que aprovechara ese tiempo para informarse a fondo del tema y deslumbrar al culto extranjero que la interrogaba. Efectivamente, al volver a encontrarse explica a Casanova las varias razones por las cuales se mantiene el calendario antiguo en su país, aunque en actas oficiales y cartas al extranjero se haga constar siempre ambas fechas. Después de recordar que sobre el equinoccio de Pascua no hay unanimidad entre los astrónomos para que sea el 21 de marzo, admite que la Navidad rusa debería celebrarse en el solsticio de invierno como en Occidente. Pero —hay siempre un gran «pero» en todo lo que concierne al mundo y a la sociedad rusa— ella se niega a cortar del calendario nacional once días que cambiarían el cumpleaños e incluso el nombre, muchas veces relacionado con la fecha de nacimiento, de dos o tres millones de rusos, «se diría que por un acto despótico habría quitado once días de vida a todo el mundo».

Y añade con una mezcla de ingenuidad y cinismo sobre la posible reacción ciudadana: «No se quejarían en voz alta porque aquí esto no se usa (*car ce n'est pas la mode ici*), pero se dirían al oído que soy una atea y que evidentemente ataco la infalibilidad del Concilio de Nicea. Hay otras cosas más urgentes que realizar que ese cambio», resumió.

(La medida, evidentemente, no hubiera sido popular y la prueba es que no la llevaron a cabo tampoco sus sucesores hasta la toma del poder por los bolcheviques. Todavía hoy, lo que los occidentales llamamos «revolución de octubre» de 1917, celebra su aniversario en noviembre.)

Sólo unos cuantos rusos leen francés, pero ésos lo hacen de forma entusiasta. Se asegura que a San Petersburgo llegaron tres

mil ejemplares de la *Filosofía de la Historia* de Voltaire y que desaparecieron en ocho días.

El culto exagerado a ese escritor irritó a Casanova de Seingalt, que anota a ese propósito en sus *Memorias* que en ese tiempo «tanto los intelectuales rusos como los aficionados militares no leían ni celebraban más que al filósofo de Ferney y que cuando habían leído todo lo que Voltaire había publicado se creían tan sabios como su apóstol. Parecían pigmeos que se tomaran por gigantes subiendo a una escalera. Yo les decía que hacía falta leer los libros en los que Voltaire había abrevado su sabiduría y quizá entonces llegarían a ser más sabios que él».

En ese terreno, la emperatriz distingue cuidadosamente las ideas que resultan interesantes y bellas cuando se refieren a Francia y las que intentan adaptarse a la sociedad rusa. Un tal Raditchev, tras leer a esos apasionantes enciclopedistas franceses, se lanza a escribir una *Oda a la libertad* que en vez de conseguirle las felicitaciones de la amiga de Voltaire y Diderot le cuesta un arresto en la fortaleza Pedro y Pablo de San Petersburgo y luego el destierro en Siberia.

Pero si no se lleva tan lejos la influencia gala, el francés es la lengua de moda y de uso permanente entre los grandes. Ya es significativo que en su correspondencia con Grimm, un alemán de Ratisbona, esta alemana nacida en Stettin emplee siempre el francés; a ejemplo de su dueña y señora, los nobles se apresuran a contratar profesores de aquella lengua para sus hijos.

CATALINA O LA MAESTRÍA EN RELACIONES PÚBLICAS

EL AÑO 1766 es el de la gloria reformista para Catalina II. ¿Porque ha cambiado la total organización de Rusia modernizándola? No. Porque ha insinuado la posibilidad de hacerlo con la publicación de un libro titulado *Introducción al proyecto de elaborar un código legislativo* («nakaz»).

Obsérvese. Se trata de un bosquejo de proyecto, un intento de legislar en un país donde la ley que priva es la del zar, primero, y del señor, después. Para empezar, la misma persona que ha iniciado este trabajo había declarado en 1764: «El imperio ruso es tan grande que toda forma de gobierno que no sea el imperio absoluto sería perjudicial porque toda otra reforma es más lenta en su ejercicio y número de personas que desperdigan las fuerzas.»

Pues bien, esa obrilla inspirada, si no copiada íntegramente, en obras del francés Montesquieu y el italiano Beccaria y que se limita a recoger el estado de la opinión europea del XVIII propugnando una mayor intervención del pueblo llano en el Estado, provoca el entusiasmo de los más eximios escritores liberales de Occidente, que en ese momento son los franceses, con Voltaire a la cabeza, seguido entusiásticamente por Diderot.

Es una de las asombrosas relaciones de la historia: una reina que basa su poder absoluto en la tradición monárquica y en la fe religiosa de sus súbditos —«seguiré siendo autócrata; es mi oficio»— encuentra sus mejores apologistas entre los que, en

Francia, han contribuido corrosiva y eficazmente a acabar con el tabú que veía a la corona y a la Iglesia como algo intocable y situado por encima de todos los humanos. Así, los revolucionarios de Occidente aplauden en Oriente a la autócrata rusa, la que regala diez mil siervos a un amigo para que trabajen para él o se limita a castigar a cadena perpetua a un hombre que mató entre torturas a nueve esclavos de la gleba.

Unos siervos que trabajan varios días de la semana al servicio de su amo y los restantes en sus propias parcelas. La proporción entre ambas actividades depende del capricho o de la codicia del señor y se dan casos en que el siervo sólo puede cultivar su tierra propia en domingo.

En 1765 la «filósofa» Catalina da un ukase que permite al señor enviar a sus siervos menores de cuarenta y cinco años a trabajos forzados a Siberia y desde 1767 no se permitirá que el siervo pueda apelar a una autoridad superior del trato que le da su amo; ese trato puede revestir toda clase de crueldades sin llegar a la pena de muerte, que el señor no puede imponerle a no ser que se trate de abierta rebelión contra él. Se anula incluso el antiguo decreto de proceder judicialmente contra sus dueños cuando éstos abusan de ellos.

Y, sin embargo, Voltaire la llama en carta del 21 de junio de 1766 «estrella del Norte» y más adelante afirmará que el trabajo legislativo de Catalina sólo tiene precedentes en Solón y Licurgo.

¿Cómo consigue Catalina II unos propagandistas de esta talla en el campo de las relaciones públicas? ¿Cómo logra que gente de mentalidad liberal aplauda su política interior y exterior, incluso cuando están totalmente en desacuerdo con sus ideas?

La respuesta quizá esté en la doble personalidad de la zarina. En su proceso de identificarse con el mundo que le rodeaba no ha podido ni querido olvidar su educación europea, especialmente la francesa, que en el siglo XIII eran términos sinónimos. A caballo de los grandes triunfos de Luis XIV la lengua gala se había instaurado en Occidente y al coincidir con el nacimiento de la diplomacia tal

como hoy la concebimos, resultó la lengua universal para gente culta.

Federico II la hablaba y la escribía correctamente; lo mismo hacía José II de Austria, y el Ministerio de Estado español, especialmente antes de 1750, lo usa corrientemente para la correspondencia con embajadores y ministros extranjeros.

Cuando se llamaba todavía Sofía, la muchacha de Stettin la había aprendido a fondo con su «Babette» y en los largos años de soledad y decaimiento de San Petersburgo, cuando sólo era una gran duquesa abandonada por su marido, la lectura de los textos franceses de Voltaire y Montesquieu habían sido su consuelo y deleite. Por ello, cuando pudo hacerlo sin que alguien considerase su correspondencia como una forma de evasión o, peor, de convivencia con el odiado extranjero, hizo llegar a Voltaire su admiración por su obra.

Alegría un tanto esnob del ya legendario señor de Ferney que la ensalza en su respuesta. Contestación aguda de Catalina: «No me elogiéis antes de merecerlo. Vuestra reputación y la mía lo requieren.»

Voltaire no obedecerá aprovechando cualquier pretexto para ensalzar a quien tras la *Instrucción* se había convertido en la «bienhechora de Europa» y su obra en el «más bello monumento del siglo». Nada menos.

Pero no sólo de alabanzas vive el hombre y, sabiéndolo, Catalina alterna sus expresiones de admiración por sus escritores favoritos con tangibles pruebas de su favor. Por ejemplo: Voltaire comenta la situación apurada de los relojeros de su Ferney, en Suiza, donde él vive. ¿No podría la zarina comprar algunos para aliviar su economía y propagar su obra? ¡Cómo no!, responde Catalina; que me envíen algunos. Voltaire hace mandar *doscientas libras* de relojes y la caja de palacio los paga sin rechistar.

¿Otro ejemplo? Diderot anuncia públicamente que necesita vender su hermosa biblioteca para sobrevivir. Catalina se indigna. No permitirá que colección tan valiosa se desperdigue; la compra en bloque y, además, para no despojar al pobre intelectual de su

tesoro, le permite usufructuarla mientras viva y le fija un alto sueldo ¡para que cuide de ella!

No es raro que Diderot se una a Voltaire en sus elogios a la «Semíramis del Norte» e incluso que acepte la invitación de acudir a su reino.

Voltaire no se atreverá a aceptarla por miedo al viaje y al duro clima ruso, y d'Alembert, otro admirado por Catalina II, rehusó como vimos el convite con humor negro. Por cierto que Voltaire, el humanista Voltaire, que creía como tantos otros europeos en la responsabilidad directa de la zarina en la muerte de su esposo, despacha el hecho «como una bagatela sin la menor importancia».

Diderot sí quería conocer de cerca ese fenómeno de la naturaleza qué se llama Catalina II y se trasladará a San Petersburgo en 1773. Fue una experiencia difícil para los dos. Acostumbrado a la libertad con que se expresaba en su país, el sabio coautor de la Enciclopedia no se calla ante las circunstancias en que vive el pueblo ruso, asombrándose ante la distancia que hay entre las cultas, modernas intenciones de la emperatriz y la realidad social. Inventa chistes: «¿Por qué los campesinos rusos no se lavan nunca? Porque saben que su cuerpo sólo pertenece a su amo.» En palacio no se ríe nadie y menos aquí cuando se permite bromas antirreligiosas en un país anclado en la tradición eclesiástica. Cuando vuelva a París seguirá elogiando públicamente a la benefactora que le ha garantizado el pan hasta el fin de sus días, pero en el fondo ha descubierto la gran mentira de una reina cuya protección a la cultura y a la libertad de expresión termina exactamente en la frontera donde empiezan sus territorios… que son ejemplo pleno de despotismo ilustrado: todo para el pueblo, pero sin el pueblo. El palacio de invierno de San Petersburgo es rehecho con planos del italiano Rastrelli. Construye un anexo, lo llama Ermitage y lo llena de cuadros que sus agentes compran en todo el mundo en cuanto saben de un noble arruinado que venda su colección. Así llegan a la capital del Báltico los Veronese, Ticiano, Van Dyck, que aún hoy podemos admirar. La calle puede ser de barro pero las más refinadas pinturas de Occidente están en los

museos de un bello palacio; igual llegarán los libros de las bibliotecas más importantes de Occidente para un pueblo que, en su inmensa mayoría, no sabe leer. En ese aspecto Catalina es la heredera más fiel de un rey, Pedro I, del que no lleva una gota de sangre pero sí todo su espíritu. Rusia tiene que ilustrarse, cultivarse, enriquecerse culturalmente, por gusto o por fuerza. En el concierto de las naciones ha llegado su hora y su gloria.

¿Nos falta una Academia de Ciencias? La crearemos y en su reglamento llegaremos a algo tan revolucionario como anunciar que «los siervos que entren en ella serán automáticamente libres». ¡Impresionante!, gritan sus propagandistas franceses. Por la cultura a la libertad. En el entusiasmo, ninguno se para a pensar que la posibilidad de que un siervo ruso tenga méritos culturales para llegar a la Academia de Ciencias era un sueño.

El XVIII no sólo es el siglo de la educación, sino también de la sensibilidad, de la ética. Movida por ambos principios, Catalina II funda el «Asilo de niños perdidos y recogidos», que reúne a los muchos que la miseria deja en las calles rusas, para darles estudios, preferentemente de agricultura para los chicos y de cocina para las chicas. Cuando salgan de ese centro terminados sus estudios —dictamina la zarina— no podrán ser ya ni esclavos ni forzados en el servicio militar o civil. Comparando esa posibilidad con la situación cotidiana de la familia rusa de bajo nivel, concluye sarcásticamente su biógrafo Henry Troyat que lo mejor que podían hacer los padres rusos con sus hijos era abandonarlos en la calle para que los recogiera la zarina.

En estos años primeros de su gobierno, la impresión que da Catalina es tan clara como ambivalente. «Seamos modernos… en todo lo que no perjudique el respeto que se me debe y la disciplina general que necesito para desarrollar mis planes.»

Cuando ninguno de esos elementos está en peligro, la iniciativa de la emperatriz puede ser más que moderna, revolucionaria. Así, cuando en 1764 decide propagar el uso de la vacuna contra la viruela, recientemente hallada, utilizándola ella misma… Si en la Europa occidental, mucho más culta e informada, el nuevo método

preventivo producía todavía recelos, puede imaginarse el efecto que en la atrasada Rusia iba a causar la noticia de que su amada soberana quería inocularse unos elementos extraños que se combatirían a sí mismos. Desde los padres de la Iglesia y su favorito Orlov al bajo pueblo de San Petersburgo, la alarma es general y las peticiones llegan unánimes: «No lo hagas, madrecita. No te expongas a ese peligro.»

Las súplicas de sus amigos valieron tan poco como las advertencias de los científicos rusos, poco seguros todavía de aquel invento extranjero. Catalina II hace llamar al médico inglés Dimsdale, se vacuna y tras unos días de angustia nacional, aparece en público con la más sana de las apariencias y la mejor de sus sonrisas. Lógicamente su prueba personal tuvo caracteres de ejemplo nacional. Millares de reluctantes rusos de antes ofrecieron sus brazos para que también a ellos se les hiciese la incisión salvadora, y una de las enfermedades que más vidas costaba al país se vio frenada por su gesto.

¿Y las reformas prometidas? A los neoclasicistas, que son todos los intelectuales del tiempo, les encantaría aplicar al proceso la irónica frase latina «La montaña, tras grandes rugidos, parió un ridículo ratón». La gran comisión convocada por la zarina en 1766 para desarrollar las ideas contenidas en la *Instrucción* se enreda en discusiones nunca mejor llamadas bizantinas por el origen de su religión nacional.

Para empezar, la asamblea nació ya con un freno legislativo que le impedía ir más allá de lo que Catalina podía tolerar en su fuero interno. Lo que ella intentaba era tantear la posibilidad de asustar a la nobleza con el posible apoyo de las clases populares. Pero éstas, por si acaso, fueron elegidas con suma precaución. Su procurador general Viazemski consigue que el grupo de los «delegados de ciudades», considerados como leales a la corona, tenga 207 diputados y la nobleza sólo 160, y los campesinos, que constituyen la inmensa mayoría de los rusos, no obtienen representación directa.

En el fondo se trata de la misma táctica que empleará Luis XVI cuatro lustros después, en 1789. Acallar las críticas de los intelectuales europeos y fingir unas reformas superficiales que complaciesen a unos cuantos sin tocar el* fondo del problema. Pero lo que al rey de Francia se le fue de las manos, Catalina lo controló desde el primer momento, aprovechando la vanidad de los reunidos y el escaso sentido de solidaridad de los rusos, que se pasaron el tiempo defendiendo sus intereses particulares y olvidando las necesidades del país y la justicia social. Al contrario, cada grupo reivindicaba más derechos y menos deberes. Los nobles querían tener más siervos y los comerciantes, que se les diese la posibilidad de poseerlos igualmente.

En lo único que se pusieron de acuerdo es en que la zarina merecía un título especial por la brillante idea de haberlos reunido y aun ahí también discutieron sobre si tenía que ser «grande», «sabia» o «madre de la nación», que fue el que Catalina acabó aceptando.

Por fin, en diciembre de 1768, tras doscientas reuniones inútiles, la emperatriz aprovechó la excusa de la guerra contra Turquía para declarar disuelta la asamblea y mandar a los diputados a su casa. Resultado práctico nulo pero el impacto propagandístico en el interior del país y sobre todo en el extranjero había sido conseguido; ella podría siempre achacar a los convocados su poca colaboración para realizar el proyecto de reformas.

Lo que no significa que éstas no fueran promulgadas en el plano administrativo, ya que no en el de los derechos humanos. En este sentido la obra de Catalina II es sólida, eficaz y moderna. En 1775 divide el país en cincuenta provincias —«gubernia»—, con una población aproximada de 350000 almas cada una y dirigidas por un gobernador designado por la zarina, así como los funcionarios que debían asesorarle sobre policía, hacienda, higiene, instrucción, etcétera.

La columna vertebral del sistema sigue siendo la nobleza, cuyos miembros no realizan el servicio militar y en caso de delito sólo pueden ser juzgados por sus pares. Con ello el trono conseguía

convertirlos en una red de agentes imperiales extendidos por el territorio nacional y fieles a una autoridad de la que recibían tantos beneficios. Algunos economistas creen que con esas medidas Catalina II consigue igualmente lanzar a los nobles a la creación de industrias en sus feudos, alentándolos a aliarse con los comerciantes para crear intereses que convengan a ambos estamentos pero que, a la larga, beneficiarán también al país.

Otras disposiciones pueden considerarse igualmente avanzadas. Catalina había jugado a fondo la carta religiosa para convertirse en la candidata que la Iglesia ortodoxa oponía al incrédulo cuando no luterano Pedro III, pero, cuando asentó definitivamente su poder, sigue también en ese campo la política laica y estatal de Pedro el Grande. Las tierras de la Iglesia pasan al Estado juntamente con sus dos millones de siervos; una comisión económica gubernamental administra las propiedades incautadas y dedican una parte del dinero recaudado a indemnizar conventos y a subvencionar las obras de caridad que antaño regían los monjes.

La política era audaz, dada la fuerza moral que seguía teniendo la Iglesia, pero funcionó prácticamente sin problemas durante todo el reinado. Y cuando en alguna ocasión un patriarca buscó la gloria eterna denunciándola públicamente, Catalina II simplemente le internó en un convento evitando al mismo tiempo el peligro de la subversión y el de convertirle en mártir.

Y, eso sí, siempre mostrando a los representantes de esa Iglesia nacional un gran respeto público. Casa— nova cuenta haberla visto llegar a la capilla real y al encontrarse con el protopapa (obispo, traduce él) que le ofrecía el agua bendita, ella le besó el anillo, a lo que él respondió besando a su vez la mano de su soberana y jefe espiritual.

Durante la misa, por el contrario, mantuvo una actitud desenfadada hablando todo el rato con sus cortesanos. «La hipocresía —deduce Casanova— no forma parte de su carácter.» Sería entonces cuando ya no necesitaba el apoyo de una Iglesia que dirigía personalmente porque en sus tiempos de gran duquesa no separaba los ojos del altar mostrando una devoción absoluta.

En el mismo año de 1764 en que Catalina se hace vacunar impunemente, la fortuna le acompaña también suprimiendo de golpe una amenaza latente contra su reinado; se trata de aquel niño que nació zar con el nombre de Iván IV y cuyos caminos se cruzaron cuando ella iba hacia el Gran Ducado y él, con su madre Ana, mudaba de cárcel… Allí permanecía cuando un oscuro oficial llamado Mirovitch es destinado a la guardia de su prisión-fortaleza. Extrañado por el secreto que rodea al prisionero el recién llegado pregunta y al enterarse de que se trata, nada menos que de un zar depuesto, se siente llamado por Dios al romántico destino de liberarle y devolverle al trono de que ha sido privado. Consigue convencer a otros oficiales de la guarnición y en el día en que entran de guardia se deciden a cumplir lo que creen su misión sagrada. Tras romper el cerrojo y entrar en la celda vitoreando al zar-niño, lo encuentran en el suelo derramando sangre por varias heridas mientras en un rincón del recinto dos hombres permanecen impasibles. Eran los encargados por la emperatriz Isabel, primero, por Pedro y Catalina, después, de asegurar la estancia del prisionero sin moverse nunca de su lado, tan presos como él mismo. Su consigna, además de impedir su fuga, era matarle en el momento en que cualquier ruido exterior indicase una tentativa liberadora y así lo realizaron al oír los gritos y los pasos precipitados de los conspiradores. Sin zar a quien proclamar, Mirovitch se entrega desolado a la guarnición y será prontamente ejecutado por orden de Catalina, que en casos similares olvida su repulsión habitual en materia de penas capitales. Para ella, el ataque a los fundamentos del Estado reviste mucho mayor gravedad que los personales.

Los que ayudaron al rebelde serán también castigados, mientras que se recompensará generosamente a los oficiales que cumplieron con la orden recibida impidiendo que un Iván IV resultara bandera de un movimiento subversivo de incalculables consecuencias, dada la estirpe del prisionero. Es la segunda vez que una espada de Damocles —la primera fue en el caso de Pedro III— desaparece

para Catalina. En ninguna de las muertes tuvo ella culpa directa pero tanto el exceso de celo de un partidario como el ansia legitimista de un enemigo sirvieron ampliamente a su futuro. La fortuna sigue ayudándole y un observador extranjero, Bereguer, se asombra: «¡Qué mujer! ¡Qué emperatriz!», y la más perfecta de las definiciones: «¡Qué teatro la Rusia!»

Efectivamente, un teatro donde todo, absolutamente todo, podía pasar.

Cuando se habla de enfermedades y de peligros públicos tiene que surgir de nuevo la figura de Gregori Orlov, al que no hemos mencionado últimamente porque no guarda relación con ninguna de las actividades referidas. El príncipe Orlov está a sus anchas en el campo de batalla o en el del amor, en las fiestas y en las borracheras, pero no tiene nada en común con las letras de Voltaire y de Diderot, con la inauguración de museos o academias científicas y mucho menos con asambleas legislativas. Pero de pronto aparece un riesgo que además de amenazar a la salud puede acabar con el orden establecido. En el Moscú de 1770 ha surgido la peste, la terrible enfermedad medieval que se propaga aprovechando el hacinamiento de las masas, la falta de higiene, el pésimo estado de las conducciones de agua, todo, en fin, lo que define a la vieja ciudad de Moscú. Y con la peste llega el miedo, temible consejero, que inspira la oscura idea de que alguien quiere asesinar a la gente envenenando el agua o los alimentos; las ciudades atacadas por la peste son a menudo semillero de angustias y de revueltas.

Moscú, en 1770, es una hoguera y para apagarla Catalina acude al más heroico de los hombres que conoce, alguien que está tan cerca que sólo tiene que alargar el brazo para tocarle: Gregori Orlov. Y éste reacciona como corresponde a su estirpe e historia. El cortesano deja sus abrigos de zorros siberianos, sus cenas en vajilla de oro, sus memorables orgías y viste de nuevo el uniforme de un soldado que tiene que luchar simultáneamente contra el contagio y un pueblo enloquecido. Orlov llega, organiza hospitales, administra los fondos que le han cedido, aísla a los enfermos, ejecuta a los

saqueadores que se aprovechan del pánico, convence a los sanos para que colaboren en su labor, dispersa a tiros a la muchedumbre, que lleva sus recelos a alzarse abiertamente contra la autoridad.

El virus le respeta tanto como las balas de los rebeldes y en pocas semanas —calmado el pueblo, desaparecida la enfermedad — puede volver a recibir los parabienes y regalos de una zarina agradecida y el aplauso de un público enfervorizado por su heroísmo.

Fue bueno para Rusia y nefasto para él. La vuelta a adulación de Catalina de los peters burgueses, renuevan en él las ínfulas que nuevamente habían decrecido al compás do mi pasividad en los asuntos de Estado. Ahora se consideró, tan importante como In zarina, la engaña abiertamente y llega a contradecirla en pleno Consejo do Estado.

Son sus últimas caitas ante una emperatriz que, a posar de su larga intimidad, evidentemente no conoce si cree que aguantará tales muestras de descaro. Por de pronto se enterará con la rabia subsiguiente que en el lecho de Catalina es sustituido por Vassilchikov, un oficial de 28 años (la zarina tiene ya 43) cuyo paso por el amor imperial os tan rápido apenas unos meses, un regalo y el destino a Moscú= que da la impresión que sólo se realizó para mostrar claramente a Orlov que ya no era el dueño de los sentidos de Catalina. Una vez castigado en su orgullo, el final de su privada será el mismo mejorado— que en otros ornantes jubilados. Viaje al extranjero, gran cantidad de dinero y para asegurar su estabilidad sentimental, el permiso para que case con una sobrina suya que le gustaba.

Es una pena que el astro Orlov desaparezca cuando podía haber tenido otra ocasión de mostrarse en todo su fulgor guerrero. Porque en 1773 estalla la revuelta de Pugachev, la mayor amenaza interior que haya tenido Catalina en todo su reinado.

En su rebelión, como ocurre a menudo, se unen varios elementos. El nacionalismo de un pueblo guerrero, los cosacos que viven en el Ural, el Don y el Dniéper y que no aceptan la llegada de

colonos rusos en el avance geopolítico hacia el sur que ha fijado Ja emperatriz para el futuro; una secta puritana llamada los «viejos creyentes», que se quejaban de la vida frívola de la corle y del hambre propiciada por las malas cosechas y la guerra contra los turcos que obligaba a exacciones continuas del grano. Ese hervor fue aprovechado y canalizado por mi cosaco valiente y audaz llamado Emilio Pugachev, que se presentó a las masas como Pedro III, falsamente dado por muerto por la usurpadora Cacalina y que había logrado huir de la cárcel donde se le tenía encerrado. En un país donde la leyenda estaba siempre tan cerca de la realidad que se confundía con ella, la asombrosa historia fue creída por los centenares de descontentos que tuvieron así una coartada religioso-monárquica para empezar una revolución a la que se unieron después obreros y mineros del Ural. La habilidad táctica de Pugachev y la inferioridad de las tropas de Catalina sujetas por la guerra turca, le lograron al principio victoria tras victoria hasta tomar Nijni-Novgorod y amenazar al mismo Moscú mientras el «zar» llamaba a los siervos de todo el país a rebelarse contra sus dueños. (Fue el primer y único caso de un «zar» revolucionario en la historia de Rusia.)

La heterogeneidad de sus fuerzas, que provocó luchas internas y el fin de la guerra con Turquía, dieron por fin la vuelta a una situación grave. El general Suvorof lanzó contra ellos su caballería y el pánico se apoderó de los rebeldes; en la tradición de tantas revoluciones fracasadas, Pugachev fue traicionado y entregado por sus subalternos; llevado a Moscú en una jaula de hierro, fue ejecutado y descuartizado. Como en el caso de Mirovitch, Catalina II creyó oportuno dar un ejemplo feroz a los que soñaban en levantarse contra el orden establecido.

La revuelta sirvió además para que la zarina se convenciera a sí misma (e intentara convencer al mundo) de que cualquier intento de mejorar la situación de los siervos era suicida para la seguridad del Estado, Por sucesivos ukases los siervos siguieron siendo como animales que se cedían a los grandes señores con las tierras que

cultivaban. También se aprovechó la coyuntura para acabar con las autonomías que quedaban en el sur, rusificando más el imperio.

Curiosamente, los cosacos aceptaron en su mayoría la pérdida de sus derechos regionales a cambio de convertirse en tropas elegidas, las más temidas y leales del zar, al que sirvieron sin desmayo hasta la revolución de 1917.

Primer reparto de Polonia

1772. Siempre hay una razón histórica o política para justificar una acción militar, pero si falla, siempre queda apoderarse de un pedazo de tierra con el clásico argumento de *quid nominor leo'*, el «porque me llamo león», como argumento incontestable. Antes, sin embargo, los Estados ambiciosos intentaban encontrar pretextos jurídicos. Cuando Austria, en 1769, toma la provincia de Zips junto a la frontera, defiende su acción afirmando que en tiempos pasados esa zona había formado parte de la monarquía húngara incorporada después al imperio. «Si eso es lo que hay que hacer…», refunfuña Federico II, y ordena a sus sabios que investiguen en los archivos de Berlín hasta encontrar pruebas que justifiquen las aspiraciones prusianas a tierras polacas. Posiblemente las encontraron como hubieran podido encontrar otras aspiraciones polacas a territorios prusianos. En el confuso rompecabezas que había sido Europa en la edad media y el principio de la moderna, cualquier reclamación de pueblos podía hallar un precedente que la justificase.

En realidad el llamado primer reparto de Polonia se hizo sólo sobre una tercera parte del territorio y casi la mitad de la población.

Rusia consiguió una franja al otro lado de su frontera occidental, Austria se quedó con Galitzia, al nordeste de Hungría, y Prusia obtuvo la llamada Prusia polaca que le permitía unir Prusia oriental con la occidental.

«Hemos actuado a la manera prusiana —confiesa la emperatriz de Austria al oír la frase irónica de Federico II sobre su falta de

escrúpulos— y al mismo tiempo hemos intentado conservar las apariencias de honestidad… Lamentamos la pérdida de nuestra reputación»… que naturalmente aceptó como mal menor.

Y no fue Voltaire el único intelectual francés que aplaudió el desgarro inicuo de Polonia contra la voluntad de sus habitantes. Rousseau, el gran pedagogo del tiempo, también lo aplaude con la asombrosa teoría de que las naciones pequeñas (en este caso reducidas artificialmente de tamaño) son más fáciles de gobernar.

«¿Qué empresa, señores, os ocupa en este momento? La de reformar el gobierno de Polonia; es decir, la de dar a la Constitución de un gran reino la consistencia y el vigor de una pequeña república… No hay sino Dios que pueda gobernar al mundo y serían necesarias facultades más que humanas para gobernar a las grandes naciones. La primera reforma de que tendréis necesidad será la de vuestra extensión… Comenzad por estrechar vuestros límites, si queréis reformar vuestro gobierno. Acaso vuestros vecinos piensan en prestaros este servicio. Sería sin duda un gran mal para las partes desmembradas pero sería un gran bien para el cuerpo de la nación» (*Considerations sur le gouvemement de la Pologne*, pp. 359 y 360).

Suena a cínica la alusión a los amables vecinos ayudando a manejar mejor un territorio. Pienso que la rara unanimidad de los escritores ilustrados franceses contra el ser y la esencia de Polonia, aparte de su admiración beata hacia Catalina II, pueda quizá explicarse por el catolicismo militante de los polacos, algo que debía molestar profundamente a la pléyade de enciclopedistas que habían hecho del odio a la Iglesia de Roma el *écrassez l'infame* volteriano, principal objetivo de su obra.

UN ASTRO LLAMADO POTEMKIN

PARECE que la forma de elegir el favorito se desarrolla por etapas bien definidas. El elegido es invitado por la que las malas lenguas de la corte llaman la «probadora», que dará después cuenta a la emperatriz de las posibilidades físicas del individuo en cuestión. Un médico, tras concienzudo examen, decidirá si esas cualidades positivas no se empañan con las negativas de sufrir alguna enfermedad venérea, y tras ello, recibe el título de «ayuda de campo» de la emperatriz, lo que le permite pasar oficialmente la jomada cerca de ella. Su apartamento está unido al de la zarina por una escalera sólo oficialmente secreta, ya que todos la conocen.

Recibe un regalo de instalación de cien mil rublos y doce mil al mes de sueldo. A cambio de ello no puede salir de palacio sin autorización expresa de la emperatriz ni hablar más que públicamente con las damas de la corte.

Potemkin llega a ese puesto de forma ligeramente distinta. A la emperatriz le había hecho gracia desde el momento en que había estado «en el lugar oportuno en el momento preciso», en junio de 1762, para prestarle el cinturón que faltaba en su improvisado uniforme de oficial de caballería. Aunque estaba presa por entonces del encanto de Orlov, le envió a crearse un nombre en el frente turco recomendándole al general Rumiantsev que, lógicamente, procedió desde entonces a dar cuenta a San Petersburgo de los hechos militares de su subordinado poniendo el mayor énfasis sobre la valentía y la mayor exageración sobre el resultado de sus campañas. Esa predilección había provocado contra él la ira de los

feroces hermanos. Uno de ellos, el almirante Alexis, llega a desafiarle y en el duelo subsiguiente le saca un ojo, lo que no le impidió seguir interesando amorosamente a la zarina.

Las noticias de la caída del favorito Orlov le impulsan a volver a San Petersburgo. La distancia de la frontera a la capital es grande y cuando llega se encuentra con que hay ya otro sustituto de Orlov, Vassilchikov; decide entonces jugar otra carta; se retira desolado a un convento, desde donde juraba en cartas a sus amigos (que no dejarían de comentarlas en la corte para que llegase a oídos de Catalina) que quería ingresar como monje de forma definitiva ya que su amor por «la más bella de las damas» no era correspondido…

Justamente el estilo amoroso que más podía agradar a la zarina; tras la franqueza, rozando a menudo la brutalidad, de Gregori Orlov, esa pasión romántica y delicada era lo que convenía. Por ello Potemkin es llamado a palacio, recibe el tratamiento de favorito y desde el principio demuestra una habilidad muy superior a la de los que le habían precedido en el lecho imperial. Intuyendo que a una mujer *blasé* como era ya Catalina podía cansarle una actitud igual y monótona, Potemkin cambia de personalidad a cada momento. Unas veces se arrodilla a sus pies proclamándola la más bella del universo y otras se enfurruña y no le habla dejando a la zarina inquieta sobre lo que ha podido provocar el enfado.

Pero donde Potemkin muestra su astucia suprema es en la selección de los amantes futuros de Catalina. La inteligencia y la inmoralidad del nuevo ministro se unen para llegar a una conclusión importante. Él no puede ser todo el tiempo el amante de la emperatriz, que necesita gente joven y vigorosa. La forma de evitar que un capricho sexual de Catalina se convierta en su rival político es elegir él mismo al compañero de cama de la zarina, procurando que sea tan hermoso de físico como corto de mente, para que el enamoramiento —llamémoslo así— de la emperatriz termine cuando llegue el día y el atleta sexual tenga que demostrar que además tiene cerebro.

Así es elegido Zavadorski, secretario guapo… y tonto. Potemkin favorece los encuentros íntimos con su dueña y señora

eclipsándose cuando hace falta. Naturalmente al enterarse «oficialmente» de la nueva relación se fingirá dolido, hablando de nuevo de retirarse a un convento… con lo que Catalina le colmará de nuevas atenciones y regalos para evitarlo.

Atenciones y regalos que de ahora en adelante recibirá también de los nuevos candidatos al puesto cuando se enteran de que su suerte se debe a Potemkin. El primero que entrega esa especie de comisión se llama Zoritch, oficial de la guardia que sustituye a Zavadorski cuando la zarina se cansa de su poca inteligencia.

Los cien mil rublos que le regala a Potemkin al ocupar su puesto en los apartamentos del «privado» constituirán un precedente, desde entonces respetado por todos los que le sigan en el cuarto de dormir, cerca de la emperatriz…

…mientras Potemkin sigue, sin interferencias, en el despacho donde se maquinan las altas empresas de política exterior. El objetivo sigue siendo el mismo que en años anteriores: Turquía, a la que hay que doblegar definitivamente a la voluntad rusa, objetivo que Federico II había intentado desviar hacia Finlandia prometiendo a Potemkin ayudarle a tomar Curlandia y dejar que se proclamase duque de ella. Por una vez el ministro tuerto olvidó su ambición personal aconsejando a Catalina II que se uniese a Austria —inveterada enemiga de Prusia— para realizar su campaña contra Turquía. Tras la entrevista en Mohilev con el emperador de Austria José II, quien visitó después Moscú, se prepararon los planes estratégicos conjuntos.

Si los días de la emperatriz estaban llenos de actividad diplomática, eso no entorpecía sus juegos nocturnos. Zoritch había sido sustituido por Rimski-Korsakov, menos dotado en lo físico pero poseedor de una maravillosa voz de tenor; ese mozo no perdió su puesto por el cansancio habitual de Catalina, sino porque ésta le encontró abrazando a la condesa de Bruce, una dama de la corte. En tiempos de Isabel, una ofensa de esa categoría a la autócrata de todas las Rusias hubiera resultado en un castigo cruel a los culpables. Catalina se limitó a desterrar a la débil dama a Moscú, adónde poco después la siguió el despedido tenor.

(Esa compasión imperial permitió que la familia del ex favorito se prolongara normalmente hasta el famoso compositor del mismo nombre.)

Cuando uno adquiere fama de astuto y maquiavélico, todos los acontecimientos, aun los más casuales, se le atribuyen. En la corte se comenta que si Catalina sorprendió a la pareja abrazándose fue porque le llegó un aviso surgido del despacho de Potemkin. ¿Razón? Rimski-Korsakov llevaba demasiado tiempo en el candelera y al ser dueño espiritual —por su voz— de la zarina, podía adquirir mayor influencia en sus decisiones que otros que se limitaban a cumplir con su papel de garañones.

Como el que sustituyó al tenor, un oficial de la guardia —¡qué cuerpo afortunado!— llamado Lauskoi. Tenía veintisiete años (Catalina estaba ya en los cincuenta).

Dado que los monarcas extranjeros quieren y gustan de congraciarse con alguien tan bien situado en palacio, a Potemkin le llueven los títulos de fuera, además de los de dentro. El emperador de Austria, por ejemplo, le nombra príncipe del Sacro Romano Imperio con derecho a adquirir posesiones en aquel país y, lo más insólito, haciendo retroceder la gracia de ese título a tres generaciones de su familia, dotando así a su persona de los mismos honores y prerrogativas que si tres de sus inmediatos predecesores hubieran gozado de ellos. Es probablemente el único caso en que una nobleza nueva se convierte en añeja por decreto real.

Potemkin, envanecido, quiere obtener parecidas dignidades en su patria y solicita —«echa sus líneas sobre», dice gráficamente el diplomático español— el ducado de Curlandia y aun aspira a ser zar de Kazán. Ante tanta ambición, la emperatriz se irrita y muestra su molestia de la forma típica en ella, volviendo a sonreír y a recibir a Orlov, que ya se consideraba defenestrado, y a un tal Sabadowski. «La corte —cotillea Normande el 26 de abril de 1776— está admirada. Orlov y Sabadowski se han unido para repartirse entre sí todo el erario. Disfruta el primero de las pruebas más distinguidas de aprecio y benevolencia; el segundo, sólo de una intimidad secreta

que ya no lo es para nadie en la corte; algunos creen que también la reparte a veces con Orlov.»

La zarabanda, digna de un vodevil francés, duró unos meses y el vencedor asombrosamente resulta Potemkin, que tras estar a punto del destierro total y aun de la prisión, se da cuenta del riesgo que ha corrido y sustituye su vanidad y orgullo por el cálculo y la cautela, lo que le permitirá ser el favorito que retenga más tiempo su título en la vida de Catalina II.

Dejando, como hemos visto, a los demás el cometido de calmar la sensualidad de la emperatriz, él desempeñará los demás papeles del reparto. Será buen estratega político, pero además gracioso, divertido, culto y perfecto compañero para el gabinete de la zarina. Su relación fue tal que incluso corrió el rumor de que se habían casado secretamente porque ella, en su correspondencia con Grimm, le llama «marido» y «esposo» y menciona unos «lazos sacros» que le unían con él.

Dado que no se han encontrado documentos que probaran esa relación, cualquier especulación es posible; este biógrafo, sin embargo, tiene la impresión de que Catalina II era demasiado fría y calculadora para efectuar un enlace que podría tener consecuencias peligrosas para la dinastía rusa. Si no casó con Orlov, un hombre que, además de satisfacer plenamente sus sentidos, era el héroe que la ayudó a subir al trono, parece difícil creer que quince o veinte años después se arriesgara a hacerlo con Potemkin.

En la estrategia imperial rusa hay dos fronteras que deben mantenerse lo más seguras posible: son las del noroeste (Finlandia) y el oeste (Polonia). Una vez conseguido ese objetivo estamos preparados y prontos para lo que Catalina considera su gran deuda pendiente. Es Turquía, ese pueblo salvaje que adora a Mahoma y que está ocupando el solar de la civilización rusa, Constantinopla, convirtiendo impíamente a Santa Sofía, la Iglesia madre, en gran mezquita y sofocando, con la presencia de sus tropas, los derechos de pueblos hermanos como son los principados del Danubio.

Ésas son las razones, por decirlo así, idealistas. Luego hay las que se mencionan poco o casi nada pero que tienen un peso

probablemente igual en las decisiones de la corte de San Petersburgo. Son las estratégicas y comerciales, que piden a gritos una salida del coloso ruso al Mediterráneo, al mar cálido que además de permitir el movimiento de naves de guerra todo el año (el Báltico en Cronstadt se hiela durante varios meses) consigue que las exportaciones rusas puedan alcanzar los puertos de Italia, España o Francia.

Pero ese mar Mediterráneo tiene un candado, el de los Dardanelos, y un carcelero, el gobierno turco, que no permite el paso por el estrecho más que a sus amigos. El nombre de la «Sublime Puerta» o simplemente «Puerta» con que en las cartas diplomáticas del tiempo se alude a Turquía indica a las claras la importancia que el mundo daba a esa posición geopolítica del imperio otomano.

Todos los caminos de una Rusia segura de sus fuerzas, unificada y bien gobernada desde Pedro I parecen indicar la dirección del Sur. Eso lo saben en Constantinopla y observan recelosos cualquier movimiento de tropas de los gobernantes de San Petersburgo, recelo que naturalmente es avivado continuamente por los enemigos europeos de Rusia; pueden ser los prusianos, los austríacos, los ingleses o los franceses, ya que en el siglo XVIII los cambios de alianza están a la orden del día y el aliado de ayer se convierte en el enemigo de hoy; basta que lo decida el monarca del país respectivo, que en general es absoluto y no tiene que dar explicaciones a parlamento alguno de sus filias y fobias.

Llámense como se quiera, los adversarios de Catalina II consideran su primer objetivo en la guerra conseguir que los turcos se unan a ellos amenazando el sur de Rusia y fijando así a miles de soldados que serían temibles en otro frente. Las insinuaciones de los enviados occidentales al Diván o gobierno otomano, caen además en oídos prontos a acogerlas. «Rusia es la enemiga mortal de Turquía», «Rusia tiene dentro de sus fronteras a miles de musulmanes a los que maltrata negándoles el derecho a ejercer su religión», «Rusia quiere despojar a Turquía de sus conquistas en la Europa oriental e incluso asomarse al mar Negro», «Rusia, por fin,

ambiciona nada menos que sustituir la media luna de la mezquita de Constantinopla con la cruz de doble travesaño de los ortodoxos».

Así instigada, Turquía muerde el anzuelo y en diciembre de 1768 declara la guerra al coloso del norte, justamente el paso que Catalina II esperaba. La bien engrasada máquina bélica del ejército ruso se pone en marcha y en 1769, tras la victoria de Rumiantsev en Khotin, ocupa los principados danubianos (Rumania y Bulgaria de hoy, aproximadamente) batiendo en todas partes a las valientes pero menos preparadas tropas turcas, especialmente vulnerables en el sector artillero, de gran tradición en Rusia. Pero la más audaz empresa de esta guerra no se realiza en tierra. En abril de 1769 los enviados extranjeros situados en los países que van desde el Báltico a Gibraltar detectan asombrados el paso de la flota rusa que desde Cronstadt se dirige al Mediterráneo. Esta empresa, para aquellos tiempos difícil desde el punto de vista logístico, impresiona a las cancillerías europeas. Rusia no intenta sólo unas simples ganancias territoriales; Rusia está intentando asomarse definitivamente a un mar que, hasta entonces, todos consideraban tuero de su estero de influencio.

Esta perspectiva se confirmó cuando el 5 de julio del año siguiente, en la rada de Chio, que como toda Grecia es de dominio turco, la flota rusa derrota a la del sultán. Al año siguiente la península de Crimea cae también en manos de Catalina II y Rusia está ya sólidamente asomada al mar Negro, de donde no se moverá hasta el día de hoy. El 30 de mayo de 1772 los turcos piden un armisticio, que les es concedido, pero al año siguiente reanudan la guerra. El 21 de julio de 1774 la paz de Kutchuk-Kainardi les fuerza a aceptar como hecho consumado el triunfo del ejército ruso y la entrega de las tierras ocupadas por él en su ofensiva.

Durante este tiempo hay grandes novedades en la corte. El gran duque Pablo, hijo de Catalina II y de Pedro III, es ya lo bastante mayor para casarse y la primera elegida es otra alemana, Guillermina de Hesse, que como es costumbre cambiará su nombre, para llamarse Natalia. Tendrá un hijo nacido ya muerto y fallecerá ella también poco después.

Como en las novelas, Pablo, que estaba muy enamorado de ella hasta casi enloquecer con su desaparición, encuentra unas cartas que demostraban que le era infiel y deja de guardarle luto. Por otra parte, la razón de Estado exige que nazca otro príncipe y la corte empieza de nuevo la tradicional búsqueda de novia, bien relatada por el enviado español Pedro Normande, que reemplaza al ministro plenipotenciario conde de Lacy, ausente por motivos de salud, y que a juzgar por sus largos y jugosos informes, quiere aprovechar la ausencia de su jefe para hacer méritos.

Su carta cifrada el 21 de mayo de 1776 parece hacernos retroceder en el tiempo; este gran duque que describe es tan parecido al marido de Catalina que casi hace imposible la extendida sospecha de que no fuera su hijo a no ser que se tratase de una coincidencia asombrosa de gustos.

«El viaje del gran duque a Berlín parece enteramente resuelto… Desea vivamente S. A. I. hacer este viaje,

empero que ello disgustará sumamente a la nación, la que aborrece las máximas de gobierno del rey de Prusia y teme que las adopte el gran duque al lado de ese monarca, mayormente habiendo adoptado ya el traje prusiano desde que ha hecho amistad con el príncipe Enrique.»

Se refiere a Hegenbcrg, enviado especial de Federico II. Se repite la historia y el filioprusianismo del heredero al trono, dando sensación del *deja vu*. Se extraña el diplomático español de que a pesar de ello autoricen su ida…

«…se admiran cuantos saben el proyecto del viaje que lo permita la emperatriz por las contingencias que creen pueda correr S. A. entregando el heredero del (roño a un vecino del modo de pensar del rey de Prusia.»

En informe posterior del 28 de mayo, Normande señala que la gran duquesa difunta, además de adúltera, resultó una manirrota a causa del juego, que adoraba. Tras su muerte apareció una deuda de doscientos mil rublos que la emperatriz ordenó se pagase de su peculio personal. El viaje del heredero sigue preocupando en la corte y las distintas facciones que se disputan el favor real

aprovechan el tema para atacarse unos a otros. El grupo de los Orlov, por ejemplo, advierte que «enviar al gran duque a Berlín era entregarlo en manos de un príncipe en cuya elocuencia cabría persuadirle de lo que fuese de su conveniencia». Entre otras cosas la de impulsarle a un golpe de Estado contra su madre. Evidentemente en San Petersburgo consideraban a Federico II capaz de cualquier añagaza o trampa, lo que, hay que reconocer, no estaba muy lejos de la verdad, «…en cuya ambición es posible la idea de anticipar su subida al trono a trueque de unas provincias o de emplear algún medio para privar al imperio de sucesor o de sucesión.»

Los Orlov muestran, con la seguridad con que ofrecen sus consejos, que están de nuevo en alza, lo que presupone, lógicamente, que Potemkin está en baja.

El diplomático español menciona a este propósito las cifras que corren en palacio para el regalo que corresponde a un valido en desgracia y que en esta ocasión son tan altas como alto era el puesto que ocupaba Potemkin. Una casa valorada en cien mil rublos, otra cantidad igual para amueblarla, una vajilla magnífica para sus banquetes y setenta mil rublos anuales de pensión vitalicia.

El príncipe Potemkin empieza a hacer las maletas y los Orlov, ebrios con su triunfo, quieren encarnizarse con el caído pidiendo que se le aleje de la corte para siempre y aun que se le procese porque, al pedir ser nombrado zar de Kazán, había intentado desmembrar el imperio, delito de lesa majestad.

Esta petición fue probablemente un error fatal para su influencia futura en la vida de la emperatriz. Ésta se ofendió al ver que intentaban forzarle la mano en sus decisiones personales y los Orlov salieron de San Petersburgo casi al mismo tiempo que su gran enemigo, que, mucho más astuto, volvió a entrar al poco tiempo.

Entre los comentarios políticos, Normande nos da imágenes del fasto y sentido de la grandeza con que Catalina II realizaba sus actos públicos. En carta del 28 de junio de 1776, el enviado español explica su asistencia, en compañía de los diplomáticos de otras naciones, a la gran revista naval con que la zarina quiere exhibir sus

poderes. En la bahía de Cronstadt, a ocho verstas del palacio de Oranienbaum donde la expedición real había pernoctado, Catalina II a bordo de una falúa movida a remo pasa revista a quince navíos de línea, seis fragatas y un bombardero. Reparte condecoraciones entre los tripulantes más distinguidos en la guerra contra los turcos y además les hace un regalo en efectivo de 375 000 rublos.

Por costumbre, el diez por ciento de esa cantidad le corresponde al almirante de la flota, Alexis Orlov, pero éste, muy en la línea de la personalidad familiar, renuncia a su premio para que engrosé el reparto general. La fiesta naval termina con una cena de gala «en varias mesas de cien cubiertos cada una», anota admirado el diplomático español…

…que un mes después tiene que asegurar que los malos augurios sobre el viaje del gran duque no se han cumplido, lo que demuestra la previsión de la zarina. El heredero llegó a Berlín, conoció y se enamoró de Sofía Dorotea de Wurtemberg y se declara pronto a contraer matrimonio con ella. La boda se celebrará el 28 de setiembre de 1776 y la novia trocará como es costumbre ese nombre, que parece ya habitual entre las prometidas de príncipes rusos, por el de María Feodrovna.

También tocará a Normande describir la brillante ceremonia del matrimonio y la cena que le siguió, con la emperatriz comiendo en el trono; suponemos que querrá decir en la plataforma del trono porque lo hizo en compañía de los grandes duques mientras los centenares de invitados lo hacían en la sala, unos peldaños por debajo. Entre ellos las cuatro primeras clases de la nobleza del imperio —todo está muy precisado en el protocolo ruso.

En los últimos años Rusia se ha abierto a Europa, y como ha sucedido con otros países hasta nuestros días, esa apertura, muy apreciada por los políticos, es también observada con interés por los exportadores, siempre dispuestos a buscar nuevos mercados para sus productos. Ya que España tiene tabaco que le sobra, ¿no habría entre tanto ruso quien lo comprara? Contestando a la gestión que en 1776 hace el ministro de Estado, el enviado español en San Petersburgo responde con un informe que amplía lo puramente

comercial hasta lo sociológico. Efectivamente hay mucha gente aquí pero… «Aunque las populaciones (szc) del dilatado imperio de Rusia asciendan a más de veintidós millones de almas, sólo se puede hablar para cualquier especulación de venta de efectos de lujo o de regalo con el concurso que puede hacer la nobleza de Moscú y San Petersburgo, careciendo lo demás de la nación de las conveniencias que no suministra el suelo de las patrias, usando la masa sólo tabaco del país, aunque es de calidad ínfima; el mejor de hoja no cuesta más que 15 copeks (un rublo equivale a cien) la libra. Las tropas y las gentes rústicas fuman mucho pero, como todos los rusos en general, sólo se sirven de hojas secas de tabaco sin preparación alguna, no costándoles más de dos copeks la libra.» En otras palabras, Rusia no es todavía una sociedad de consumo aparte de una minoría realmente pequeña que, ésa sí, se viste, empolva y perfuma a la moda occidental.

La vida de Catalina sigue siendo metódica, entregada al trabajo y a su país. En un momento de indefensión, raro en ella, describe a su amigo Grimm la fatigosa rutina de su jornada con inteligencia y buena literatura: «En mi posición os hacen leer cuando queréis escribir y hablar cuando queréis leer; reír cuando quisierais llorar. Veinte cosas impiden hacer otras veinte; no tenéis tiempo de pensar y a pesar de ello debéis moveros en todo momento sin sentir cansancio.»

Su corresponsal se entusiasma: «Catalina II es la bienhechora no sólo de sus súbditos sino de todos los pueblos de la tierra a quienes la suerte les ha permitido tener relaciones con ella, aun los más lejanos.»

Otro extranjero, el duque de Broglie, es más imparcial en su retrato: «Cabeza fría, alma inflexible y temperamento fogoso, uniendo la gracia a las costumbres de una cantinera; tan capaz de bromear con Voltaire o discutir con Federico como de guiar sus escuadrones o tomar parte en las orgías de sus cosacos.»

Ahí el duque se dejó arrastrar por la tentación de usar literariamente de las contradicciones; Catalina II no era mujer de

«orgías de cosacos»; para empezar, no bebía más que medio vaso de vino en las comidas y desde su matrimonio había aborrecido las fiestas colectivas que encantaban al gran duque. Su vida sexual era tan metódica como su trabajo; es verdad que los amantes entraban continuamente en su dormitorio, pero lo hacían uno a uno.

Lo que sí había cambiado, sin embargo, en su jornada era el ambiente familiar; con su hijo Pablo no pudo tener jamás una relación afectuosa y sabía que era correspondida con su antipatía. Aunque un poco más maduro psicológicamente, tenía demasiadas características de su padre oficial, el zar Pedro, incluido el amor a Prusia y la animosidad hacia Catalina.

Por sus espías sabía que en más de una ocasión había jurado vengar aquella muerte, destronándola y mandándola a un convento según el viejo proyecto de Pedro III. Pero Catalina conocía también que era fundamentalmente cobarde —otra *característica heredada* — y que esa hostilidad se le iba en bravatas. Lo importante era que se mantuviese la continuidad de la dinastía, y en eso Pablo y María se habían portado bien. Catalina II había encontrado en Alejandro y Constantino los hijos que no conoció como madre En su apretada jornada de trabajo encontraba siempre unas horas para jugar con sus nietos y vigilar estrechamente sus estudios, trayendo del extranjero los mejores preceptores que se podían encontrar. En su correspondencia con Grimm llega a la pesadez de todas las abuelas, contando lo gracioso e inteligente que es Alejandro, el mayor de los hermanos, con quien comparte varias horas al día.

En cuanto a su propio hijo tenido con Orlov y que recibió el título de conde Brobinski aparece también en sus cartas al amigo alemán pero sólo para escandalizarse de las deudas en que incurre durante su «tanda en París, a pesar de las grandes cantidades de que dispone. Acabará ordenándole que vuelva a Rusia para ser vigilado estrechamente. La verdad es que la fortuna que acompañó a Catalina toda su vida dejó de hacerlo en el caso de sus hijos.

Otras veces esa vida metódica sufre un sobresalto…

El siglo XVIII es el siglo de los grandes aventureros internacionales. Las comunicaciones son ya buenas entre los

distintos Estados desde el punto de vista material y espiritual: la carta de recomendación de un noble romano puede ayudar a su portador para que se le abran las puertas y a veces las arcas de otro noble berlinés o londinense. Cagliostro no es más que el ejemplo más famoso de las muchas personas que utilizaron disfraces distintos y una gran soltura verbal para engañar a diversas personalidades y sacar beneficios.

Esa fórmula de ampararse en nombres ajenos era más fácil de desarrollar cuando, como en el caso de Rusia, muchos acontecimientos se realizaban bajo el manto del secreto y la gente no acababa de estar segura de sí un Pedro III o un Iván IV habían muerto de verdad o esperaban en una sombría cárcel a que alguien les liberara.

La historia auténtica resulta allí tan complicada y misteriosa que la leyenda la sustituirá fácilmente. Había ocurrido con Pugachev y se repitió con la aventurera que apareció en los mejores palacios de Europa hacia 1774 asegurando ser la princesa Isabel, hija de la emperatriz Isabel y de Razumovski y por tanto heredera directa al trono de Rusia, por encima y con mayor derecho que Catalina. Amante de varios señores importantes, con evidente capacidad de intriga pudo desarrollar una eficaz propaganda en apoyo de sus pretensiones. Envanecida con sus primeros éxitos —siempre hay enemigos de un jefe de Estado dispuestos a ayudar a su deposición —, intentó ganarse al almirante de la flota rusa Alexis Orlov, imaginando quizá que la caída del favor imperial de Gregori podía inclinar a su hermano a apoyar su causa. Contra sus esperanzas, Alexis informó a la emperatriz de las propuestas recibidas y ésta contestó irritada que, sin pararse en barras diplomáticas, procurara secuestrarla, enviándola a Rusia. «Si sigue en Ragusa (la Dubrovnik de hoy) —escribe Catalina— os autorizo a enviar allí uno o varios navíos y exigir la entrega de esa criatura que presume impúdicamente de un nombre usurpado. Si las autoridades locales no obedecen os permito que les amenacéis e incluso que, si es necesario, lancéis algunas bombas sobre la ciudad. Naturalmente, si es posible apoderarse de ella sin escándalo, me alegraría.»

La violencia de la orden, quizá excesiva, contra una persona que al parecer no contaba más que con su imaginación para vencer en su lucha desigual, se debía a que Catalina sospechaba que se trataba de un agente del gobierno turco que aprovechaba cualquier medio para provocar problemas en San Petersburgo. Orlov no necesitó llegar tan lejos. Tras ganarse la amistad de la falsa Isabel con el pago de sus numerosas deudas, la visitó en Pisa donde residía declarándose su enamorado y partidario hasta conseguir que aceptara la invitación a visitar la escuadra rusa anclada ante Livorno.

La falsaria aceptó encantada lo que creía primer paso hacia su destino imperial y fue arrestada y detenida al entrar en el barco, que se dirigió inmediatamente a San Petersburgo. Por tres veces intentó arrojarse al mar y por tres veces fracasó en su intento.

Presa en una fortaleza, fue largamente interrogada para saber si efectivamente había alguna potencia extranjera apoyando sus aspiraciones pero no se encontró más que la ambición desmesurada de una aventurera con cierta capacidad de seducción, pero en el fondo poco preparada para el gran papel que intentaba desempeñar. Murió a los pocos meses de su detención, al parecer por causas naturales; una pulmonía debido al duro clima de San Petersburgo acabó con ella en diciembre de 1775.

EL BRAZO MILITAR Y EL ECONÓMICO

El brazo militar

DEBEMOS al diplomático español marqués de Almodóvar una detallada descripción del ejército ruso en 1761, el último año del reinado de la emperatriz Isabel. Los grados más altos son los de mariscal, general en jefe, teniente general, general mayor y brigadier.

Los que pertenecen a esas cinco clases son los únicos invitados permanentes en las cenas de palacio con derecho a asiento en la mesa. El hombre más distinguido, aunque sea príncipe, conde o barón, como no sirva en el ejército en una de las cinco clases o tenga empleo civil de su graduación no forma parte de estos convites.

Hay que aclarar que esos casos eran pocos porque desde Pedro el Grande los nobles tenían que inscribirse forzosamente a los siete años en el ejército, inscripción que a los dieciséis se convertía en servicio militar obligatorio como oficial. Y era difícil que, ya maduro, no llegase a cualquiera de los grados señalados.

La idea de Pedro el Grande era dar a los aristócratas un alto nivel de privilegios militares exigiéndoles a cambio que actuasen como agentes del zar en el reclutamiento. Almodóvar describe así la

leva de su tiempo: «Cuando la emperatriz necesita reclutas le basta comunicar a los nobles propietarios de tierras que envíen un hombre (o medio o un tercio) por cada ciento de sus siervos, y como éstos están empadronados desde el nacimiento, al señor le es fácil enviárselos. El esclavo (Almodóvar lo llama así, con cierta lógica, en lugar de siervo) que sale para soldado queda en el servicio para toda la vida y si obtiene su licencia por accidente queda libre de su antiguo amo dependiendo sólo de la corona; lo mismo les sucede a sus hijos.»

Almodóvar pasa revista a los distintos cuerpos especiales del ejército. Los capellanes (castrenses) «son generalmente unos ignorantes borrachos». «Ningún hombre *de forma (sic)* es capellán; hasta los obispos en Rusia son de ese estado común.» Lo que podría explicar la identificación de la Iglesia ortodoxa con la masa que comparte sus mismos gustos y vulgaridad. En la Europa occidental, incluida la España de la época, el alto clero, a menudo procedente de la aristocracia, es refinado y culto mientras el cura seguía ignorante y anticuado. Eso explica que en la lucha entre las dos Españas hubiera obispos a favor de las Cortes de Cádiz y aun de José 1, mientras los frailes y párrocos eran casi todos absolutistas y muchos, además, guerrilleros.

La transformación social rusa que se había iniciado sólo unos años antes se nota también en el ejército, donde los cirujanos son todavía extranjeros; su misión, además de curar, era enseñar a los barberos militares el arte de sangrar, que en aquel tiempo era el «curalotodo» de la incipiente cirugía.

Almodóvar describe a los regimientos de la guardia elegidos entre los reclutas de más talla «que eran, generalmente, también los más obtusos». El hecho de que ayudaran a Isabel a proclamarse emperatriz hace que sean bien tratados por ésta. (Lo mismo y por idénticas razones sucederá con Catalina.)

Lo peor era la administración, muchas veces en manos de incompetentes o corruptos, lo que facilitaba el robo cuando los soldados se exasperaban. El castigo por esos delitos era feroz, desde el uso del *knut* hasta el corte de orejas y nariz del culpable.

Pero lo que más impresiona al enviado español es la artillería. Debido a las minas de hierro y cobre que poseen y a la previsión de Pedro el Grande, que llevó a Rusia técnicos para su construcción, los cañones rusos son de una gran clase. Almodóvar describe los obuses de Suwalof capaces de disparar «indiferente* mente» bombas «a raso» de metal, balas gruesas y bala menuda y metralla. Los rusos saben lo que tienen y rehúsan ensenárselos al diplomático extranjero, aunque éste les recuerde que habiendo caído varios en manos de los austríacos durante la guerra anterior, su composición ya no es ningún secreto. «Manden a buscarlos a Viena», es la solución que da Almodóvar ante su único fallo en el informe completísimo sobre las fuerzas armadas rusas que se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid.

(El cuidado por la artillería rusa no se abandonó jamás. Napoleón, que procedía de la misma arma, se maravilló y preocupó al verla actuar contra sus tropas y la tradición se mantuvo hasta la segunda guerra mundial con los «órganos Stalin», llamados así por la semejanza con los tubos del instrumento eclesiástico y que fueron el terror de las fuerzas de Hitler.)

La militarización es un hecho en todas las capas de la sociedad.

«Todos los cargos de Rusia —asegura Casanova— están asimilados al rango militar, lo que bastaría para juzgar la clase de gobierno que tiene.»

El cochero primero de S. M. I. tiene la categoría de coronel, así como el jefe de su cocina; en rigor, el rango está unido al dinero que se gana y por eso el pintor de la corte, Torelli, no llegaba más que a capitán porque cobraba 800 rublos anuales mientras el cochero recibe 3 000. Cuando Casanova intenta atravesar una puerta de los apartamentos privados de la emperatriz el centinela le pregunta cuál es su grado militar. El italiano duda, pero un oficial interviene preguntándole qué renta tiene al año. «Unos tres mil rublos», aventura Casanova, y al oír la suma el oficial le confiere inmediatamente el empleo de general y le deja pasar.

El brazo económico

La riqueza nacional no deja de aumentar durante el reinado de Catalina II, pasando de diecisiete millones de rublos a setenta y ocho millones (aunque devaluados) en el año de su muerte.

¿De dónde procede ese dinero? ¿Quién llena las arcas del Tesoro? El primer capítulo es el impuesto personal y del que escapaban pocos súbditos del imperio porque, como dijimos, el señor se hacía garante de lo que pagaba cada uno de sus siervos, formando una tupida y eficaz red de recaudación. Seguían en cuantía decreciente los derechos aduaneros sobre importación, las entradas producidas por los monopolios gubernamentales de la sal y el alcohol, los derechos del timbre y los que gravaban las minas y… las iglesias rurales. Había entre las tasas una curiosa: la que permitía al pagador llevar barba. Ese impuesto había sido la alternativa que la zarina encontró para castigar de alguna manera a quienes usaban de un apéndice piloso que le desagradaba por antiestético y por antiguo.

Pedro I, en su afán europeo, había intentado afeitar a todos los mujiks pero se encontró con una inesperada resistencia que se apoyaba tanto en la costumbre como en la tradición religiosa. Para el campesino acostumbrado al Dios barbudo de los iconos, despojarle de la barba equivalía a alejar su rostro de la imagen de Dios, es decir, a condenarle, creencia grata a la Iglesia ortodoxa que obliga a cualquier pope a dejársela. A pesar de su conocida obstinación, Pedro I tuvo que renunciar a modernizar el aspecto de sus súbditos campesinos (en la ciudad, y especialmente en la corte, las caras aparecían limpias de vello) y Catalina II, por su parte, buscó en el curioso impuesto una fórmula de obtener dinero por una costumbre que detestaba.

Por esos varios caminos afluye constantemente el dinero de la inmensa Rusia pero los gastos seguían siendo muy superiores a unos ingresos que llegaban disminuidos por una corrupción que la distancia favorecía al hacer difícil la inspección in situ de las cuentas de los agentes imperiales, por la increíble largueza de una corte que

vivía en una atmósfera de «las mil y una noches» y especialmente por los gastos militares que la constante política de expansión obligaba a realizar. Se calcula que en el ejército había doscientos mil hombres tirando de los recursos nacionales y la situación obligó a la zarina a endeudarse con banqueros italianos y holandeses por un total de 130 millones de rublos, mientras la emisión interior de papel moneda no cesaba.

Esa situación económica debería haber producido un «crack» financiero interior de incalculables consecuencias al no tener cobertura real el billete que circulaba, pero esa consecuencia lógica fallaba en un país que no se distinguía precisamente por su racionalismo. Ya conté el asombro de los economistas extranjeros al comprobar que la confianza de los rusos en su «madre— cita» era la más sólida garantía de sus disposiciones, incluyendo las monetarias.

Por ello, dentro del imperio se mantenía la paridad entre el rublo-billete y el rublo-oro mientras que en el extranjero, donde la fascinación por la emperatriz no tenía valor crematístico, el rublo en billete valía la mitad del rublo moneda de oro.

El «dinero» de la emperatriz estaba también en una industria que se desarrolla siguiendo la pauta marcada a gran escala por Pedro el Grande.

La sociedad va cambiando. La imagen del noble viviendo en la ociosidad mientras sus siervos trabajan sus tierras sigue vigente, pero a su lado va surgiendo la del noble doblado de empresario y fabricante o asociado con él; la mano de obra sigue siendo la misma, a precio bajísimo, pero, aun sin pretender la mayor producción, distribuye riqueza y eleva el nivel de vida.

Empieza a aparecer, tímidamente, el plebeyo rico, el que no procede de la aristocracia pero quiere mostrarse a su altura de forma pública. Si las fiestas de los nobles rusos son siempre motivo de informes de los enviados españoles que no dejan de asombrarse por el derroche que se usa en ellas, en noviembre de 1778 por vez primera se describe la dada al pueblo por un comerciante: «Uno de los asentistas del aguardiente llamado Luganoff, que ha ganado con

su asiento con la corona cerca de dos millones de rublos en cuatro años de tiempo, dio antes de ayer una “Cucaña” al pueblo consistiendo en todo género de bebidas y alimentos y en varias mercaderías de valor, en cuya fiesta ha expendido dicho sujeto unos cuarenta mil rublos.»

Las ciudades ven crecer su demografía. La población urbana, mínima al principio de siglo, se ha multiplicado por cuatro cuando muere Catalina. Con todas sus limitaciones —pocas máquinas, restricciones humanas o políticas, actitud contraría del clero—, Rusia se va levantando del sopor de siglos y da pasos vacilantes hacia el futuro industrial.

Y el mundo que la observa comenta también su mejora mercantil. Cuando Catalina II subió al poder, el comercio exterior se calculaba en veintiún millones de rublos; cuando murió, en 1796, eran noventa y seis millones, descontando la devaluación exterior de la moneda.

RIGODÓN DE ALIANZAS

EN POLÍTICA internacional, la propaganda en el siglo XVIII es continua. Los estados europeos utilizan como siempre la fuerza militar como razón última pero ahora intentan justificarla con abundancia de datos jurídicos que, lógicamente, sólo convencen a sus súbditos y aliados; con motivo de las aspiraciones bávaras de Austria, y en francés, lengua internacional de la diplomacia, Federico II hace circular un *Exposé des motifs que ont engage Sa Majesté le Roí de Prusse a s'opposer au demembrement de la Baviere. Juillet, 1778.*

En el folleto de veintiocho páginas bellamente impreso, Federico II expondrá que «no podía mirar ese desmembramiento más que como diametralmente opuesto a la justicia, a los derechos reconocidos del feudo de Baviera, a la seguridad, a la libertad y a toda la Constitución del imperio germánico». Naturalmente, y como es usual en esa clase de documentos, advierte que él ha intentado amistosamente convencer a sus majestades imperiales y reales (imperio de Austria, reino de Hungría y Bohemia) de que se abstuvieran de acto tan poco justificado. Pero al fracasar en sus advertencias «está seguro de que los estados y potencias germánicos, reconocerán la justicia de la guerra que S. M. está obligado a iniciar». Al parecer, si se observan las contiendas de la época, ninguna ha sido declarada por gusto.

Catalina, esta vez está de acuerdo con Federico II.

Par ella, según la «Representación» que hace pública, el problema estriba en que esa campana austriaca provoca «una

sacudida violenta para todos los Estados vecinos, un desarreglo del orden y del equilibrio para toda Europa y de ahí un peligro posible para el Imperio de Rusia».

Si no le hacen caso, advierte, «deberá tornar en justa y seria consideración lo que conviene a los inicios de su imperio y a los de los príncipes, sus amigos, que han reclamado su apoyo y sobre todo a sus obligaciones respecto a un aliado» (5-X-I778).

Los cambios de alianza, los bruscos traslados de frente de batalla entre las potencias europeas, están implícitos en el informe del embajador español del 13 de octubre de 1778.

Se está tratando de la sucesión de Baviera y «esta soberana», es decir, Catalina II, se ofrece a emplear sus buenos oficios para lograr la paz entre Austria y Prusia. Para ello se despacha un emisario, el príncipe Repnin, para que vaya a Berlín a hablar a Federico II. Pero… «el cambio de un sujeto tan caracterizado como es el príncipe Repnin y que debe mandar las tropas rusas en caso de haber operaciones contra la corte de Austria, puede dejar la duda si es el objeto de su viaje irse a concertar con el rey de Prusia para la paz o para la guerra».

La fuerza del favorito es tal que los ministros responsables de la política exterior quedan en situación desairada cuando un Potemkin, movido a su vez por las promesas prusianas, convence a la zarina a cambiar de aliado.

«La explicación entre los condes de Panin y de Kaanwitz (embajador de Austria) ha sido muy vivaz y picante por parte del último… dando a entender que estaba persuadido de que en adelante no daría crédito fácilmente su corte a lo que dijese este ministerio… Estas disposiciones inesperadas más parecen efecto de intriga del rey de Prusia y de la parcialidad que hay para el que no de la reflexión, El conde de Panin dice que no ha hecho más que adherirse y ejecutar; y efectivamente es sólo el príncipe Potemkin quien ha determinado a la emperatriz a tomar esta resolución. Se dice que el rey de Prusia le ha ofrecido, para no verle cooperar, que se le dé el ducado de Curlandia, A los demás ministros no se ha consultado.

El 22 de diciembre de 1778 el enviado español en San Petersburgo da cuenta de las muchas posibilidades que tiene el príncipe Potemkin de obtener el ducado de Curlandia; para ello hay que facilitar la abdicación del duque de Miren, odiado por la nobleza de su país, dándole una sustanciosa pensión. Y añade algo revelador de la fuerza de Potemkin: «Todos en la corte, hasta los grandes duques, están persuadidos que de un modo u otro se logrará el intento del valido a quien esta soberana nada puede rehusar, no siendo compatible con el genio de S. M. el quitarle sus empleos y siendo con ellos temido de S. M. misma y de la nación.» «Dos casas de comercio de nuestra nación se han establecido en esta ciudad»…

El embajador español en San Petersburgo da cuenta en 1778 de la importante cabeza de puente comercial que sus compatriotas intentan establecer en aquella capital de acuerdo con los deseos expresados por el rey Carlos III. Como ocurre a menudo con los españoles, la idea inicial es buena y el resultado malo debido a los defectos propios y singulares de la falta de cooperación. Efectivamente…

«…la desavenencia sobrevino entre los dos socios de la una y el defecto de buena concordancia de sus operaciones la han reducido a una total inactividad pues, aunque es muy distinto de tener la provisión de marina por asiento o por comisión (siendo el primer modo sujeto a contingencias y el segundo seguro en todas sus partes), aunque sólo de un beneficio limitado, no dudo hubiera podido prosperar la casa de (ilegible) y Soto con el asiento si hubiese tenido más conocimiento del país y algún tiento mayor en sus empresas.»

Afortunadamente, ese mismo individualismo tiene a veces efectos positivos. Hay quien sigue solo en la brecha…

«La otra casa nuestra, en medio de que no ha experimentado contratiempo y que conoce ahora el modo de manejar el comercio en Rusia está en vísperas de retirarse por resolución tomada de sus principales de Barcelona; pero el sujeto que la rige, don Antonio Colombí, alentado con los estímulos que ha hecho esperar la

clemencia de S. M. a sus casas de comercio en este país, está resuelto a quedarse por su cuenta mediante el favor de que le asegure la casa de Milans y principalmente con la esperanza de que en caso de no hacerse por medio de asentistas las provisiones de los reales arsenales se servirá dispensarle sus comisiones el ministro del rey.»

Se hizo más. Ese audaz catalán fue designado más tarde cónsul de España en toda Rusia, lo que le permitía una protección legal en el trabajo; aparte de ello, y según los informes suyos que se guardan en el Archivo Histórico Nacional, cumplió su misión diplomática con eficaz atención.

EL SUEÑO TURCO

TODOS los actos de imperialismo que en el mundo han sido se acostumbran a disfrazar con móviles altruistas o espirituales. Catalina II no piensa en apoderarse de tierras ajenas, sólo aspira a extender el cristianismo.

«Tengo especie —comunica el enviado español con curiosa expresión— de que se está haciendo aquí un manifiesto para comunicarlo a todas las cortes de Europa sobre la necesidad de libertar a los griegos del poder de los infieles, pretextando que varios de esos pueblos lo solicitan de la Rusia. Todavía esto pide confirmación y sólo puedo asegurar a V. E. que se ha grabado una medalla, sin fecha de la anunciada, que representa la toma de Constantinopla mediante la fe cristiana que se ve en ella en una nube, vibrando rayos y con éstos desviando las medias lunas de las torres bizantinas; del otro lado mera [¿sola?] la efigie de Catalina Segunda y su nombre.»

Sí, Grecia está continuamente en la imaginación de Catalina II. De Grecia procede la religión ortodoxa, de la que ella es jefe temporal, y la liberación de esa península es uno de los motivos, «oficiales» al menos, que la animan en su lucha contra el imperio otomano. Es significativo en ese aspecto que con los innumerables problemas que le acosan tenga tiempo y ganas de recomendar al rey español, con tacto para que no parezca intervención descarada, a una familia griega de Menorca que le pidió protección ante una persecución judicial. «Se llaman —dice Normande a su ministro— Alexiano y están establecidos en Mahón. Habiéndome entregado

Osterman [ministro de Asuntos Exteriores ruso] un extracto de la carta que ha recibido de estos individuos… se ha explicado conmigo en los términos más propios a dar a conocer que su ama augusta no procede en esto si no es por confiar en la amistad del rey y aguardar puramente de ella que se modifique [había escrito «mitigue» y lo tachó quizá porque la voz presuponía una dureza excesiva] el rigor de las leyes y de la justicia en favor de los recomendados.»

A principios de 1782 Rusia mantiene su posición vigilante sobre el Sur; el comercio internacional se intensifica y protege con fuerzas militares a los barcos rusos para convencer con su sola presencia a los nativos —aquí son los persas— de que les conviene el trato, informa el marqués de la Torre.

«Parece que los armamentos de esta potencia en la primavera próxima se reducirán a unos diez navíos de línea y fragatas como en los años anteriores y para el mismo objeto pero que ha salido de Astracán una expedición de doce velas para reconocer el mar Caspio y asegurar el comercio de la Rusia y Persia con establecimientos en las costas, entre otras con un fuerte en lo más remoto de ellas.»

Unos días después el ministro español informa de la recepción en palacio con motivo del Año Nuevo ruso (12 de enero occidental) con baile de máscaras incluido. La zarina anuncia con ese motivo una disminución del impuesto sobre la sal que curiosamente va destinado a la caja particular de S. M. L; y también comunica el buen éxito de la expedición al mar Caspio que pone fundamentos para el comercio, además de Persia, con la India y el Tíbet.

Cuesta dejar los cargos y los títulos. Ha llegado el fin de la carrera del conde Panin que, según carta de Pedro Normande a Floridablanca, no lo acepta gustosamente.

«El señor conde de Panin se está en su casa, siempre obsequiado y venerado de la nación, pero apartado de todos los negocios aunque sin querer hacer dejación del título y sueldo que sólo conserva diciendo que quiere quedar en la corte como

monumento de la ingratitud de ella y que no quiere dar el gusto a sus enemigos de dejarles el puesto vacante.

»En la realidad —apunta Normande— su esperanza es que llegando un día a reinar el señor gran duque, gobernará otra vez con más autoridad que no ha hecho antes alucinándose sobre su edad y achaques.»

Realmente alucinaba, como se dice modernamente, el diplomático español porque la carta mencionada es de marzo de 1782 y Catalina II sólo dejó el puesto a su hijo en 1796, mucho después de la muerte del conde Panin.

Unos días más tarde Normande se refiere a la situación de Potemkin «trabajando por cuantos medios tiene la intriga», lo que no es mala definición de la actividad incesante del famoso tuerto para destruir el influjo de sus enemigos políticos. Interesante es el retrato que Normande hace del favorito de turno:

«El que en el día [precisión cronológica necesaria dadas las costumbres de Catalina II] es el señor Lanskoy, colmado de bienes y alhajas (se extiende la expresión a muebles, cuadros y alfombras), con una pensión extraordinaria de 20000 rublos al mes. Es de genio apocado, muy tranquilo y que se mantiene más tiempo que no han hecho los demás, pues aunque ha habido mudanzas universales desde que está en su puesto y que ya hace tiempo que se le creyó despedido, luego ha vuelto y piensan algunos que la reflexión y otras circunstancias moverán finalmente a que no tenga sucesor conocido ni con la ostentación que hacía antes.»

Lo cual demuestra una cierta ingenuidad en el buen profesional que era Normande. Catalina II seguirá eligiendo y enalteciendo varias veces más a sus validos sin importarle la opinión casera ni la internacional.

Aunque procure guardar las formas cuando le conviene.

Del 7 de marzo de 1782 es la comunicación que prueba la doblez típica de Catalina II. El ministro polaco en San Petersburgo se dirige a Osterman para preguntarle qué hay de cierto en los rumores de un nuevo reparto de Polonia. El rey de Prusia y el

emperador de Austria le habían dado garantía de que esto no sucedería, pero deseaba que la zarina le tranquilizara igualmente.

«El vicecanciller, habiendo dado cuenta a la emperatriz, su ama, de este oficio que fue verbal, respondió luego al ministro polaco que S. M. no sabía de dónde podría haber salido el pensamiento del tratado de reparto expresado y que aseguraba de nuevo al rey y a la república (de Polonia) que S. M. I. no tenía pretensión ulterior alguna sobre los dominios de la Polonia.»

Podía haber añadido «por ahora» y hubiera sido más sincera, es decir, menos dotada para jefe de Estado.

El 20 de octubre de 1783, un informe cifrado de Miguel de Azanza refiere la llegada del marqués de Verac con detalles de la listeza y sentido del humor de Federico de Prusia, enemistado con Potemkin, del que cita su pasión por una joven pariente.

«Se ha informado el rey de Prusia del estado actual y recursos de la Rusia para una guerra interior y para una guerra exterior. Ha afectado, como hace siempre, de equivocar el nombre de Potemkin. Se ha dicho que la enfermedad de este privado debe llamarse “mal de sobrina”.»

En marzo de 1785 Catalina II da otra muestra de la típica duplicidad con que se enfrenta a los problemas; aquí se trata de los sociales, especialmente en lo que se refiere a los siervos. Éstos siguen sujetos a la tierra, obligados a su señor, pero ¿por qué mantener fórmulas que marquen su situación de forma tan brutal?

Así decreta la emperatriz «que en adelante ninguno de sus vasallos se llame esclavo; que en lugar de empezar sus súplicas con el encabezamiento de este nombre y con la expresión de postrado con el rostro en el suelo, lo que no sólo se ponía en escrito, sino que también se practicaba por hábito al presentarse ante su señor, adopten una forma distinta que se le señala y que corresponde a lo que se usa regularmente en los demás estados libres de Europa».

Dicho de otra manera: el señor seguirá vendiendo al siervo cuando le plazca, enajenar la tierra en la que trabaja y podrá castigarle con el *knut*, pero eso no se reflejará en la postura física o epistolar del de abajo cuando se dirija al de arriba. Era una de esas disposiciones que sólo podía engañar a quienes estaban deseando que Catalina II fuera realmente así: sus admiradores, los «ilustrados» de Francia…

…O de España porque el mismo enviado de nuestra corte prosigue en su informe elogiando las reformas administrativas de la zarina y su campaña cultural para la que importó del extranjero numerosos maestros. Menciona también su proyecto de crear tres universidades nuevas en su imperio (aparte de la de Moscú) para que haya cátedras de todas las ramas de ciencia excepto teología (reservada a los seminarios eclesiásticos), incluyendo la ciencia médica que nunca se ha enseñado en Moscú, «siendo todos los médicos que hay en este imperio de graduación extranjera».

La construcción en madera de las casas de San Petersburgo facilitaba la propagación de los incendios como el que llenó de luto aquella ciudad el año 1782. Normande da un detallado informe: «Habiendo consumido todas las tiendas de los mercaderes en detalle de víveres, muebles vestuarios y utensilios que según costumbre arábica (*sic*) se hallaban reunidos en un mismo cuadro en el centro de la capital y por lo reciente que es la fundación de ella todavía eran de madera las más. De todo este inmenso y rico mercado sólo se han salvado unas cincuenta tiendas de madera… y un triángulo nuevo de otras de cal y canto pues a lo reseco de las primeras se añadía el estar llenas de lo que puede dar más incremento al fuego.»

Entre las materias combustibles figuraba nada menos que la pólvora. Los ganaderos que intentaban apagar el incendio al percatarse de su presencia la denunciaron asustados a gritos y esto provocó una estampida de la que pudo ser víctima la misma zarina, que presenciaba los trabajos de extinción.

«Felizmente su ayudante general, príncipe de Repnin, que estaba al lado de S. M., consiguió romper el torrente con el bastón y sacar del riesgo salva a su soberana, la que cediendo luego a los ruegos de sus generales, se puso en coche para volver a Zarscocelo.»

Tras informar de la cantidad de gente muerta en el siniestro y las casas particulares también destruidas, el diplomático español advierte que todavía fue peor el incendio de dos años antes en unos almacenes de cáñamo, cebo y tabaco.

Y hablando de comercio, al señor Colombí, que sin pedirlo se ha convertido en el agregado comercial oficioso de la misión española, remite el marqués de la Torre a unos alicantinos que a fines de 1782 le piden les ayude en su exportación posible de aguardiente, vinos de mesa, azafrán, almendra, regalicia (¿regaliz?), paños de Alcoy, ropas de seda, cubiertas de cama, aceite de olivas y jabón de Loja «tan bueno o mejor que el de Marsella», alegan orgullosos. Como buenos comerciantes, advierten que si el enviado español «gustase para su mesa de algunos frutos o licores, con el mayor gusto los remitiremos a V. E.»

La protección a unos comerciantes profesionales se convierte en otra carta en el palmetazo a un cura que intenta servir a Dios y al diablo.

Catalina II predica la tolerancia religiosa en sus tierras, ha aceptado a los jesuitas expulsados de varios países y los católicos de su capital tienen incluso sus sacerdotes nombrados por el arzobispo de Mohilov; el capellán elegido para cuidar de la colonia católica de San Petersburgo, fray Joaquín de San Ildefonso, pide al marqués de la Torre una ayuda económica para el viaje. El ministro se lo promete y aprovecha para darle después una lección y una advertencia: «…He visto con disgusto que en la carta que V. M. dirige a don Pedro Normande, secretario del Ministerio, le habla de que sabe hacer chocolate y tabaco como unos medios de que podrá servirse aquí para juntar dinero. Yo espero que V. M. olvide estas habilidades poco propias de su ministerio y venga determinado a dedicarse todo al servicio de la Iglesia y a la edificación de los fieles

con el celo que es necesario en todas partes y principalmente donde hay diferentes religiones, a favor o en contra de las cuales saca el pueblo consecuencias de la conducta de sus ministros; y espero también que sabrá manejarse de una manera que haga honor a su estado y a su nación; en cuyo caso debe V. M. contar con que procuraré servirle en cuanto pueda.»

POTEMKIN, ESTRATEGA, ESTADISTA Y CELESTINO

ENTRE otros medios, y antes de incorporar una zona a sus territorios, los imperialistas acostumbran realizar una maniobra intermedia que consiste en apoyarse en fieles títeres que aceptan el patrocinio de la gran potencia para seguir ostentando un título vacío. Éste es el caso del kan de Crimea, según comunica el marqués de la Torre el 6 de diciembre de 1782.

«Ha llegado antes de ayer de Crimea el general Samoikoff, que entró en aquella península mandando el cuerpo ruso que acompañaba al depuesto Sahin Gueray y según he podido saber trae la noticia de quedar restablecido aquel príncipe en su dignidad sin que los tártaros hayan hecho oposición; antes bien que el kan intruso o elegido por la nación, luego que supo que Sahin Gueray se acercaba, le escribió una carta diciéndole que él dejaba al gobierno y que le dejaba en plena libertad de ejercerlo.

«Sin embargo de este eficaz suceso, siguen los preparativos de guerra y van marchando divisiones de artillería desde esta capital hacia aquella península pudiendo ser que todos estos movimientos sean una pura precaución a fin de que los tártaros no hallen apoyo extranjero para evadirse otra vez de la obediencia de Sahin Gueray.»

La guerra contra Turquía, siempre popular en Rusia, llegó a animar incluso al gran duque, poco conocido hasta entonces por su amor a las empresas que animaba su madre y que él encontraba

siempre inoportunas o estériles. En esta circunstancia, sin embargo, se consideró llamado a la lucha contra la Media Luna y así se lo hizo saber a la zarina, que, lógicamente, consultó con Potemkin sobre el voluntario que quería luchar a sus órdenes. El ministro se aterró ante la posibilidad de que un carácter tan difícil y orgulloso estuviese en sus campañas con todos los inconvenientes: demasiado importante para ser tratado como un soldado y demasiado inepto para que pudiera mandar. Por ello Potemkin escribe a la «madrecita» suplicándole que quite a su hijo esa idea de la cabeza. Catalina lo intenta, Pablo insiste y por fin la zarina encuentra el pretexto para negarle su capricho: el embarazo de la gran duquesa, que quiere ir también a la guerra con su marido, no aconseja un viaje tan largo e incómodo; así le convence de que renuncie, por esta vez, al papel de héroe.

(La excusa por el embarazo de su nuera pudo servirle a menudo a Catalina II ya que María Fedorovna tuvo nueve hijos con Pablo, de los que dos serán zares: Alejandro I y Nicolás I.)

El 31 de diciembre de 1783 el marqués de la Torre comunica las peticiones rusas que equivalen a un ultimátum al sultán. Primero, el reconocimiento de Sahin Gueray como kan de Crimea; segundo, el libre tránsito de las embarcaciones rusas por el estrecho de los Dardanelos; tercero, franca exportación de granos de las provincias sujetas al gran señor (turco) a los dominios rusos; cuarto, el buen tratamiento de parte de los turcos a los griegos que viven en Moldavia, en Valaquia y en otros estados otomanos. Para reforzar esas exigencias, *el enviado* austríaco en Constantinopla advierte que ellos irán también *a* la guerra en ayuda de los rusos si no se aceptan.

La existencia de dos patrias —la nativa y la adoptada— en una sola persona representa un drama en caso de guerra entre ellas. Catalina no tuvo este problema al decidirse de forma definitiva y tajante por Rusia olvidándose de su nacimiento y niñez germanos. La gran duquesa, en cambio, según el enviado español, al detectar la tendencia austríaca del momento… «emplea sus ruegos y aun

sus lágrimas con el señor conde de Repnin en favor del rey de Prusia, en cuyos ejércitos tiene esta señora tres hermanos suyos».

A su lado tiene al marido, que como su padre Pedro III es prusianófilo. Pero en contra está el príncipe Potemkin, y esta soberana —muy distraída tiempo hace de aquella atención que daba al gobierno— se conduce por la atención de sus dos ministros. Curioso paréntesis en la vida de Catalina II, siempre atenta a regir sus estados y que sólo puede explicarse por una pasión por Potemkin que estaba unida a la confianza en sus dotes de gobernante; probablemente el único caso en la historia de sus amantes. El marqués de la Torre da a propósito su nota de asombro ante los ingresos de Potemkin, al que «S. M. I. le ha hecho un regalo de medio millón de rublos para el pago de sus deudas en medio que el entretenimiento de este valido cuesta a la corona cerca de 300 000 rublos al año y que tiene más de 200 000 rublos de renta propia en pensiones y haciendas que se le han dado. En otro despacho se menciona el viaje de Repnin a Berlín, pasando por Varsovia, donde detecta acertadamente que «los polacos quieren aprovechar esta ocasión (guerra con los turcos, frialdad con los prusianos y austríacos) para salir de algún modo de la dependencia de Rusia».

«Gano mucho pero también doy mucho», puede decir Potemkin al terminar la campaña de 1783. Efectivamente, la ocupación de Crimea en 1783 produce gran sensación en Europa occidental. Aquel estado que hace apenas cincuenta años era algo lejano, más folklórico que auténtico, sumido en las tinieblas del Norte, se presentaba ahora con la seguridad de un vencedor. El que lo hiciera a costas de un imperio como el turco que, aun habiendo perdido gran parte de su antiguo poder, se extendía todavía desde Belgrado hasta Mesopotamia y desde Argel pasando por Trípoli y Egipto hasta Atenas, produjo un respeto mezclado de miedo hacia el nuevo astro emergente. De ese recelo dio muestras el emperador austríaco al renegar de su prometida ayuda contra el turco; Catalina II, que llevaba toda la parte diplomática de la operación desde San Petersburgo mientras Potemkin se encargaba de la militar sobre el

terreno, no echó en cara a Austria su abandono. Al contrario, aseguró a José II su comprensión para seguir manteniéndole como perro vigilante de Federico de Prusia; así, además, ella se mostraba a su pueblo como única vencedora en el conflicto contra los heréticos del Sur.

«No traje dote en mi casamiento —presumía ante sus cortesanos—, pero ahora la he entregado a Rusia; y es bien rica. Son las provincias polacas incorporadas por mi mano al imperio. Es Crimea.» Y el pueblo se unió jubilosamente a la nobleza en los tedéums encargados en ocasión de esos triunfos.

Tras la humillación sufrida y a pesar de las insinuaciones occidentales para que declarara la guerra inmediata a Rusia, Turquía, que conocía mejor y tenía más cerca la máquina bélica rusa, acepta el tratado de comercio con San Petersburgo que permitía a los navíos rusos cruzar el mar Negro y por los Dardanelos acceder al Mediterráneo comerciando libremente entre las islas griegas, zona hasta entonces mantenida celosamente por la Puerta como monopolio propio. Como el mapa de Europa es un tablero de ajedrez donde cualquier movimiento de piezas hacia adelante tiene que tener en cuenta el peligro que puede llegar por otro flanco, Catalina II está en esos meses de presión hacia Turquía negociando con Gustavo III, rey de Suecia, para que no le moleste en el Norte. Su afectuosa insistencia logra que el reluctante monarca (cobraba subsidios de Francia, enemiga de Rusia) se entreviste con ella en la frontera ruso-sueca establecida en Finlandia y prometa su neutralidad en el conflicto ruso-turco. Esa buena disposición duró poco pero fue un tiempo bien aprovechado por San Petersburgo.

Potemkin era un partidario decidido de la grandeza rusa pero consideraba que esa grandeza debía empezar por un ruso particular… que era él. A medida que empujaba, hábil y enérgicamente, a las tropas para conseguir mayores territorios en el Sur, procuraba que parte de esas nuevas conquistas recayeran en su propia persona: primero quiso ser príncipe de la Moldavia y Valaquia, ya tomadas a los turcos, pero ahí chocó con las pretensiones de José II a quien Catalina II se las había prometido.

(Disputar tierras a un emperador no es poca cosa para un ex oficial de la guardia.) Había que buscarle una compensación, y ahí se aliaron la generosidad innata de Catalina y la ambición sin límites de su general. Como ya era mariscal de campo, fue nombrado presidente del Consejo Superior de Guerra, además de gobernador de Crimea y sus alrededores; para el conjunto de esas tierras se resucitó el antiguo nombre de Táurida que tenía la extensión de cualquier estado medio de Europa.

Los atacados de mama de grandeza sólo son risibles si esa obsesión no se corresponde con sus posibilidades auténticas. Pero el Potemkin que quería ser considerado importante realizaba efectivamente importantes cosas. Desde su supremo puesto militar reorganiza el ejército ruso aumentándolo de número y modernizando su armamento. Entre sus mejoras no desdeña los detalles aparentemente frívolos. Los soldados llevarán el cabello corto… para que empleen menos tiempo en peinarlo.

Políticamente sabía que una provincia conquistada no está segura hasta que sus habitantes lo acepten identificándose con sus nuevos dueños, y resuelve el problema sustituyendo a los volátiles tártaros por 40000 rusos traídos de otras provincias con promesas de ayuda para asentarse en un agradable clima y buena tierra. En esa tarea estaba cuando recibe la noticia de la muerte por disentería del joven Lanskoi, accidente que dejó a Catalina impresionadísima. El ex amante corre a su lado para consolarle sustituyendo a una emperatriz desolada en todas las cargas del gobierno. Pocas veces ha existido en la historia amigo más completo.

En cuanto la vio más tranquila se apresuró a recomendarle otro oficial, Lermolov, y tras cerciorarse de que estaba sosegada en los nuevos brazos, volvió a sus ambiciones, tanto políticas como personales. Esta vez, sin embargo, el favorito de turno se engríe y busca la desgracia política de su protector. Lo raro es que no le ocurriera más a menudo. Es difícil para un joven que estrecha en sus brazos a la mujer más importante del imperio no caer en la tentación de creer que esa posesión nocturna iba a continuar en el plano político. Si a eso se une la cohorte de enemigos de Potemkin,

especie que el ministro parecía que gustaba de sembrar con su arrogancia y codicia, susurrándole al oído el «¡tú serás rey!», de *Macbeth,* no es raro que el amante ocasional se crea capaz de deshacerse del viejo zorro.

Como tantos otros que lo habían intentado antes, Lermolov fracasa. Potemkin jugó su carta favorita: huida de la corte y propaganda del rumor de su retirada definitiva de la labor de Estado; luego, con Catalina ya preocupada, vuelve bruscamente colocando a la zarina en la disyuntiva de prescindir de Lermolov o de él. Algún biógrafo menciona al llegar a ese punto que le dio la victoria la fuerza vehemente de sus palabras pero mi impresión es que, una vez más, Catalina decide con la cabeza fría lo que más le conviene. Ladrón o no ladrón —una de las acusaciones de sus adversarios se refería a distracción de fondos del Estado—, no había duda en la elección entre el hombre que había ampliado su imperio y el amable compañero de algunas noches.

Pero el Potemkin triunfador sigue siendo cauto.

Sabe que Cacalina no puede quedarle sola y avanza el nombre de otro oficial de la guardia (uno se inclina a pensar que ese cuerpo no tenía otra misión que la de provecí de ejemplares a la zarina) llamado Mamonov, Después de lo cual ya podía dedicar todo su entusiasmo y trabajo al viaje que tenía que realizar la emperatriz para conocer sus nuevas tierras, viaje que requería una organización complicada y una logística que debía tener en cuenta los menores detalles. Tras múltiples conversaciones, se fijó la salida de San Petersburgo para principios del 1787. La nieve que recubre en esa época la mayor parte del país resultaba curiosamente un factor positivo, ya que los trineos, grandes y confortables, se deslizaban sin traqueteo por la pista helada, lo que no ocurría en los carruajes de deficientes muelles saltando en las viejas carreteras rusas.

En 1786 muere un rival de Catalina, un rival que estuvo a su altura y fue llamado también Grande.

Desde que, siendo niña, tuvo el honor de comer con él, Catalina tendrá a Federico II de Prusia como un hombre al que admiraba y temía al mismo tiempo, sentimiento compartido por el rey respecto a ella.

Había muchas cosas que los unían. El amor a la cultura francesa (Federico 11 también se cartea con Voltaire, al que invitará a Berlín) y el amor a su patria respectiva, a cuyo engrandecimiento sacrificaban cualquiera de las consideraciones morales que su relación con los grandes defensores de la ética y los derechos humanos tenían que haberles inculcado.

Ya hemos visto cómo los amables sentimientos de la joven Catalina respecto a los siervos eran desmentidos por su legislación posterior. Parecida contradicción se encuentra en el rey de Prusia, que gustaba de firmar libros con el seudónimo de «Filósofo de Sans-Souci», su palacio de Prusia. Al principio de su reinado publica una obra de reflexiones políticas titulada el *Anti-Maquiavelo* donde figuran párrafos como éstos:

«¡Qué insensatos somos! Queremos conquistarlo todo como si tuviéramos tiempo de poseerlo lodo y como si el término de nuestra vida no tuviera fin, Sin embargo nuestro tiempo pasa demasiado deprisa, ya menudo, cuando uno cree que trabaja para sí mismo lo hace para sucesores indignos e ingratos.» (Lo cual resultó cierto para Federico III, su inepto hijo.)

El rey es hombre de su tiempo y ha leído a los mejores pensadores. Por ello Alejandro el Magno ha dejado de ser un modelo ante Sócrates o Diógenes,

«Hoy se prefiere la humanidad a todas las cualidades de un conquistador y no se tiene la demencia de elogiar pasiones furiosas y crueles que causan el hundimiento del mundo; se somete todo a la justicia y se aborrecen el valor y la capacidad militar de los conquistadores todas las veces que resulten fatal al género humano.»

Preciosas palabras… que debería haber leído en primer lugar su propio autor, que al año siguiente de aparecer el libro empieza a desmentirlas con sus acciones bélicas. Realiza tres guerras para

conquistar Silesia (1740-1763) y en un momento determinado de la guerra de los Siete Años se enfrenta victoriosamente con Austria, Francia y Rusia con sólo el apoyo económico de Inglaterra. Al terminar su vida había doblado el número de habitantes y la extensión de su país.

El paralelo con Catalina sigue en su uso de la nobleza —aquí llamados *junkers*—, en cuyo seno se elegían militares y administradores; en el apoyo a la industria y a la agricultura, desecando pantanos; en la protección a la cultura que le lleva a aceptar en su país, oficialmente protestante, a los jesuitas expulsados de Francia, Portugal y España para que le ayudaran en las nuevas escuelas creadas por él.

Su contradictoria actitud entre su ética y su política es aún más clara y cínica que en Catalina; recordemos que cuando su gran admirador Pedro III fue derrocado sin resistencia, le hizo este burlón epitafio: «Se ha comportado como un niño al que mandan a dormir y tras el primer reparto de Polonia, en el que interviene la católica Austria, comenta sarcásticamente: Cacalina y yo somos dos bandidos; lo saben todos, peto a María Teresa, ¿le habrá dado permiso el *confesor*'!»

Los nobles son la clase preferida de la emperatriz, pero a veces conviene reprimir sus vicios como el de querer matarse continuamente en querellas personales.

El 21 de abril de 1787 Catalina da «una Carta patente que asegura a nuestra fiel nobleza sus ventajas y prerrogativas propias para conservar al presente y en los venideros tiempos el honor a las familias y a las personas que las componen según los servicios que nos han hecho, nos hacen y debemos esperar en lo sucesivo…» Los nobles, recuerda, sólo podrán ser juzgados por sus ¡guales y serán ellos mismos los que excluirán por su cuenta quienes no merezcan su jerarquía «por algún vicio conocido del público».

Pero, tras darles esos derechos, la zarina quiere recordarles sus deberes, concretamente el de no tomarse la justicia por su mano en duelos o desafíos. En la misma línea ilustrada de Carlos III,

especifica los insultos y ofensas que no pueden hacerse al individuo, prohibiendo taxativamente que tomen venganza sangrienta en el «campo del honor».

La humana disposición tuvo el mismo resultado práctico que en España y otros países donde se promulgó, es decir, ninguno. Muchos años después de ser dictada, un poeta famoso llamado Pushkin moría —uno de tantos— en un duelo.

Obras públicas, cirugía, chismes de corte, preparativos de viaje son comunicados a Madrid por el enviado español en San Petersburgo en 1786. Un español ilustre, don Pedro Macarraz, salió de Viena y llega al parecer sólo «cansado» a San Petersburgo. Pero había algo más «en las asentaderas». Afortunadamente los médicos de entonces se atrevían a operaciones difíciles.

«Hace cosa de dos meses que se le manifestó una apostema en una de las asentaderas que fue preciso abrir con el bisturí [tachado, y encima escribe “la lanceta”] y cuando se le creía casi bueno se ha encontrado otro depósito cercano a los intestinos, lo que ha precisado hacerle la operación de la fístula. Ésta se ha verificado seis días hace, al parecer con el mayor acierto, por un cirujano que yo tengo asalariado, asistido de otro que es el más famoso de esta corte y de un médico de ella.»

En el mismo mes de mayo se comunica que se «renuevan las voces» sobre armamento marítimo para el Mediterráneo, que al joven gran duque Constantino a los siete años se le impuso la espada en una gran fiesta de la corte y de cómo funciona el nuevo papel moneda: los billetes de banco de 25, de 50 y de 100 rublos llevarán la firma de cuatro directores; el papel usado ahora es más resistente, hecho al estilo chino. Pero lo más interesante de los informes de mayo del 86 se refieren a la feroz lucha interna por el poder. «Soltikoff —dice el enviado español— ha ofrecido aceptar el Ministerio de la Guerra con tal que se le dé la orden de apoderarse improvisamente de los papeles' de Potemkin, entre los cuales hay infinitas firmas en blanco de la soberana.»

No se podía dar mayor prueba de confianza a un ministro, confianza que ahora Catalina II estaba dispuesta a corregir pero no

de una forma pública y escandalosa. El recuerdo del pasado pesa todavía… «pero hasta ahora S. M. rehúsa usar de medios violentos y aun se ha manifestado ofendida de que se los propongan. Ha dicho: “Conozco la necesidad de deshacerme de este valido pero discurramos arbitrios que no le den demasiado que sentir”, y como Potemkin no es hombre que se vaya aunque se lo digan, no sabemos qué pasará en el terrible asalto que le están dando».

Se está preparando «el giro» de Catalina a Crimea y el representante de Carlos III deduce cuál será el tamaño de la caravana por las postas que van preparando.

«Los 550 caballos que se señalan en cada relevo durante todo el giro indican que el séquito ha de ser de ciento cincuenta coches y otros géneros de carruajes, unos que preceden de un día o dos, otros que acompañan y otros que vienen después de S. M. El giro podrá hacer en todo unas ochocientas de nuestras leguas según los rumbos que señale la orden…»

Sabiendo que el viaje va a redundar en gloria de Potemkin, sus enemigos ponen toda clase de trabas. ¿Y si hay peste y la emperatriz enferma? Respuesta de ésta: «Las epidemias surgen en verano y yo voy en invierno.»

Las grandes obras públicas son las preferidas por los autócratas que aspiran a dejar su nombre unido a ellas y Catalina II no es una excepción.

«S. M. L, ocupada siempre en dejar a la posteridad monumentos de su esplendor y magnificencia combinados con la utilidad pública, ha resuelto estos días que se haga de aquí (San Petersburgo) a Moscú un camino nuevo y enteramente recto y sólido en lugar del que hay ahora que rodea algo y se compone de un enmaderado muy incómodo.»

Para financiar esta obra colosal «se pasan siete millones de rublos del erario al banco de la nobleza, a cuyos individuos abonados se prestará esta cantidad por diez años al interés del seis por ciento y estos réditos se emplearán en dicha obra, la que estará concluida de este modo en diez años». El ministro español se

congratula de dar estas noticias porque sabe que el empeño de facilitar la comunicación es grato a su rey Carlos III.

En anterior informe (17 de marzo de 1786) se mencionaba otro proyecto gigantesco: la comunicación del mar Caspio con el mar Blanco, abriendo acequias entre los dos ríos nombrados Kiltman, uno septentrional y el otro meridional, que sólo distan uno del otro unas veinte verstas. El proyecto es de un ingeniero holandés al servicio de S. M. I.

¿GRAN VIAJE O GRAN «SHOW»?

«LOS jóvenes grandes duques —informa Azanza el 16 de enero de 1787— tenían gran ilusión por hacer el viaje; decían los médicos que las viruelas locas que han tenido SS. AA. ambos últimamente, apenas brotaron que desaparecieron pero el humor se había quedado en el cuerpo y se manifestaba ahora en el señor Constantino con algunas llagas que se abrían en las piernas, cuyo achaque, aunque leve, se podía enconar con el viaje en una estación tan rigurosa, no pudiendo asegurar tampoco que no le sobreviniese igual al señor Alexandro respeto concurrir en S. A. la misma causa.»

La zarina decide entonces que no vayan y el enviado español alaba su gesto.

«Pesadas estas consideraciones en la justa consideración de la augusta abuela ha resuelto S. M. I. que estos jóvenes príncipes se queden aquí con sus padres para no arriesgar nada en cuanto a su salud y seguramente no les podía dar S. M. I. mayor prueba de ternura ni al imperio del materno amor con que antepone la seguridad… a su satisfacción personal, siéndole humanamente sensible separarse de estos dos nietos y no llevarlos consigo por el sumo cariño que les tiene y por la alegría y contento que le infunden su gracia y su hermosura.»

Se hace público el séquito que llevará su majestad. Los únicos diplomáticos extranjeros que van en la comitiva son el embajador de Austria (aliado en la empresa turca) y los ministros plenipotenciarios de Francia y Gran Bretaña, países que en este momento se procura

cuidar. El poco peso internacional de España impide que vaya nuestro ministro, dejándonos sin un informe de primera mano del famoso viaje. Van llegando, naturalmente, por referencias de otros testigos. Así, el 22 de febrero se sabe que la zarina llegó a Smolensko el día fijado en el itinerario, «con mal tiempo y frío, con lo que han padecido mucho sus criados y caído enfermas algunas personas principales de su séquito». Ella en cambio sigue «en su preciosa robustez» que, afortunadamente para su imagen física, no alude a la gordura que los retratos del tiempo revelan.

La gigantesca caravana se ponía en marcha a las nueve de la mañana, se detenía de doce a tres de la tarde y a las siete llegaba al lugar preparado para el descanso nocturno, que, en general, era una de las muchas casas propiedad de la corona, alhajadas para la ocasión; si no se encontraban cerca se utilizaban domicilios de particulares ricos a los que se les había concedido créditos para arreglarlos y que además se quedaban luego con la vajilla y las ropas de cama usadas durante la parada imperial.

Si se trataba de una ciudad grande, la emperatriz se detenía uno o dos días para inspeccionar obras y saludar a los habitantes, que acudían impresionados y felices para ver de cerca —única ocasión de su vida— a la «madrecita» fabulosa y lejana.

El programa de Potemkin preveía que a partir de Kiev el trayecto se hiciese por el río Dniéper a través de las llanuras de Ucrania.

Lógicamente hubo retrasos en un viaje tan largo y complicado; unos por fenómenos físicos y otros por desorganización: «Los bancos de arena del Dniéper —señala el ministro español— han retardado mucho el viaje de la emperatriz y han hecho su navegación incómoda; los preparativos estaban muy atrasados; en lo demás de la ruta la escasez de víveres era tal que la manutención de cada persona ascendía a cincuenta rublos al día.» Pero la perspectiva era grandiosa. Desde el barco imperial, Catalina veía el despliegue de innumerables personas ataviadas a la usanza local que le aclamaban sin cesar. Aparecían también rebaños paciendo bucólicamente y, sobre todo, nuevas construcciones; casas tras

casas indicaban la repoblación y la prosperidad que Potemkin había llevado al sur de Rusia.

Mucha gente, muchas casas, muchos rebaños… Los enviados extranjeros empezaron a sospechar de tanta perfección, se buscó la forma de interrogar con precaución a algunas autoridades locales… y la conclusión fue que aquel espectáculo era sólo un gran montaje propagandístico. Los campesinos, siempre los mismos, eran llevados a marchas forzadas durante la noche al nuevo lugar desde donde debían aclamar a la zarina y lo mismo ocurría con los pacíficos rebaños. En cuanto a las casas, difíciles de transportar, habían sido construidas en efecto en los meses anteriores al viaje, pero, dada la premura del tiempo, muchas de ellas no estaban terminadas ni habitadas y la mayoría tenían sólo la fachada que miraba al río mientras detrás se extendía el intocado solar.

Estos rumores son recogidos también por nuestro representante en San Petersburgo en carta del 7 de agosto, cuando la zarina está ya en Zarcoscelo descansando del viaje:

«Dos palabras de conversación que ha tenido el conde Alexis Orlov con la emperatriz han hecho mudar, según se asegura aquí, el concepto que se había formado S. M. I. en su viaje de la administración Potemkin, habiendo dicho y probado Orlov a su majestad [las pruebas eran necesarias teniendo en cuenta el conocido resentimiento de los Orlov hacia el aludido] que cuanto había visto S. M. eran representaciones de teatro; que tras del lienzo estaba la miseria y la gangrena.»

Es lo que ha pasado a la historia con el nombre de «milagro Potemkin» o «efecto Potemkin» para describir la acción del gobernador o jefe local cuando quiere impresionar a su rey o presidente con una exhibición de obras que sólo ha terminado en su imaginación. Sin embargo resulta injusto que el nombre del gran ministro sea conocido en vez de por todo lo grande que realizó en su vida, por lo que fingió haber realizado.

Aparte de esa historia, que entonces fue sólo un rumor, el viaje de Catalina II constituye un gran triunfo en la propaganda de su imperio, tanto en el interior como entre los extranjeros que tuvieron

ocasión de saludarle durante el trayecto. Entre ellos estaba su antiguo amor Estanislao Poniatowski, ahora rey de Polonia, al que recibe entre dos de sus sucesores, Potemkin y Mamonov; o el emperador de Austria, José II, que le acompañó durante parte del viaje y que dio una aguda definición del ambiente:

«El emperador ha escrito al príncipe de Kawnitz que ha encontrado en un laberinto de desórdenes cosas bastante bien ordenadas en los establecimientos [rusos] de Crimea.» Lo que pinta perfectamente el gobierno de Potemkin, subraya el enviado español (27 de junio de 1787).

Aparte de ello fue un éxito. Todos los diplomáticos y cortesanos presentes en la ocasión elogian en sus informes y memorias la gracia y cultura de que hizo gala Catalina II durante las conversaciones celebradas durante el trayecto…

…Con el apoteosis final del paso por Crimea y la llegada a Sebastopol, el puerto que todos los invitados vieron, más que como la cerradura meridional de Rusia, como el trampolín que le permitiría llegar a Constantinopla, «a sólo cuarenta horas de navegación», comentó un testigo al divisar la gran flota rusa anclada en la rada.

No era una bravata. Potemkin estaba dispuesto a proseguir las hostilidades con Turquía a fin de conseguir más ventajas territoriales para su país y otras de índole honorífico-económico para su persona.

Su intención era que la Puerta le declarase la guerra, lo que le atraería la simpatía del mundo cristiano, y para ello, apenas se volvió la zarina a San Petersburgo, se dedicó a maniobrar a través de sus cónsules en Turquía para provocar la ruptura de la paz por parte de Constantinopla.

Sus desaires diplomáticos, el rechazo casi ofensivo de las propuestas turcas y la presión de Inglaterra y Prusia para que el sultán declarara la guerra, hacen ésta inevitable y de la forma más reñida con las reglas diplomáticas posible. El representante ruso en Constantinopla, Bulkakov, es invitado a una audiencia con el gran visir y cuando llega es detenido y encerrado en el castillo de las Siete Torres.

Escándalo en Rusia que es aprovechado por San Petersburgo para instar a las cortes europeas a luchar contra el bárbaro enemigo del cristianismo. Dado que era notorio que Rusia pensaba más en su expansión territorial que en propagar el Evangelio entre los mahometanos, la llamada a la nueva cruzada despierta un interés relativo. Inglaterra y Prusia estaban ya decididamente a favor de Constantinopla; Francia y España se declararon neutrales y sólo Austria prometió el apoyo ya establecido de antemano. Suecia, por su parte, mantuvo un silencio cargado de presagios funestos. La guerra en el Sur obligaba a Rusia a descuidar el Norte…

Siguiendo el tono de Catalina, pero al contrario, los turcos proclaman la guerra santa contra el infiel ruso (que esa guerra santa fuera apoyada por anglicanos británicos y luteranos prusianos era sólo una prueba más de la política primando sobre la religión) y cruzan el Danubio amenazando el sur de Rusia.

La llave de Crimea por tierra era el fuerte de Kimburn, que defendió briosamente en octubre de 1787 el general Suvarov. Después de esa victoria parcial las tropas de ambos contendientes se mantuvieron frente a frente sin llegar a la decisión final porque ambas tenían problemas de organización y logística. Catalina II enviaba largas cartas a Potemkin cuando éste, en uno de sus altibajos entre espíritu batallador y crisis depresivas, se declaraba incapaz de llevar a sus tropas a la victoria. Conociéndole bien, la emperatriz le animaba a mantener sus posiciones. ¿Evacuar Sebastopol? ¿Y adónde iría la flota? ¿Abandonar Crimea después de lo que nos ha costado ganarla? A veces le habla como una madre: «Eres impaciente como un niño de cinco años; los asuntos con los que te enfrentas necesitan una paciencia inagotable.»

Las recomendaciones, las expresiones de ánimo, las riñas de la «madrecita» hicieron mudar de nuevo a Potemkin, que unos meses después de su hundimiento moral se declaraba dispuesto a derrotar a los turcos y a rechazar, además, sin problemas el peligro sueco que se avecinaba…

Catalina II acostumbra tener la cabeza clara, pero en junio de 1789 el ministro español detecta en ella una seguridad desmedida

en su suerte: «Esta soberana está acostumbrada a la lisonja y dicha, que no le han faltado hasta ahora, y es muy difícil hacerle creer que puede abandonarla la fortuna y sufrir reveses que acaso no están distantes según el dictamen de algunos de sus ministros, pero ninguno se atreve a hablarle claro.» Esos temores estaban probablemente basados en la inminente ofensiva sueca, cuando el grueso de las tropas rusas estaba retenido en el Sur contra los turcos, y no eran exagerados.

LA AMBICIÓN ESTÁ EN EL SUR, EL PELIGRO EN EL NORTE

PROBABLEMENTE GUSTAVO III pensó que no encontraría nunca una oportunidad más favorable contra un país sujeto a una guerra contra el formidable imperio turco y con el flanco occidental amenazado por la eterna enemiga, Prusia. El objetivo territorial sueco era la mitad de Finlandia, entonces en manos rusas, además de Curlandia, Estonia y Livonia.

Así, cuando Catalina II le preguntó por sus preparativos bélicos, el rey Gustavo pidió en tono de ultimátum las regiones aludidas además de exigir que Crimea fuera devuelta a Turquía.

Siguieron ásperas notas de ambas cortes, cada una acusando a la otra de mala fe y espíritu de conquista. Por fin, Gustavo III, convencido de su superioridad, asegura que ha sido atacado en su frontera e inicia las hostilidades. Se descubrió enseguida que la fuerza agresora se componía de soldados suecos disfrazados y la estratagema no convenció a nadie. (Hitler intentará la misma coartada en su ataque a Polonia en 1939 y tampoco hubo quien le creyera.)

El 31 de julio el enviado español advertía que el avance de los diez mil hombres continuaba y «la emperatriz manifiesta ya algún cuidado mediante a que del campo sueco a esta capital se pueda venir en tres días».

Probablemente éste fue el momento más difícil de su reinado. Con ciento veintisiete mil soldados situados en el Sur, bajo las

órdenes de Potemkin y Rumiantsev, Catalina apenas consiguió reunir dieciséis mil para proteger a San Petersburgo y a ella misma de la ofensiva sueca. Muchos ancianos recuerdan entonces los presagios de quienes se oponían al sueño de Pedro el Grande, por temor a que un invasor del Norte descabezara tan fácilmente al Estado al lomar su capital.

Desde su palacio, la zarina oía el estampido de los cañones suecos que se acercaban a través de Finlandia. Tenía todavía en Cronstadt una flota con dieciocho navíos y siete fragatas, pero la batalla de Hoogland, que enfrentó a las dos escuadras, no resolvió la situación a su favor al sufrir parecidos daños ambos contendientes. Por espacio de varias semanas, un destacamento compuesto de 500 caballos con sus jinetes estuvo preparado para llevar a la corte hacia Moscú en caso de que llegara el asalto sueco. Como era de esperar, Catalina mostró durante todo ese período una serenidad y un optimismo que galvanizaron a los defensores de San Petersburgo, aunque el sacrificio de ellos no llegó a necesitarse. Los desastres bélicos fueron compensados a tiempo por maniobras secretas de Potemkin y sobornos que tentaron la codicia de algunos oficiales finlandeses al servicio de Suecia. Su sublevación se unió a la entrada en guerra de Dinamarca que amenazó a Suecia por el Sur y el Oeste (Noruega era entonces danesa). Enfrentado con el mismo problema que Catalina había tenido —dos frentes que cubrir simultáneamente—, Gustavo III decidió detener su ofensiva hacia San Petersburgo y retirarse.

Tras el fracaso de la expedición, Gustavo III, que había llegado a anticipar el programa de la velada con que festejaría su triunfo en el palacio imperial de San Petersburgo, lamenta públicamente que «su gloria había desaparecido» y no le quedaba más que «morir a manos de un asesino». Lo que fue una profecía. Le mataron en el baile de la Ópera en Estocolmo en 1792.

(Finlandia constituye un caso nacional comparable a Polonia; como ésta, está obligada a vivir entre dos potencias que la ocupan al menor pretexto o te la dividen tranquilamente sin consultar los deseos de sus habitantes. La diferencia, en contra de Polonia, es

que sus enemigos territoriales lo eran, además, religiosos —protestantes y ortodoxos contra católicos—, mientras que Finlandia al menos es correligionaria luterana de uno de ellos: Suecia.)

La guerra iniciada por Gustavo III contra Rusia irritó tanto a Catalina II que decide llevar las hostilidades contra su agresor nada menos que al terreno operístico. El ministro Gálvez explica el 17 de febrero de 1789 lo ocurrido: «La emperatriz ha compuesto una ópera en lengua rusa con el título de *El don Quijote del Norte*, cuya música ha hecho el español don Vicente Martín, y se ha representado privadamente en palacio. Convienen todos en que es una sátira y crítica descubierta de la conducta del rey de Suecia, por lo que aunque se aplaude mucho el mérito de la obra, se ha resuelto que por ahora no se represente en el Ermitage ordinario.»

La supresión de las representaciones públicas demuestra el sentido común de la zarina que, tras dar rienda literaria suelta a su resentimiento contra el monarca sueco, fue convencida por sus asesores de que la burla produciría un efecto contraproducente. Probablemente se dio cuenta también que en los tiempos que corrían (la Revolución francesa estallaría el mismo año) la mofa de un rey tendría efectos nocivos para todos los reyes.

Del texto de Gálvez se desprende que aunque le satisfaría la referencia al mítico personaje español por parte de la emperatriz de todas las Rusias, estaba de acuerdo con los críticos sobre la oportunidad y el buen gusto de la idea.

Mayo de 1788. Potemkin se lanza a la conquista de la fortaleza de Otchakov, estratégicamente situada junto al río Dniéper. Al mismo tiempo los austríacos hacían por fin honor a la alianza con Rusia y atacaban a los turcos en Jassy. En junio, la flota rusa deshace a la de la Puerta junto a los muros de Otchakov y presiona a los sitiados. Por cierto que en esta campaña se distingue un general español llamado Ribas, ejemplo entre los ya citados de militar sirviendo al ejército de otro país, previo permiso de su rey natural. Era una forma de viajar, adquirir experiencia bélica, aprender idiomas y, naturalmente, ganar fama y dinero. Por el asalto

que dirigió Ribas a una isla fortificada del Dniéper, obtuvo, al igual que ocho compañeros, como regalo de Potemkin, una espada de oro.

El ataque definitivo se realizó en diciembre de 1788. La resistencia feroz de los turcos dio motivo a una no menos feroz matanza de prisioneros cuando se entró en la plaza. Del inmenso botín encontrado, Potemkin eligió para su emperatriz una esmeralda del tamaño de un huevo que Catalina hizo montar en un collar de diamantes.

En este asalto a Otchakov participaron otros españoles voluntarios, entre ellos el brigadier Urrutia. «El príncipe Potemkin —comunica Gálvez— me ha hablado muy bien de la conducta de estos oficiales y entre los que han venido aquí de aquel ejército se hace el elogio del modo que se portaron en el asalto y toma de la plaza de Otchakov. (Otro súbdito español, Nassau, será nombrado almirante de la flota del Báltico con 124 buques y 11000 hombres.)

El agradecimiento de la zarina al vencedor no se hizo esperar: una espada adornada de piedras preciosas y lo que Potemkin deseaba ardientemente, porque era un honor que todavía no había recibido, el gran cordón de San Jorge que sólo se obtenía por haber ganado una fortaleza al enemigo u obtenido una victoria cargando al frente de las tropas. A Potemkin, más cabeza militar que corazón de jinete, le fue más fácil cumplir con la condición primera.

Tras limpiar la campiña de grupos turcos dispersos que entorpecían las comunicaciones, Potemkin vuelve triunfalmente a San Petersburgo y Catalina, que también gustaba de proyectos teatrales, quiso recibirle con un gran espectáculo. Desde varios quilómetros antes de llegar a la capital y mientras el camino estaba iluminado con antorchas, las salvas de la fortaleza se repetían. Llegó a su espléndido palacio y allí, otro honor inusitado, recibirá la visita de Catalina II, que le acompañó luego al palacio imperial, donde se había reunido la alta sociedad petersburguesa para el gran baile de bienvenida.

En las semanas siguientes el anfitrión fue él, y no de una sola velada. Los embajadores extranjeros se asombran de los increíbles

gastos que ocasionan festines en los que se sirven los alimentos más delicados y frutas de fuera de la estación al precio que se encuentren. Mientras tanto, como ocurre repetidamente en la historia de esos favoritos, tiene que luchar de nuevo con los enemigos internos que su carácter petulante despierta siempre y que en este momento se agrupan alrededor de Mamonov. «Dicen… ¿sabes qué dicen?, que Potemkin se ha irritado porque Mamonov le mira despectivamente olvidando que él le ha puesto en el sitio que ocupa… y lo más grave: que le ha pedido a la zarina que eche al favorito de su lado ¡y ella se ha negado!»

Los rumores van y vienen, se enredan, se contradicen. Es realmente interesante que, por vez primera, Catalina II postergue al consejero de siempre por el capricho sensual de unos meses, pero la tensión entre las dos voluntades termina en tablas. Mamonov no es despedido pero tampoco adquiere el cargo vacante de vicecanciller del imperio y Potemkin se reintegra a la jefatura militar del Sur.

Si en su fuerte carácter aceptó la semiderrota fue porque conocía bien a los hombres y mucho más a los que él había elegido para amantes de la emperatriz. Efectivamente, ese medio triunfo sobre el gran Potemkin se le subió a la cabeza a Mamonov y desde entonces se consideró al menos igual a su señora y con la libertad de coquetear con las damas de la corte, especialmente con la princesa Cherbatov. Advertida Catalina, le propone casarle con una mujer rica, la condesa Bruce. «Es que yo quiero a la Cherbatov», admite el joven favorito. «Es lo que me temía», suspira Catalina recordando de pronto sus sesenta años, y lo que no había logrado la ira de Potemkin lo consigue esa ingenua confesión; con el señorío que Catalina emplea siempre en sus fracasos sentimentales, le autoriza a casarse con su amada y, eso sí, les obliga a residir en Moscú para que su presencia diaria en palacio no la entristezca demasiado.

Así cuenta Gálvez la caída del privado de turno el 6 de marzo de 1789: «Se asegura que el favorito conde de Mamonov está desgraciado y se supone que irá a viajar.» …Que es lo que hacían

todos los ex que le habían precedido en el puesto. Unos días después confirma la noticia y asegura que el regalo de despedida de la zarina incluía 2600 siervos con la tierra correspondiente.

Por otra parte, ya sabemos que para evitar la nostalgia, la zarina tiene siempre a mano el remedio. Le basta con revistar a la guardia, aunque nunca falta el intermediario que quiere ganar de golpe dos gratitudes: la de Catalina por el bocado que le ofrece y la del afortunado elegido por haberle puesto en esa amable situación.

El «siguiente» se llama Zubov, con el nombre propio de Platón, algo que, por lo que sabemos de él, no influyó demasiado en la inteligencia del recién llegado al favor imperial. Al revés, era torpe y petulante, aunque supiera ser dulce y cariñoso con una amante que le llevaba ¡treinta y ocho años!

Diferencia de edad que resalta el 24 de agosto de 1789 un agente de la corte española llamado Casas en una carta que, a pesar de contener unos términos más bien indiscretos, no necesita ir cifrada. La razón es que confía en que los servicios secretos rusos no tendrán quien entienda el vascuence. En castellano se lee…

«Esta hembra está muy contenta con su nuevo favorito, que tiene veintidós años y le conduce como un niño.» Y hablando de otras cosas: «Desea la paz pero sin obligación a otra mano, pero Londres, Berlín y Versalles piensan distintamente. Veremos las resultas y nos comunicaremos en este lenguaje.»

La dulzura y cariño de Zubov son agradecidos por esa mujer mayor, que por ello rechazó las iracundas peticiones de Potemkin para que prescindiera de un amante que tenía el grave pecado de origen de no haber sido propuesto por él. Cuando vio que era inútil, su cólera la orienta a renovar la guerra contra los turcos; ya que la situación general se había agravado desde el punto de vista diplomático. Tras la muerte de José II, único aliado europeo que estaba a su lado —Leopoldo II, su sucesor, quería anular la ayuda —, seguía el conflicto con Suecia y los polacos se aprovechaban de la soledad rusa para sacudir la constante presión que sobre ellos ejercía San Petersburgo poniendo obstáculos al paso de sus tropas.

Era urgente acabar con el enemigo más peligroso para poder afrontar después los otros y Potemkin manda atacar resueltamente a los turcos. Su mejor general, Suvarov, todavía ayudado por los austríacos, los derrota en Focsany en agosto de 1789 y luego en Martinechti. El español Ribas volvió a distinguirse en el asalto a un pueblo que hoy conocemos con el nombre de Odessa. La toma de Ackerman y Bender remataron la campaña y colmaron de alegría a Catalina, que se veía ya coronada en Constantinopla. No sabiendo cómo recompensar a quien tenía ya todos los títulos, mandó acuñar tres monedas de oro con su perfil en la cara, y en la cruz un mapa de Crimea, el plano de Otchakov y el de Bender en recuerdo de sus triunfos.

A su vez el brigadier español José de Urrutia recibirá de Potemkin una espada de oro con una inscripción en ruso en la concavidad de la concha que dice: *Por el valor*. El gobierno de Madrid felicita al militar galardonado pero le recuerda, a través de Gálvez, que sólo podrá usar esta espada fuera de España, donde deberá llevar la reglamentaria de su uniforme. Urrutia dejará el ejército a renglón seguido por problemas de salud.

La misma ambivalencia nacional-extranjera ocurre en el caso del príncipe de Nassau, el otro súbdito español que ha llegado nada menos que a vicealmirante de la flota rusa. El 12 de octubre de 1790, Gálvez desde San Petersburgo advierte que «el príncipe de Nassau seguirá al servicio de la emperatriz, pero si se declara la guerra con España el rey [Carlos IV] le hará partir de aquí sin dilación».

Día 22 de mayo de 1789. Gálvez explica que la obsesión ahora es Turquía; no se descuida la Polonia a la que se quiere desestabilizar, esta vez usando motivos religiosos.

«En Polonia se prenden y ajustician varios sujetos de los principales motores de la revolución proyectada, de la que creen autor los polacos al príncipe Potemkin; aseguran que se había distribuido mucho dinero y manifestado despachos con el sello imperial para animar a los polacos del rito griego que se dice ascienden a tres millones de almas, por lo que esta novedad ha

producido mayor cuidado a aquel gobierno. Éste [el de Rusia] afecta ignorancia y sorpresa por este accidente…»

Lo de fingir ignorancia es un viejo sistema de evadir responsabilidades. Unos días después, Gálvez pregunta al ministro de Asuntos Exteriores Ostermann sobre las actividades de sus barcos en la costa del Pacífico, frontera entonces de Rusia, que bajaba desde Alaska, y España, que subía desde Méjico.

El interrogado «lo oyó con alguna sorpresa y me preguntó por dos veces si los rusos se habían establecido en algún punto correspondiente a los españoles, a lo que respondí que no lo sabía. Tomó por sí un apunte de mi explicación haciéndomela repetir, a causa, según dijo, de no conocer ni tener noticia alguna de aquellos parajes».

Eso es lo que esperaba Gálvez para sacar la carta que conservaba en la manga. Los países expansionistas tienen a gala el publicar cartográficamente sus conquistas y eso es lo que había hecho Rusia.

«A [lo] que me pareció conveniente decirle que yo había visto un mapa grabado y publicado aquí sobre [lo] que nada me replicó y concluyó con que daría cuenta a la emperatriz.»

Unos días después la zarina da la respuesta oficial que podía esperarse: «que hace mucho tiempo tenía dadas las órdenes a los expedicionarios de Kamschatka para que no se estableciesen en punto alguno perteneciente a otra potencia… Pero que si por acaso… encontrábamos sus vasallos en alguna parte de nuestra América, suplicaba al rey que se compusiera o remediase amigablemente».

Estamos en 1789; esta fecha, que tanto preocupa a las minorías dominantes y anima a las masas occidentales, no despierta el menor eco en la Rusia de Catalina. Se puede mencionar a uno de sus súbditos, incluso al que salga culto, «14 de julio de 1789», y tras un momento de duda se iluminará su cara. «¡Ah, sí! La batalla naval con Suecia cerca de Borholm; nosotros no vencimos pero ellos tampoco… Recuerdo que…»

En la corte es distinto, claro; cuando el 18 de agosto de 1789 llegan las nuevas a Rusia, Gálvez informa:

«Ha hecho notable sensación aquí la revolución en Francia y no menos la noticia de que el último plan del rey fue efecto del consejo que el emperador [de Austria] dio a su hermana la reina.» Se refiere a aceptar a Necker para ganar tiempo.

Pero no hay reacción ninguna colectiva (ni siquiera contraria) en Rusia ante la efeméride más importante de la historia moderna de Europa. Más que en otro país, diríase que la toma de la Bastilla ha sucedido en otro planeta. ¿Y cómo podía verse una relación, y mucho menos un ejemplo, en lo ocurrido en Francia? Como ha señalado un historiador francés, para sentirse solidarios o al menos interesados por lo hecho en París le faltaban a Rusia los tres elementos coautores del cambio francés: una nobleza privilegiada pero impotente, una burguesía ambiciosa y fuerte y unos campesinos propietarios de sus tierras. Todo eso era desconocido en Rusia, donde," como hemos visto, la nobleza era la única propietaria de tierras y formaba parte del Estado del que era representante.

Pero si seguían la cultura francesa, aunque fuera como moda, ¿por qué no mantenían ese amor por los principios que la inspiraban? Si Voltaire, Diderot, Montesquieu eran grandes valores intelectuales, ¿por qué no aceptan también aquellas ideas igualitarias que habrán servido para inspirar a los revolucionarios?

Porque, como vio Casanova claramente, de esos escritores no tomaban más que la espuma sin preocuparse por un fondo que no comprendían o que se negaban a comprender por peligroso.

En todo caso, confirmaron admirados los emigrados huidos de la revolución, mantenían el bello lenguaje sin ensuciarlo con expresiones tan absurdas como que todos los seres humanos han nacido iguales. Y aun esos emigrados tampoco eran todos de fiar porque habían estado expuestos demasiado tiempo al virus revolucionario. Cuando su número sea excesivo para la tranquilidad del régimen, Catalina II dictará disposiciones severas para tenerlos a raya; en un edicto que recuerda el promulgado por Carlos III de

España, porque está movido por la misma desconfianza, la zarina ordena que los franceses residentes en su imperio juren lealtad a Luis XVI y a ella y se abstengan de realizar cualquier actividad política, social o religiosa en su país. También cierra sus puertas a los barcos de Francia.

Esto lo firma la francófila por excelencia, la emperatriz que se cartea en el idioma de Voltaire con éste y los demás intelectuales pero que, a medida que progresa la revolución y se promulgan medidas contra las bases en que cree ciegamente —disciplina, estabilidad, absolutismo—, empezará a dudar de sus maestros más queridos ante el resultado de sus enseñanzas en el país que los vio nacer. No teme que esa onda revolucionaria llegue a infectar a sus súbditos; como dijo cínicamente a Casanova, «no es el estilo de aquí», pero le molesta profundamente la subversión de los principios por ella más queridos. La solución es fácil; costaba tanto imbuir a estos asiáticos —porque en el fondo muchos rusos siguen siéndolo — el pensamiento occidental que el abandonarlo producirá incluso un suspiro de alivio en muchos nacionalistas.

Y luego está el sólido baluarte de una Iglesia tradicional e incluso fanática. Si la nobleza rusa no puede dar ningún Mirabeau, Barras, Lafayette, aristócratas que decidieron anteponer sus ideas a su propia convivencia social, mucho menos encontrará la Iglesia rusa entre sus jerarcas a un Talleyrand obispo de Autun o a un Gobel obispo de París, que renunciaron a sus privilegios eclesiásticos en nombre de la igualdad: sin la existencia activa de ninguno de esos tres estamentos, cualquier intento de rebelión rusa estaba condenado al fracaso.

Es cierto que Pugachev se levantó pidiendo la libertad de los siervos, pero recordemos que lo hizo desde su pretensión de ser Pedro III; para los millares de rusos que le siguieron, un zar podía ordenar lo que quisiera; incluso eso.

A Catalina II la irritan todos los postulados de la Revolución francesa pero no hará demasiado para terminar con ella. ¿Por qué va a intentarlo? La distancia y la situación social del país le proporcionan una seguridad tal que no necesita ayudar a otros reyes

a aplastar ese nido de víboras que amenaza la estabilidad europea. Su principal misión estriba en cuidar los intereses de Rusia y durante los años revolucionarios seguirá en sus objetivos nacionales dejando a Prusia, España, Austria e Inglaterra la cruzada anturevolucionaria. Curiosamente será sólo en 1795 cuando la Revolución francesa haya terminado su ciclo violento cuando piense seriamente en mandar tropas a combatirla. Será el mismo año en que expulse de Rusia al preceptor de su nieto, el escritor suizo La Harpe, cansada de que le enseñe enfáticamente el amor a la libertad.

Por cierto que en esa época Catalina hace un pronóstico impresionante sobre el candente tema del día: «Si Francia escapa de la revolución —escribe— será más fuerte que nunca. Sólo le falta un hombre superior, más grande que un siglo entero».

Un general llamado Bonaparte estaba por entonces en la campaña de Italia.

Una Francia revolucionada es una Francia más débil internacionalmente, lo que aprovechará rápidamente otra potencia.

«Me ha dicho el conde de Ostermann que con dichas novedades se ensoberbecerá la Prusia y querrá figurar el primer papel para imponerse.»

Efectivamente. Federico Guillermo II no cesa en sus actividades políticas internacionales. Ahora intenta atraerse a los polacos como defensor de sus intereses frente a Rusia.

«También inquieta la enunciativa hecha en Polonia sobre reglar la sucesión de aquella monarquía porque se supone que es manejo de Berlín con favor de la casa de Sajonia y que puede efectuarse con ventajas de la Prusia, mediante el partido e influjo que aumenta y ha realzado con la medalla que ha hecho acuñar y ha remitido al rey y a la Dieta de que supongo está a V. E. [Floridablanca] instruido.»

Hasta aquí la carta; el resto del despacho está en clave porque son noticias que, se supone, provocarían la satisfacción de los

servicios secretos rusos.

«Ayer ha llegado un correo despachado por el príncipe Potemkin con la noticia de que el 1 de este mes las tropas austríacas y rusas mandadas por el príncipe de Coburgo y señor de Suvarov han batido un cuerpo de 30000 hombres turcos cerca de la plaza de Focsany, de la que se han apoderado, como del bagaje, tren y demás de campamento enemigo con doce banderas.»

El 28 de agosto, Gálvez comunica la victoria de Nassau al frente de la escuadra rusa contra los suecos. Éstos perdieron siete buques y 1 300 hombres que cayeron prisioneros, contra la pérdida rusa de dos barcos. Hubo el tedéum correspondiente.

Este triunfo de Catalina no complace nada al enviado prusiano, que llega a decir poco diplomáticamente a Gálvez que «según su dictamen sería mejor romper que no consumirse inútilmente, pues unidos con los polacos darían que hacer a la Rusia».

El ministro español, ante la explosiva declaración, reacciona más diplomáticamente que nunca: «Le respondí amistosamente, desaprobando su voto con las reflexiones que me ocurrieron.»

Por cierto que entre los prisioneros suecos se hallaba como voluntario un capitán español, a pesar del apellido: Enrique Macdonnell. La emperatriz le puso amablemente en libertad exigiéndole sólo la palabra de honor de no participar de nuevo en la guerra y Gálvez se encargó de enviarle de regreso a España. «¿Puedo pasar por Estocolmo a despedirme del rey Gustavo?» «¡Rotundamente no!», le dice irritado el ministro, que pocos días después tiene que eludir un intento de Ostermann para que España entre en alianza con Francia y Rusia. «Es mejor tenernos como amigos que como aliados», responde Gálvez y asegura que le ha convencido. El papel de España como mediador de paz entre San Petersburgo y Constantinopla va subiendo.

El delirio de grandeza de Potemkin también sigue en aumento. El 18 de diciembre de 1789, Gálvez comunica su última aspiración. Ser nombrado hospodar (algo así como kan) de Moldavia como feudatario de la Puerta pero con independencia de ambos imperios, lo que equivale a constituirse jefe de un estado independiente en

Europa. No es raro que «estos ministros no lo aprueban aunque la emperatriz [se] ha adherido», quizá para resolver su problema con él teniéndole lejos y ocupado.

A últimos de año las maniobras de Federico Guillermo 11 dan su fruto: «Al haber aprobado en la Dieta de Polonia la alianza propuesta por la Prusia, lo que ha hecho una fuerte impresión en este gobierno, pero… se ha acordado el disimulo.»

Imagino que porque Catalina II sabía que podía ofrecer pronto al rey de Prusia algo mucho más tentador para él: el reparto del mismo país con el que acababa de firmar una alianza.

EN LA CUERDA FLOJA DE LA DIPLOMACIA

EL DIPLOMÁTICO español es, como sus congéneres de todas las naciones, un poco cínico a veces. El doce de enero de 1790 Gálvez ironiza sobre los cambios de alianza y firmas de tratados que en Europa parecen proliferar continuamente. Por ejemplo, el emperador de Austria enferma…

«…lo que anima a los partidarios de Inglaterra y Prusia para persuadir a la emperatriz de la necesidad de entregarse a dichas potencias… Yo aprovecho todas las ocasiones para persuadir de las ventajas de una buena amistad a las viejas alianzas pero no confió del éxito porque esta especie de tratados parece que es el prurito o moda política del día.»

Dos meses después, y observando que Polonia aprovecha la guerra de Rusia contra Turquía para agitarse, comunica Gálvez:

«Últimamente ha hecho Stakelberg de orden de la emperatriz una declaración asegurando a la república que nada tiene que temer si por su parte no ataca a Prusia o Austria [las otras dos participantes en el reparto]; antes bien, las tropas que a precaución tiene este imperio en las fronteras servirán para proteger la Polonia si fuese necesario.»

(«Proteger», en boca de los rusos, significa tanto defenderle contra otros como guardar para sí el bocado apetitoso.)

Es fácil que cuando hay un español en el extranjero se considere el único bien informado. En una carta, Gálvez se burla del súbdito

español Nassau y del embajador francés en San Petersburgo.

«Por una chanza de la emperatriz y fiabilidad de Nassau ha corrido aquí que se hallaban en el Mediterráneo ocho navíos rusos y cuatro fragatas que habían salido de Arcángel, pero este ministerio ha asegurado ser falsa la noticia dimanada de una carta del cónsul ruso en Cádiz en que dice que el capitán de una embarcación aseguraba haber visto algunos navíos y fragatas rusas sobre aquellas aguas. Creo que el encargado de negocios de Francia habrá tomado asertivamente esta noticia, que creyó, desde luego, y corrió a participarla con la furia que le es natural. No ve muy claro este mozo y si su corte da valor a todo lo que escribe temo que se equivoque.»

El 30 de marzo de 1790, amplía la noticia de la contraofensiva diplomática rusa en Varsovia. Donde no llega la amenaza bélica actúa la corrupción, al parecer corriente en Polonia.

«El embajador de Rusia en Varsovia ha hecho algunas diligencias irregulares para contrariar la Alianza de la Prusia y aun propuso al rey que tenía prontos doce mil ducados para ganar votos venales [para diputados de la Dieta o Parlamento] —esas cosas se hacen pero no se dicen, insinúa el embajador español—… por lo que se han irritado mucho algunos miembros de la Dieta y aquí se ha explicado muy sentido su ministro.»

La vida en la corte sigue su rutina y los embajadores extranjeros en general parecen todos presa del hechizo de la emperatriz, de la que alaban la cortesía y amabilidad para con todos. Por ejemplo, que un día, tras llamar reiteradas veces la campana sin que acudiese nadie, se desplaza al cuarto de los pajes y los encuentra jugando a las cartas. «¿Os importa que tome por un rato el sitio de Iván mientras él va a buscar lo que necesito?», pregunta a los asustados tahúres. En otra ocasión sorprende a un sirviente robando y le envía a casa «para que no le vea el chambelán de palacio».

igualmente se asombran los visitantes de la corrección y dignidad que imperan en sus reuniones. Su propia vida privada no

incide en absoluto en unas tertulias en las que jamás tolera una frase de doble sentido ni un chisme escandaloso. A este lado de la puerta de su dormitorio debe reinar la moralidad más absoluta y es de su puño y letra el ukase que impide el paso de hombres a la sección de mujeres en los baños públicos, con la excepción de médicos y —homenaje al arte— de pintores.

La tensa situación en los frentes se refleja en la corte, donde las actividades de los enviados extranjeros se vigilan cuidadosamente. Los embajadores acreditados en San Petersburgo cuidan la correspondencia a sus ministros respectivos cifrando lo que consideran más indiscreto; Potemkin la interviene abusivamente y aun copia los textos sospechosos esperando conseguir la traducción exacta. Las quejas de Gálvez a este respecto son típicas del embajador en suelo si no hostil, al menos desconfiado. En un informe a Floridablanca del 4 de mayo, y tras la crónica mundana en claro:

«El día dos hubo besamanos por la mañana y baile por la noche en palacio con motivo del cumpleaños de esta soberana. Ayer, después de comer se transfirió S. M. del palacio de esta capital al de Zarscocelo», añade en cifra: «Mi* anuncio sobre la dureza de estas gentes se ha verificado. El 30 de abril han atacado con diez mil hombres el puesto tomado por los suecos pero han sido rechazados con pérdida bastante considerable de muertos y heridos.»

Eran noticias que no interesaba al gobierno ruso que llegasen demasiado pronto al extranjero; por lo que el 11 de junio se queja Gálvez, también en cifra: «Hace días que me retienen la carta acordada para el rey de Suecia. La conducta y humor de estas gentes me hacen sufrir mucho pero disimulo y ejerzo la paciencia para conservar la amistad y atraer esta corte como V. E. me tiene encargado.»

Unos días más tarde (12 de julio de 1790), Gálvez manda unos interesantes informes sobre la distancia que en toda guerra existe entre la intención y el resultado. En el caso sueco, cifra: «Se empieza a dudar aquí de la facilidad y éxito con que Nassau ha

lisonjeado a esta señora de atacar y rendir al rey [Gustavo III], que ha tomado todas las precauciones posibles y está con la vigilancia que exige su crítica situación.»

Un enviado especial tiene que decir lo que cree que es verdad pero también informar de lo que cree que es mentira. Por ejemplo, de los tedéums con que los reyes de la época dan gracias a Dios por las muertes causadas a súbditos de otro país sin importarles que a menudo crean en el mismo Dios cristiano:

«Ayer se cantó el tedéum en la iglesia de San Nicolás de esta corte con asistencia de la emperatriz, los grandes duques, ministros extranjeros, toda la nobleza y un numeroso concurso del pueblo por la victoria conseguida por la Marina rusa contra la sueca el 3 del corriente.»

Era en julio. El 17 de agosto siguiente hemos mejorado de iglesia. La función del tedéum es en la catedral; claro que en este caso los derrotados y muertos son los que siguen al «falso» dios, Alá. Ahora se celebra el triunfo de la escuadra rusa sobre la otomana en el mar Negro.

En ocasiones un diplomático puede decir sin decir. Basta que envíe una versión oficial que diste mucho de la realidad para que la sonrisa aflore a la boca del ministro que la lee. Así puede ocurrir cuando Gálvez informa el 28 de noviembre de 1790 de otro tedéum que se organizó por una nueva victoria de la armada rusa en el mar Negro.

«Dice la emperatriz que [esa victoria] puede contribuir para efectuar la paz que desea muy cordialmente con condiciones moderadas, para hacer ver a la Europa cuán injustamente han pretendido algunos atribuirle ideas ambiciosas de engrandecimiento.»

Realmente hace falta mala intención para pensar eso de la augusta señora. El hecho de que, durante su reinado, Rusia aumentara extraordinariamente de tamaño físico y de recursos humanos a costa de guerras con Suecia, Polonia y, sobre todo, Turquía, era sólo pura coincidencia.

Un embajador tiene que informar de lo que ve y aun de lo que se siente en el aire a través de la expresión de los personajes que observa. Las presencias y las ausencias en público tienen siempre un significado. Veamos su informe del 12 de octubre de 1790: «Llegan noticias de Viena que han puesto de mal humor a esta señora, que no apareció en la corte el domingo.» Se trataba, explica luego, de lo que haría Austria si Rusia rompía con Prusia. España, ¿acudiría a su amistad con Suecia?

El mundo de la política es tan retorcido que los embajadores a veces tienen que recordar que las intervenciones de su señor se deben sólo a .motivos benéficos aunque le convenga lo contrario. Si Carlos IV intenta mediar para que termine la guerra entre Rusia y Turquía, Gálvez recuerda a Potemkin que su soberano «se toma esos cuidados tal vez en contra de la política del siglo, que dictaría dejar encenderse una guerra entre otras potencias y destruirse mientras España descansaba y reponía sus fuerzas» (mayo de 1791).

La misión intermediaria de España no prosperó esta vez pero ello no indica que no fuera bien venida. A lo largo del reinado de Catalina II la correspondencia diplomática parece indicar que nuestro país mantuvo cierto ambiente simpático en San Petersburgo y el enviado de Madrid no tuvo que pasar por los altibajos de los de Londres, París, Viena o Berlín, que iban desde entrar en el gabinete secreto de San Petersburgo con toda libertad, a ser expulsados bajo la acusación de intentar sobornar a ministros e incluso a miembros de la familia imperial. Es verdad que España no tenía, como los países mencionados, problemas pendientes son Rusia, entre otras cosas por su lejanía geográfica. Lo único que Catalina II podía echarle en cara a Madrid era el pacto de familia que, durante la mayor parte de su reinado, le mantiene unida a una Francia que formó a menudo en las coaliciones antirrusas pero, al no llegarse nunca a la confrontación físico-militar entre los dos Estados, parece que ese pecado se perdonó fácilmente y los ministros españoles allí destacados coinciden en la simpatía con que los recibe la zarina.

Simpatía que lógicamente se reforzará cuando en 1790 se rompa el pacto de familia. «España —confía entonces el conde Ostermann a Gálvez y éste se apresura a comunicarlo a Floridablanca— es la única potencia amiga con que puede contar la Rusia.»

Pieles y caballos

Pero las correspondencias diplomáticas no sirven sólo para advertir de cambios de ministros o de política exterior. A veces se refieren a asuntos más frívolos, como cuando, desde Madrid, piden a nuestro embajador en San Petersburgo que mande pieles selectas para adornar un vestido de la reina de España. Contestación del ministro en la corte rusa el 24 de marzo de 1790: «No se pueden hallar porque lo más exquisito de este género se deposita en el gabinete de la emperatriz para el uso de su persona y los regalos que suele hacer»; de todas maneras consigue «cuarenta de las más sobresalientes de sables de Siberia. El sable es un pequeño animal que se cría en algunas partes de este imperio, pero el más exquisito se halla en Siberia».

Unos meses después la petición va en dirección contraria. Parece que el gran duque ha oído hablar de los caballos españoles domados a la alta escuela y solicita que le manden dos, uno para él y otro para la gran duquesa. El ministro de Estado se apresura a complacerlos… siempre es bueno dejar contento a quien, dada la edad de la emperatriz, va a ser muy pronto soberano de todas las Rusias. La petición del embajador español es del 3 de diciembre de 1790 y tras las gestiones necesarias, en la primavera siguiente se comunica a San Petersburgo el envío de dos caballos bien preparados: «*Pulido*, de siete años, con siete cuartas y dos dedos de alzada, regulares fuegos [imagino que por temperamento]; trabaja a la brida en todos los aires, paso suspendido, y el *General*, caballo de guerra, castaño, buen genio, muchos fuegos si se

obliga.» Para que el embajador español no se quede sin montura e incluso pueda acompañar a la pareja imperial en sus paseos, se le manda a *Bienvenida*, yegua pía. No debía tener el Ministerio buen concepto de las habilidades hípicas de Gálvez porque le han escogido un animal con «genio de mula mansa».

Probablemente se corrió por toda Andalucía la noticia del envío equino a Rusia y algún avispado pensó en Málaga que la representación andaluza no era completa sin una muestra de caldos de la tierra. Así llegaron a San Petersburgo en mayo de 1791 seis cajas de botellas de vino de Málaga, dirigidas a la emperatriz con una carta ditirámbica del cosechero Hernández de Viñán. Esa muestra de hábil publicidad adelantada a su tiempo fue apreciada por Catalina II, que concedió al comerciante la total exención de derechos de aduana para el año siguiente.

Al empezar 1791, la situación militar es magnífica para Rusia, lo que anima a Potemkin a dar el golpe de gracia a Turquía, pero debido a los gastos bélicos de los últimos tiempos, el estado de la economía es pésimo; ello a su vez permite a los enemigos del generalísimo plantearle la necesidad de una paz honrosa con la Sublime Puerta. La tensión entre el militar que pide dinero y más dinero y un Estado casi en quiebra quiere resolverla Potemkin con su presencia en San Petersburgo, donde, está seguro, convencerá una vez más a la zarina de que sus sueños de coronarse en Constantinopla están a punto de realizarse. Pero Catalina, ya convencida por sus ministros de la urgencia de paz, actúa con cierta doblez. Por un lado se declara encantada de recibir al vencedor de Ismail, la última conquista rusa donde murieron 35 000 defensores de la plaza, advirtiéndole que durante su ausencia del frente tomará el mando el príncipe Repnin; lo que no le advierte es que el nuevo jefe tiene poderes secretos suyos para firmar la paz con los turcos a la primera ocasión que se presente.

Potemkin llega triunfalmente a San Petersburgo habiendo pasado, cómo la otra vez, por millas y millas de caminos iluminados con antorchas. Después de la afectuosa acogida de la emperatriz

entró de nuevo en las intrigas palaciegas de las que dependía, además de su suerte personal, la de la guerra contra turcos. Su enemigo directo es el amante «de guardia» de Catalina, Zubov; el indirecto, la mayoría de los cortesanos a los que, muy en su carácter, no hará nada por atraerlos a su lado. Al contrario, como en su visita anterior se mostrará orgulloso, petulante, derrochando dinero en lujosas fiestas para admiración de muchos y envidia de los más. El palacio que le había regalado la emperatriz con el nombre de Táurida, en recuerdo de su gobierno en Crimea, fue preparado durante semanas para una fiesta en honor de Catalina II; en ella consiguió, gracias a unos tubos de agua caliente disimulados entre palmeras importadas, que en San Petersburgo se disfrutase de la temperatura de las costas del mar Negro. Cuando recibió a su emperatriz a la puerta del palacio dicen las malas lenguas que llevaba tantas piedras preciosas en el atavío, que tuvo que dejar el pesado sombrero en manos de un ayudante para poder saludar a su reina.

Trescientos músicos dieron la bienvenida en el salón principal, prólogo de un ballet en el que Catalina tuvo la alegría de ver actuar a sus nietos preferidos, Alejandro y Constantino.

Después los invitados presenciaron una evocación del imperio ruso con representantes de los diversos pueblos sometidos al yugo imperial vestidos según su costumbre y bailando danzas tradicionales.

Y ya podía servirse la cena, que fue de seiscientos cubiertos, amén de los que se sirvieron de pie, con Potemkin empeñado en servir personalmente a la emperatriz hasta que ella le ordenó sentarse. A la una de la madrugada, Catalina II se retiró absolutamente encantada. De su impresión da idea la carta que manda al príncipe de Ligne: «Viendo al príncipe Potemkin parece que las victorias le han mejorado. Ha vuelto del ejército hermoso como el día, alegre como un jilguero, brillante como una estrella, más ingenioso que nunca: además, ya no se come las uñas y da unas fiestas cada vez más espléndidas.»

… fiestas que siguieron durante meses mientras Repnin, aprovechando la inercia combativa de su gente, conseguía victoria tras victoria sobre los turcos; la de Matchine, especialmente, pareció definitiva. A Potemkin esas noticias le animaban a proseguir la guerra hasta entrar en Constantinopla, pero el grupo rival de la corte, dirigido por Zubov, exigía la firma inmediata de la paz. Por fin, la envidia ante los éxitos de Repnin le animaron a un viaje de regreso que la zarina le insinuaba continuamente para atajar el malestar que su presencia provocaba en la corte. Al llegar se encontró con que Repnin, protegido por la autorización de Catalina II (que Potemkin seguía ignorando), había firmado la paz con el gran visir de Constantinopla. Indignación de Potemkin que le destituye de su puesto y le manda a residir a sus tierras.

Fue el último gesto imperioso de quien había tenido tantos porque su salud, minada «tanto por el exceso de trabajo como del de las diversiones», como apunta un biógrafo, iba decayendo; la dieta que seguía además era lo contrario de lo que le recomendaban. Quien había desafiado a menudo las órdenes de la zarina de todas las Rusias era difícil que aceptara las de un médico, por famoso que fuera, y siguió comiendo y bebiendo de forma desaforada. Como todos los enfermos voluntariosos, se negaba a creer que su empeoramiento se debiera a su régimen y lo atribuía al clima de Jassy. Por ello decide trasladarse a Iekaterinoslav quizá porque era la ciudad fundada por él en homenaje a Katerina = Catalina, su señora y diosa, pero no llegó nunca a la tierra prometida. El 15 de octubre de 1791, apenas recorridas unas millas, tiene que bajarse del coche asaltado por dolores agudos y muere al pie del árbol donde le habían tendido sobre una manta. Tenía sólo cincuenta y cinco años y había hecho él solo lo que muchos no habían podido realizar en compañía.

Un correo sale al galope hacia San Petersburgo con la triste nueva. Los últimos meses habían sido de frecuentes discusiones y peleas entre ellos, pero al llegarle la triste noticia sobre quien le había dado consejos como amigo, cariño como amante y tierras como soberana, Catalina tuvo una crisis que le obligó, a guardar

cama y —remedio típico y bárbaro de la época— a hacerse sangrar varias veces. Escribe a Grimm: «He recibido un terrible mazazo. Mi discípulo, mi amigo y casi mi ídolo, el príncipe Potemkin de Táurida, ha muerto.»

Dejaba, a pesar de sus derroches, setenta mil siervos en Polonia, seis mil en Rusia y un millón y medio de rublos en joyas.

Sólo hubo alguien que celebró más que Zubov la muerte de Potemkin: fueron los turcos, que con su desaparición pudieron alcanzar unas condiciones de paz mucho más generosas de las que le hubiera otorgado el inteligente y feroz tuerto.

Los enviados diplomáticos en el extranjero tienen, como es sabido, la doble misión de proteger los intereses españoles y a los súbditos de la misma nacionalidad que se encuentren con problemas en el territorio bajo su responsabilidad, algo que era fácil que ocurriera entre los tripulantes de barcos españoles fondeados en puertos rusos. Una de las situaciones más típicas y difíciles de entonces y ahora, es cuando se ha cometido un delito por el que hay que juzgar al culpable: ¿según la ley local o la de la nación de origen?

El trámite está reflejado en la noticia en francés que manda el representante de Carlos IV en San Petersburgo en mayo de 1791:

«El ministro de España tiene el honor de participar al Ministerio de S. M. la emperatriz de todas las Rusias que los nombrados Juan Puixals y Pedro Carrera, marineros del buque español *S. Joseph* que se encuentra actualmente en el puerto de Cronstadt, habiéndose peleado entre ellos, el citado Juan Puixals fue muerto por su compañero Pedro Carrera. Éste fue inmediatamente arrestado por la policía de Cronstadt y se le tiene en prisión. El ministro de España, considerando que los dos marineros son súbditos del rey de España, que los dos vivían en un barco español, ruega muy encarecidamente al Ministerio de S. M. I. de querer tener la bondad de entregar al citado Pedro Carrera en las manos del cónsul de España a fin de que él pueda enviarlo a su país con la

información necesaria para su proceso y castigarlo según el peso de las leyes.»

Mientras tanto, las noticias que van llegando de Francia irritan profundamente a Catalina. Aun sintiéndose a salvo, como decía, del posible contagio, la hieren en tanto que soberana absoluta que ve la anarquía en las calles. Una carta a su amigo Grimm, residente en París, refleja sus sentimientos.

«13 de enero de 1791. No sé nunca si estáis vivo en medio de los asesinatos, carnicerías y problemas del grupo de bandidos que se han apoderado del gobierno de Francia y que quieren convertirlo en la Galia del tiempo de César.»

Y vuelve a afirmar su certeza de que la confusión terminará con la llegada de un dictador.

«Pero César los redujo. ¿Cuándo vendrá ese César? Oh, vendrá, estad seguro.»

CARA Y CRUZ DE CATALINA

SEGÚN UN DIPLOMÁTICO ESPAÑOL

EN 1792, el ministro plenipotenciario español en San Petersburgo, Gálvez, cesa en su puesto y vuelve a Madrid. No sabemos si por orden del ministro o por iniciativa propia, redacta un informe general sobre Rusia y su gobierno. El documento, que he tenido la suerte de encontrar en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, refleja una buena información y gran imparcialidad. Empieza refiriéndose a la imagen que de la emperatriz tienen en Europa.

«La Europa la elogia en tono fervoroso con elogios y alabanzas, a lo que en parte es acreedora; talento superior al común de los humanos, mucha experiencia en el arte de reinar y una vasta instrucción adquirida por el estudio y frecuencia con los sabios de varias naciones que ha atraído a su corte. Esas circunstancias, acompañadas de una majestuosa amabilidad, bondad en su trato con los extranjeros y aun con sus propios vasallos, la hacen verdaderamente digna de respeto y de los aplausos de los hombres más reflexivos.»

Hasta aquí lo positivo. Veamos ahora el reverso de la moneda.

«Pero, por otra parte, si se considera su gran ambición, el deseo desmedido de ilustrarse hasta sacrificar a éste y a aquélla los intereses más preciosos de sus vastos dominios, no puede menos cualquiera de que rebaje mucho de la idea que puede haberse formado de sus grandes conocimientos de la política.»

La verdad es que a pesar de la opinión de Gálvez, no parece haber contradicción entre la fama personal y la de su país, que siempre caminaron unidas. El embajador lo acepta al criticar a

continuación la asombrosa exhibición de riqueza de la corte de Catalina.

«Además, el amor propio [en el sentido de egocentrismo] y la vanagloria que descubre el increíble fasto y pompa con que celebra el más mínimo suceso [en el sentido de éxito] hacen igualmente un contraste con el genio filosófico de aquella soberana, lo que ha infundido a todos sus vasallos, grandes o chicos, la misma vanagloria de que ella da el ejemplo.»

Ahora llega un asunto vidrioso. Sabiendo que su informe lo leerá probablemente, además del ministro, el rey Carlos IV, Gálvez trata el tema de los amores de Catalina con vocabulario diplomático. Orlov, Potemkin, Mamonov, etc., se convierten en «objetos».

«Y finalmente su propensión a variar los objetos que renuevan su pasión amorosa, de la que no le ha preservado ni su edad avanzada, demuestra la firmeza de un carácter invulnerable a la seducción y al atractivo de la adulación que se le supone.»

El juicio de los historiadores que han dispuesto de una serie de documentos que Gálvez no pudo conocer, ratifica plenamente la opinión del diplomático español. Catalina II mantuvo siempre el cerebro por encima del corazón y aun del sexo. Ni las frases galanas se le subieron a la cabeza ni el placer físico tuvo sus efectos duraderos para decisiones posteriores. Sin embargo…

«Con efecto [hay] en el fondo del carácter de dicha soberana una ciega ambición que resiste a toda oposición a sus deseos favoritos y se encanta con los halagos de la lisonja: cualquier ministro extranjero que sepa usar con finura de los resortes de aquella pasión, no sólo adquirirá la confianza de la emperatriz sino que podrá con mucha facilidad persuadirla y hacerla entrar sinceramente en las ideas de la corte de cuyos intereses fuera encargado.»

Veamos ahora otros personajes del drama que a veces resulta tragicomedia…

«El gran duque no tiene el genio ni el talento de su madre, pero a los dones de la naturaleza de que carece suple la excelente educación que ha recibido de los mejores maestros de todos ramos, de cuyas instrucciones ha aprovechado suficientemente.»

Ahí Gálvez parece disentir de otros informadores contemporáneos, incluidos sus compañeros de otros países.

«Es un verdadero hombre de bien, amante del orden y de la justicia y de un carácter benigno y muy amable que le ha granjeado el amor y el respecto de la nación. Su esposa, la gran duquesa, es también de un gesto bueno y muy apacible y está dotada de las prendas naturales que la hacen estimar y venerar de todos los que la tratan.»

¿No tenía ese príncipe un amor desmedido y poco patriótico por Prusia y su rey? Según Gálvez, eso ha cambiado.

«El gran duque había manifestado por la corte prusiana una tal inclinación que parecía que prefería la alianza a ésta [a] otra cualquiera, por ventajosa que fuese. Pero la muerte de Federico II, para quien tenía una particular veneración, y la conducta de su sucesor y sus negociaciones secretas con la corte de Londres le abrieron los ojos sobre la ambición de aquélla» [la de Prusia].

Gálvez se refiere ahora a la pérdida de un gran militar y estadista y su veredicto es irreemplazable:

«…La muerte del príncipe Potemkin, que puede considerarse un quebranto… deja un grande vacío en aquella corte, no habiendo apariencias [de] que haya alguien que le reemplace en la intimidad y ciega confianza que en él tenía aquella soberana. Su soberbia y ambición eran iguales a su gran crédito y así éste como aquélla no podrían dejar de influir en un grado superior en las ideas de aquel gabinete con respecto al poderío que intenta establecer en el mar Negro.

»… [en su lugar] queda en la dirección de los negocios un Consejo Secreto o Comité; cuatro ministros, con los jefes de departamentos, componen el Consejo de Estado.»

La herencia de Potemkin se administrará en su ausencia de la mejor manera posible. El mar Negro es el sueño realizado de unas bases navales con aguas que no se hielan nunca:

«…Las ventajas que la corte de Rusia espera sacar del nuevo tratado de paz con los turcos son: hacer uso del comercio y navegación del mar Negro, formando entre los ríos Beg y Dniéster

nuevas poblaciones, atrayendo a ellas mediante varios privilegios y exenciones [de impuestos] a las familias de las provincias turcas de la Valaquia, Moldavia y otras que están descontentas del yugo otomano y la de formar en los varios puertos de dicho mar Negro que son mejores… que los del mar Báltico una marina más formidable que la que tiene en esta parte del imperio San Petersburgo (Cronstadt)…»

También aspira Rusia al paso libre por los Dardanelos que, como dijimos, es privilegio que los turcos guardan celosamente para ellos y sólo conceden temporalmente a buenos amigos y aliados. Gálvez termina su informe recordando a sus sucesores —el inmediato será José de Onís— la importancia que el trato social tiene en la corte rusa para conseguir ventajas de la zarina.

«Nada conduce más a este fin en una corte tan orgullosa y vana como el secreto trato y comercio con los ministros y cortesanos que están en su favor, cortejándolos y convidándoles lo más a menudo que se pueda, concurriendo a las funciones de mesa y juego con la mayor frecuencia.»

Desde siempre se ha recomendado a los diplomáticos que fueran buenos comedores, bebedores y jugadores para servir mejor a los intereses del Estado. En la frívola corte rusa, ese consejo general resultaba incluso una obligación para ejercer la misión satisfactoriamente.

¡Matar a un rey! Catalina II reacciona con dolor y rabia ante la noticia de la ejecución de Luis XVI. Todas las diferencias que en el pasado le separaron de la política internacional del rey de Francia desaparecen. Uno de los suyos, un «intocable», ha sido asesinado. Ésta es la carta a Grimm del 1 de febrero de 1793.

«¡Hace falta exterminar hasta el nombre de los franceses! La Igualdad es un monstruo que quiere ser rey.»

«DELENDA EST POLONIA.»

ÚLTIMOS REGALOS, ÚLTIMAS AVENTURAS

«Delenda est Polonia»

ABRIL de 1794. Suecia se agita de nuevo contra su poderoso vecino, pero el enviado español en Estocolmo, Pantaleón Moreno, comunica su escepticismo ante el esfuerzo bélico. «Ha traslucido que este gobierno ha de armar siete navíos y las fragatas correspondientes [eran barcos de menor tonelaje que servían de escolta y reconocimiento a los barcos grandes al estilo de los destructores de hoy], pero no será grande el esfuerzo que pueda hacer porque este país está en la mayor escasez. El embajador de Rusia ha pedido cuenta de este armamento al gran canciller [sueco] y éste ha negado haberse tomado hasta ahora providencia ni disposición alguna.»

Para un Estado, tan típico resulta armarse como el negarlo oficialmente cuando el país amenazado indaga. De todas maneras San Petersburgo comparte las dudas del ministro español, según informa Onís.

«No parece que los preparativos de guerra hayan hecho mucha sensación en esta soberana. Se lisonjea que sus vecinos no tendrán otras miras que las que ellos dicen que son, las de capacitar sus

navíos y cuenta con que su armamento no podrá traer en el día ningún mal resultado.»

Otro peligro le parece más serio a Catalina.

«Se han enviado veinte mil hombres a Polonia y diez mil tienen orden de estar prontos para apagar, si fuere necesario, las turbulencias y afligencias (*sic*) de ese pobre país.»

La nota compasiva debe de ser del ministro español, porque en boca de Catalina resultaría cínica. Porque esas «turbulencias» son debidas a la ocupación rusa que esta vez parece querer sacudirse definitivamente el pueblo de Polonia. El «acta de insurrección» del 29 de marzo de 1794 promulgada en Cracovia y redactada en francés para mayor comprensión de todo el mundo civilizado, pasa revista a los males de la nación.

«El estado en que se encuentra actualmente la desgraciada Polonia es demasiado conocido del universo. La indignidad de dos potencias vecinas y el crimen de los traidores a la patria lo ha precipitado en ese abismo. Catalina II, de acuerdo con el perjuro Federico Guillermo, ha jurado extirpar hasta el nombre de los polacos.»

La fuerte invectiva se debe a la desilusión de los polacos, quienes, cegados por el odio y miedo a Rusia, creyeron una y otra vez al rey de Prusia, tanto al padre, Federico II, como a su sucesor, Federico Guillermo, cuando les aseguraba que era su amigo y protector contra las ambiciones rusas… antes de hacerse cómplice y copartícipe de ellas.

«La zarina, declarándose sin pudor como garante de la independencia de Polonia, la aflige con toda clase de males y cuando Polonia, cansada de llevar ese yugo vergonzoso, recuperó los derechos de soberana, ha empleado contra ella a traidores a la patria apoyando sus complots sacrílegos con todas sus fuerzas armadas y habiendo desviado hábilmente de la defensa del país al rey al que la Dieta legal y la nación habían confiado todas sus fuerzas, ella ha traicionado desvergonzadamente a esos mismos traidores.»

Los patriotas sublevados ponen el dedo en la llaga. Los males del país se deben en gran parte, además de la codicia rusa, a las luchas intestinas de los polacos, cada uno queriendo imponerse a sus pares y a la venalidad bien conocida de sus representantes en el Congreso o Dieta. El resultado era previsible.

«Habiéndose convertido con ese subterfugio en la dueña de los destinos de Polonia, ha invitado a Federico Guillermo a tomar parte de su disposición para recompensarle de su perfidia por haber roto el tratado más solemne con la República bajo pretextos imaginarios.»

Después de lo cual los firmantes se deciden por la insurrección y llaman «al combate de la libertad contra el despotismo, de la justicia contra la opresión de la tiranía… la salvación del pueblo es la ley suprema».

La proclama del 24 de marzo de 1794 inserta también la promesa de Tadeo Kosciusko, nombrado jefe supremo del ejército nacional polaco: «Juro ante el cielo y la entera nación polaca que no usaré el poder que se me confía para ejercer opresión particular, sino que lo usaré únicamente para defender la integridad de las fronteras, recuperar la soberanía de la nación y asegurar la libertad general.»

Y termina con una invocación propia del militante catolicismo polaco:

«Así Dios ayude y la Inocente Pasión de su Hijo.»

Les ayudó al principio, cuando los galvanizados polacos lograron expulsar de Varsovia y Cracovia a los rusos, pero su triunfo fue de corta duración. La mejor organización y armamento de las tropas de la zarina les dio enseguida la ventaja en el campo de batalla.

En el mes de octubre, apenas medio año después de la brillante y romántica proclamación polaca, su ejército es derrotado y Kosciusko hecho prisionero. De resultas de esta derrota, en 1795 se realizará el tercer reparto de la sufrida nación polaca.

Aunque se le llama comúnmente así, en realidad éste fue el único que merece este nombre. En el primero, de 1772, Austria se había apoderado de Zips, Volinia y Podolia; Prusia de Pomerania y

Marienburg y Rusia de Cracovia, llegando hasta el Dvina y el Dniéper. En el segundo, de 1793, la llamada Gran Polonia pasó a Prusia y Lituania a Rusia. En ambos casos las grandes potencias aprovechaban la debilidad política de los polacos y sus discusiones internas para avanzar sus fronteras royéndole parte del territorio, pero el Estado polaco, aunque reducido, seguía existiendo. Sólo en 1795 se procede a la distribución descarada de sus restos ocupando Prusia a Varsovia y pasando Cracovia a manos austríacas. Rusia se quedó con el resto de la desdichada nación.

La reacción de los demás Estados europeos ante el expolio no pasó de las protestas verbales; el único país que protestó enérgicamente fue Francia, unida por vínculos de amistad políticos y literarios con la nación eslava y no es casualidad que los dos últimos repartos, 1793 y 1795, se hicieran cuando Francia, embarcada en su revolución, no podía evitar las acciones de sus enemigos declarados. En general, los otros Estados consideraban a Polonia dentro de lo que todavía no se llamaba así pero ya se consideraba «esfera de influencia» de los vecinos, especialmente de Prusia y Rusia. No es raro que el último reparto de Polonia, efectuado hace ahora medio siglo, lo hicieran los sucesores de aquellos protagonistas: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin.

La oposición está aplastada, el delito consumado y el 10 (o 24) de diciembre de 1795 la zarina podrá advertir a sus nuevos súbditos:

«Hemos encargado a nuestro general y gobernador general de Lituania príncipe Repnin (reintegrado al favor imperial tras la muerte de Potemkin) que haga prestar juramento de fidelidad y sujeción a todos los habitantes del país.» Usando la vieja técnica del bastón y la zanahoria, una vez cumplido esté acto de sumisión, todos serán beneficios para el país ocupado.

«…Presentándonos después las más seguras disposiciones para su bienestar defendiendo, queridos súbditos, vuestro futuro y vuestra existencia, que será constantemente protegida para vosotros y vuestra posteridad. Asegurándoos, sobre nuestra palabra imperial por Nos y nuestros sucesores, que no solamente el pleno

ejercicio de la religión que han profesado sus antepasados y las propiedades personales y legales de cada uno os serán conservadas, sino que, además, cada individuo gozará de todos los derechos, ventajas, prerrogativas que los antiguos súbditos rusos [gozan] por la clemencia de nuestros antepasados y la vuestra.»

Conociendo la dura existencia de los siervos y las increíbles diferencias sociales rusas, los polacos que leían esta proclama debían preguntarse si se trataba de una promesa o de una amenaza. Termina la zarina:

«Estamos además persuadidos que al tener pruebas del cuidado que ponemos en vuestro bienestar lograréis por vuestra fidelidad hacia Nos y nuestros sucesores y por vuestro celo por el bien del imperio la continuación de nuestras bondades.»

En la Europa occidental se preguntan hasta qué punto los rusos consiguen sus victorias por disciplina o por su armamento. Por si se trataba de lo segundo, el gobierno español escribe al cónsul general de España en Rusia, Antonio Colombí: «La voluntad de S. M. es que usted tome las medidas más eficaces para adquirir el mayor número de fusiles que se pueda. Esos fusiles deben ser iguales a los que la emperatriz de Rusia emplea en sus ejércitos y las pruebas que hagan para su admisión, las mismas que obliga a hacer su majestad imperial.» Cuando se sepa el calibre, termina la carta del 24 de noviembre de 1794, se procederá a encargar en España las balas necesarias para su munición.

Últimos regalos, últimas aventuras

El 2 de julio de 1796 (28 de junio en Occidente) Catalina celebra el que será último aniversario de su llegada al trono y el representante español da cuenta de las gracias y ascensos concedidos por la emperatriz con este motivo. A nosotros nos interesa sobre todo el regalo de campesinos (de hombres) a los dignatarios que habían

merecido su gratitud. El señor de Panec, gobernador de la Rusia Blanca, recibe 1,889 siervos; el señor Goudovitch, gobernador del Cáucaso, 1,834; Yorsukov, comandante de los guardias, recibe sólo 628. A veces el regalo se hace por el conjunto de hogares, llamados «fuegos». Así el señor Rickman recibe 32 fuegos; cada «fuego» —advierte el diplomático— se compone de diez personas, aproximadamente.

Unas semanas después de la fiesta, Catalina II lanza una de sus características proclamas de amenaza. En este caso se trata de un tal Mehemet, «que reina actualmente por traición e injusticia sobre varias provincias de Persia» y que ahora se ha atrevido «contra todo derecho de gentes y buena fe a detener nuestra fragata y ofender a nuestro capitán conde Woinowitch de varias formas».

La vaga expresión hace pensar que no había ocurrido nada grave y que se trataba de un cómodo pretexto para tomar una iniciativa bélica de expansión. Porque además… «ese bandido ha invadido Georgia, cuyo zar de Corthuel está bajo nuestra protección pillando y saqueando».

Procedamos, pues, contra estos rebeldes, siempre, claro está, contando con la protección de un Dios que no puede faltar a los que proceden siempre con ética:

«En consecuencia, invocando el socorro del Todopoderoso, que ha coronado siempre con victorias nuestras justas empresas, y la consideración de nuestra propia dignidad y seguridad, di órdenes al teniente general conde Valerzu para marchar contra la Persia.»

En el último año de su reinado y su vida, Catalina mantendrá, con su ansia de gloria nacional y personal, el amor a la religión que adoptó como suya al llegar a Rusia. En un gesto tan poco político que no hubiera aprobado nunca su maestro y enemigo Federico II, la emperatriz se niega a consentir que su nieta Alejandra se case con Gustavo IV de Suecia si para ello tiene que abandonar la religión ortodoxa por la luterana. Lo que le pareció tan natural en su caso —cambiar un rito por una corona— lo encuentra inaceptable para su nieta, a pesar de las ventajas políticas y estratégicas que una alianza familiar con Suecia le proporcionaría. Es posible que al

acercarse a la muerte se agarrara con más fuerza a sus convicciones religiosas.

Aquel día 6 (o 17) de noviembre de 1796, las camareras se extrañaron de la tardanza en llamarlas por parte de alguien que se despertaba regularmente a primeras horas de la mañana. Aunque en esa ocasión no existía compañía masculina que obligara a una mayor discreción, ninguna se atrevió a abrir la puerta del dormitorio hasta que un chambelán asumió la responsabilidad.

Catalina II estaba en el suelo, junto a la cama, respirando afanosamente; tras una agonía que duró varias horas, falleció sin recobrar el conocimiento. Desconcierto, llantos entre sus fíeles, ocultas esperanzas de quienes apostaban la carta del heredero. Éste se apresura a comunicar la nueva a los monarcas de Europa, y Carlos IV, rey de España, recibe así la noticia oficial de la muerte de Catalina la Grande. Tras la larga retahíla de títulos que ocupa página y media de las cuatro que tiene la carta en pergamino, Pablo I pasa a comunicarle en francés que…

«Ha placido al Ser Supremo retirar de este mundo a su majestad la emperatriz de todas las Rusias Catalina Alexeievna, nuestra muy querida y muy honrada madre, fallecida el 6 de este mes. Al dar parte a V. M. R. de un accidente tan funesto y tan doloroso para nosotros y notificándole al mismo tiempo nuestra llegada al trono hereditario del imperio de todas las Rusias de nuestros antepasados con la satisfacción general de todos nuestros fieles súbditos. Nos estamos convencidos anticipadamente que vuestra majestad real tomará no solamente una parte sincera en ese doble acontecimiento, sino que continuará manteniendo las mismas disposiciones amistosas que no ha cesado de manifestar hacia nuestra muy querida madre, de gloriosa memoria. De nuestro lado no dejaremos de corresponder a ellas y de dar en toda ocasión las pruebas menos equívocas. Sobre lo que Nos rogamos a Dios que Él nos tenga, alto y poderoso príncipe, en su santa y digna protección. Dado en San Petersburgo el 12 de noviembre de 1796 y en el primer año de nuestro reinado. De vuestra majestad buen hermano, Pablo.»

(Esta solemne promesa de amistad se mantendrá, como todas, el tiempo que convenga a quien la firma solemnemente. Tres años después, en 1799, Pablo I, irritado por la alianza de Madrid con Francia tras el tratado de San Ildefonso, declara la guerra a España con la que estaba ya resentido por haberse negado ésta a reconocerle como gran maestre de la Orden de Malta. ¡Un ruso a la cabeza de los sucesores de las Cruzadas! El sueño de Catalina II de llegar al Mediterráneo no podía haber ido más lejos.)